

# El Libro de las mil Noches y Una Noche



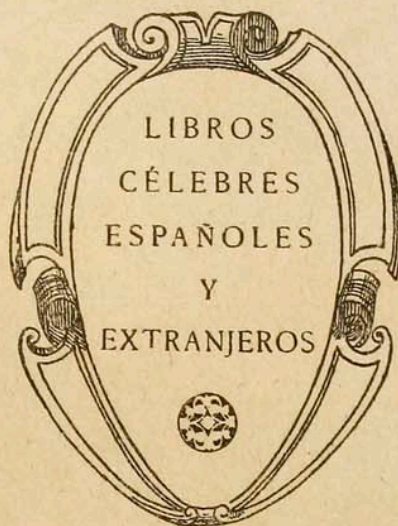
**EDITORIAL  
PROMETEO  
VALENCIA**

TRADUCCIÓN DIRECTA  
Y LITERAL DEL ÁRABE  
POR EL D<sup>º</sup> J. C. MARDRUS  
VERSIÓN ESPAÑOLA DE  
• V. BLASCO IBÁÑEZ •  
PROLOGO DE E. GÓMEZ CARRILLO





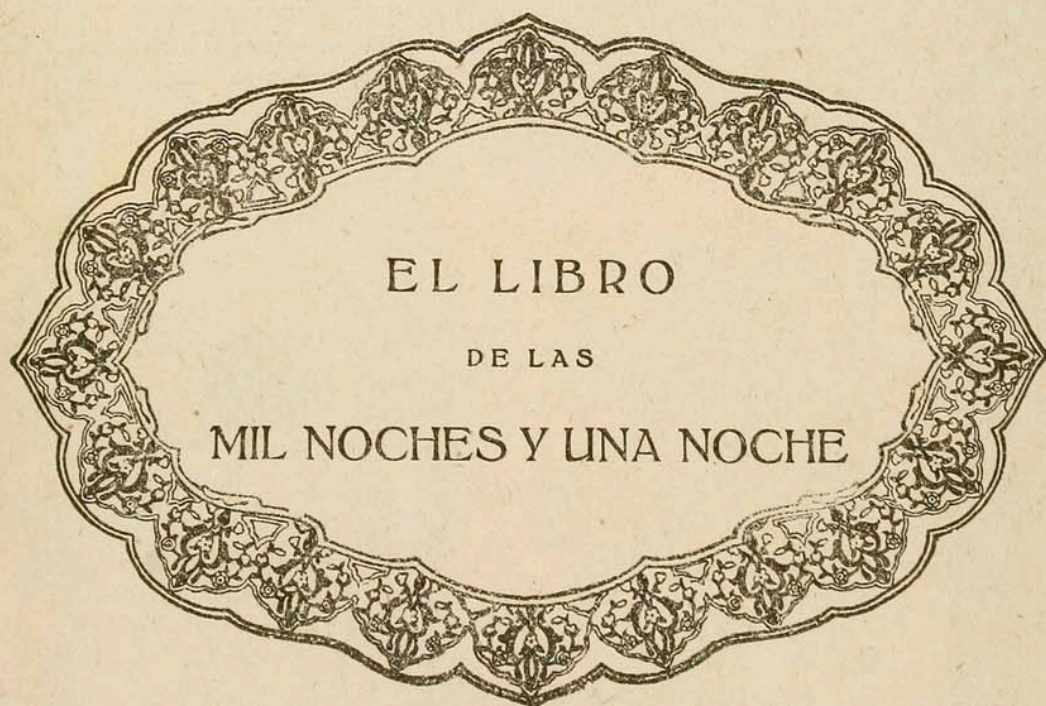




Director literario: V. Blasco Ibáñez









---

ES PROPIEDAD. DERECHOS  
EXCLUSIVOS DE TRADUCCIÓN  
AL ESPAÑOL.

---





# EL LIBRO DE LAS MIL NOCHES Y UNA NOCHE

TRADUCCIÓN DIRECTA Y LITERAL DEL ÁRABE POR EL

DOCTOR J. C. MARDRUS

Versión española de VICENTE BLASCO IBAÑEZ

PRÓLOGO DE E. GÓMEZ CARRILLO

TOMO QUINTO

Fin de la historia del rey Omar Al-Memán, con  
la historia del monasterio, la historia de Aziz  
y Aziza y del hermoso príncipe Dladema, y las  
aventuras de Kanmakán, hijo de Daul'makán.

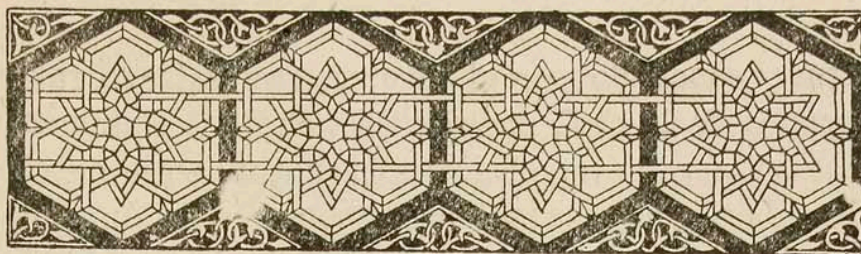
PROMETEO

Germanías, 33.—VALENCIA

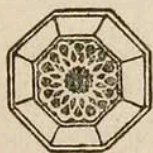
(Published in Spain)







## Historia del monasterio



«Sabad que he permanecido mucho tiempo en los Santos Lugares, en compañía de hombres piadosos é ilustres, y vivía muy modestamente, sometién-dome á ellos, pues Alah el Altísimo me ha concedido el don de la humildad y la renunciación. Y hasta pensaba pasar el resto de mis días de la misma manera, entre la tranquilidad, el cumplimiento de los deberes piadosos y la paz de una vida sin incidentes. Pero no contaba con el Destino.

»Una noche llegué á orillas del mar, que hasta entonces no había visto nunca, y sentí una fuerza irresistible que me impulsaba á andar por encima del agua. Me lancé á ello resueltamente, y con gran asombro mío me sostenía sobre el agua, sin hundirme y sin mojarme siquiera los pies desnudos. Y así



estuve paseando por el mar, durante largo rato, después de lo cual me volví á la orilla. Entonces, maravillado de aquel don sobrenatural que poseía sin saberlo, me enorgullecí, y pensé: «¿Quién como yo puede andar por encima del agua?» Apenas había formulado este pensamiento, Alah me castigó por mi orgullo, poniendo en mi corazón la afición á viajar. Y dejé los Santos Lugares. Y desde entonces vagué de aquí para allá, por toda la superficie de la tierra.

»Y hete aquí que un día que viajaba por el país de los rumís, cumpliendo rigurosamente los deberes de nuestra santa religión, llegué á una alta montaña, en cuya cumbre hay un monasterio cristiano, que estaba bajo la guarda de un monje. Había yo conocido á este monje en los Santos Lugares, y se llamaba Matrúna. Así es que apenas me hubo visto, acudió respetuosamente á mi encuentro, y me invitó á descansar. Pero el miserable maquinaba mi perdición, pues cuando entré en el monasterio me hizo seguir una larga galería, al final de la cual se abría una puerta en la oscuridad. Y de pronto me empujó al fondo de aquella oscuridad, tiró de la puerta y me encerró. Y me dejó allí cuarenta días sin darme de comer ni beber, queriendo matarme de hambre, por odio á mi religión.

»Mientras tanto, llegó al monasterio de visita extraordinaria el general de los monjes, que, según costumbre, iba acompañado de un séquito de diez monjes, muy jóvenes y muy lindos; y de una



muchacha tan hermosa como los diez monjes. Y esta muchacha iba vestida con un hábito de monje que le apretaba la cintura y hacía resaltar sus caderas y sus pechos. Sólo Alah sabe los horrores que perpetraba aquel jefe de monjes con aquella muchacha, que se llamaba Tamacil, y con sus compañeros los monjes jóvenes.

»El monje Matruna contó á su jefe mi encarcelamiento y mi tortura de cuarenta días de hambre. Y el jefe de los monjes, que se llamaba Dequianos, le mandó que abriera la puerta y que sacara mis huesos para tirarlos. Y decía: «¡Ese musulmán debe estar hecho á estas horas un esqueleto tan descarnado, que ni siquiera las aves de rapiña se querrán acercar á él!» Entonces Matruna y los demás monjes abrieron la puerta, y me encontraron de rodillas, en actitud de rezar. Y al verme, el fraile Matruna exclamó: «¡Ah, qué maldito brujo! ¡Rompámosle los huesos!» Y todos se me echaron encima á palos y latigazos, de tal manera, que creí perecer. Y entonces comprendí que Alah me hacía sufrir aquellas pruebas para castigarme por mi vanidad pasada, pues me había hinchado de orgullo al ver que andaba sobre el agua, cuando no era mas que un instrumento en manos del Altísimo.

»El caso es que cuando el monje Matruna y los otros jóvenes, hijos de perra, me hubieron puesto en aquel estado, me encadenaron y me volvieron á arrojar al subterráneo oscuro. Y allí habría muerto de hambre, si Alah no hubiera querido tocar en el



corazón á la joven Tamacil, que vino secretamente á darme un pan de cebada y un cántaro de agua durante todo el tiempo que el general de los monjes permaneció en el monasterio. Y estuvo mucho tiempo allí, porque se encontraba tan á gusto que acabó por escogerlo como residencia habitual, y cuando se veía obligado á abandonarlo, dejaba en el monasterio á la joven Tamacil, guardada por el monje Matruna.

»De esta suerte permanecí encerrado allí durante cinco años. La joven Tamacil adquirió todo el esplendor de su hermosura y superaba á las muchachas más bellas de su tiempo. Y os puedo asegurar que ni en nuestro país ni en el país de los rumís hay otra igual. Pero no es esta la única joya que encierra aquel monasterio: se han hacinado en él tesoros innumerables en oro, plata, alhajas y riquezas de todas clases, que superan á cualquier cálculo. Así es que debíais asaltar el monasterio y apoderaros de la joven y de los tesoros. Yo os serviré de guía para abriros los escondrijos y los armarios, especialmente el gran armario del general de los monjes, que es el que encierra las más hermosas vasijas de oro cincelado. Y os entregaré además esa maravilla digna de los reyes llamada Tamacil, que, además de su belleza, posee el don del canto y conoce todas las canciones de las ciudades y de los beduínos. Y os hará pasar días luminosos y noches de azúcar y de bendición.

»En cuanto á mi salvación del subterráneo, ya



os han contado esos mercaderes cómo expusieron su vida para sacarme de entre las manos de aquellos cristianos, ¡maldígalos Alah, á ellos y á su posteridad, hasta el día del Juicio!»

Los dos hermanos, al oír esta historia, se alegraron hasta el límite de la alegría, pensando en todo aquello de que iban á apoderarse, singularmente en la joven Tamacil, de la cual decía la anciana que á pesar de su juventud era maestra en el arte de los placeres. Pero el visir Dandán había escuchado esta historia con mucha desconfianza, y si no se había levantado y se había ido, fué por respeto á los dos reyes, pues las palabras de aquel asceta extraño estaban muy lejos de convencerle. De todos modos se calló, y no quiso decir nada por temor de engañarse.

Daul'makán quería salir inmediatamente á la cabeza de su ejército, pero la Madre de todas las Calamidades le disuadió, diciéndole: «Temo que Dequianos, el general de los frailes, se asuste al ver tanto soldado, y se escape del monasterio llevándose á la joven.» Entonces Daul'makán mandó llamar al gran chambelán, al emir Rustem y al emir Bahramán, y les dijo: «Mañana, apenas amanezca, marcharéis contra Constantinia, donde no tardaremos en unirnos con vosotros. Tú, ¡oh gran



chambelán! te encargarás del mando del ejército en lugar mío; tú, Rustem, sustituirás á mi hermano Scharkán; y tú, Bahramán, reemplazarás al gran visir. Y sobre todo, cuidad de que el ejército no sepa que estamos ausentes, pues nuestra ausencia no durará mas que tres días.» Entonces Daul'makán, Scharkán y el visir eligieron cien guerreros entre los más valerosos y cien mulos cargados de cajones vacíos destinados á encerrar los tesoros del monasterio. Y llevando al frente á la Madre de todas las Calamidades, la maldita vieja á quien seguían tomando por un asceta amado de Alah, emprendieron el camino del monasterio.

En cuanto al gran chambelán y las tropas musulmanas...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, é interrumpió discretamente su relato.



*PERO CUANDO LLEGÓ  
LA 96.<sup>a</sup> NOCHE*

Ella dijo:

En cuanto al gran chambelán y las tropas musulmanas, apenas amaneció levantaron las tiendas y emprendieron el camino de Constantinia.

Mientras tanto, la Madre de todas las Calamida-



des no perdía el tiempo. Apenas partió el ejército, sacó un par de palomas mensajeras y ató al cuello de cada paloma una carta dirigida al rey Afridonios, enterándole de cuanto acababa de hacer, y le decía: «Por lo tanto, hay que enviar en seguida al monasterio diez mil guerreros entre los más valientes. Y cuando hayan llegado al pie de la montaña que me esperen allí, pues les entregaré á los dos reyes, al visir y á los cien guerreros musulmanes. Pero debo advertirte que mi ardid no puede realizarse sin que perezca el monje Matrúna, guardián del monasterio; de modo que lo sacrificaré al bien común de los ejércitos cristianos, pues la vida de un fraile no es nada comparada con la salvación de la cristiandad.

»¡Y alabado sea Cristo Nuestro Señor, al principio y al fin!»

Las palomas mensajeras llegaron á la torre más alta de Constantinia, y el domesticador cogió la carta que llevaban colgada del cuello, y fué á entregársela al rey Afridonios. Y apenas la leyó, el rey dispuso que se reunieran los diez mil soldados, les dió á cada uno un camello de carrera y un mulo para llevar el botín que habían de ganar al enemigo, y les mandó dirigirse apresuradamente hacia el monasterio.

En cuanto al rey Daul'makán, Scharkán, el visir y los cien guerreros, al llegar al pie de la mon-



taña tuvieron que subir solos al monasterio, pues la Madre de todas las Calamidades les dijo: «Subid primero vosotros, y cuando os apoderéis del monasterio subiré yo, para enteraros de dónde están los tesoros ocultos.»

Y llegaron al monasterio, escalaron los muros y saltaron al jardín. Al oír ruido acudió el monje Matrúna, y todo acabó para él, pues Scharkán gritó á sus guerreros: «¡Sus á ese perro maldito!» Y en seguida lo atravesaron cien golpes. Y su alma descreída se exhaló por el trasero y fué á sumergirse en el fuego del infierno. En seguida los musulmanes empezaron á saquear el monasterio. Asaltaron primeramente el recinto sagrado donde depositan los cristianos sus ofrendas, y encontraron allí, colgada de los muros, una cantidad enorme de joyas y objetos valiosos, muchos más de los que había dicho el anciano asceta. Y llenaron cajones y sacos, y los cargaron en los mulos y camellos.

Pero no hallaron ni rastro de la joven Tamacil, ni de los diez jóvenes tan hermosos como ella, ni del lamentable Dequianos, general de los monjes. Pensaron, pues, que la joven habría salido á pasearse ó que estaría oculta en alguna habitación, y registraron todo el monasterio. Y como no la encontraran, estuvieron aguardándola dos días; pero la joven no pareció. Entonces, impaciente, Scharkán acabó por decir: «¡Oh hermano mío! ¡mi corazón y mi pensamiento están con los guerreros del Islam que hemos enviado á Constantinia, y de los



cuales nada sabemos!» Y Daul'makán dijo: «Creo que debemos renunciar á la joven Tamacil y á sus compañeros, pues hemos aguardado bastante. Y ya que hemos cargado nuestros mulos y nuestros camellos, contentémonos con lo que Alah ha querido darnos. ¡Y vamos á reunirnos con nuestras tropas, para aplastar á los infieles, con auxilio de Alah, y tomarles Constantinia!»

Entonces fueron á buscar al asceta al pie de la montaña, y emprendieron el camino para reunirse con el ejército. Pero apenas habían entrado en el valle, aparecieron en las alturas los guerreros cristianos, que, lanzando su grito de guerra, empezaron á bajar hacia ellos para envolverlos. Al ver esto, exclamó Daul'makán: «¿Quién habrá podido avisar á los cristianos nuestra presencia en el monasterio?» Pero Scharkán le dijo: «¡Oh hermano mío! No podemos perder el tiempo en conjeturas; desenvainemos, y aguardemos á pie firme á esos perros malditos, y hagamos en ellos tal matanza, que ni uno pueda escaparse.» Y Daul'makán exclamó: «¡De haberlo previsto, habríamos traído mayor número de soldados!» Entonces dijo el visir Dandán: «Aunque tuviéramos diez mil hombres, no nos servirían en esta angosta garganta. Pero Alah nos sacará de este mal paso. Porque cuando peleamos por aquí á las órdenes del difunto rey Omar Al-Nemán, aprendimos todas las salidas de este valle. ¡Seguidme, pues, antes de que esos malditos nos cierren todas las salidas!»



Y cuando iban á salvarse, apareció ante ellos el asceta y les gritó: «¿Por qué huis ante el enemigo? ¿No sabéis que vuestra vida está en manos de Alah, el único que os la puede arrebatarse y os la puede quitar? Aquí me tenéis á mí: me encerraron en un subterráneo, y he sobrevivido porque Él lo quiso. ¡Adelante, pues, musulmanes! ¡Y si la muerte está ahí, el Paraíso os aguarda!»

Al oír estas palabras, sintieron renacer su valor, y aguardaron á pie firme al enemigo que se precipitaba sobre ellos. Sólo eran ciento tres los musulmanes; pero ¿no vale un creyente por mil infieles? Y efectivamente, apenas estuvieron los cristianos al alcance de sus lanzas y de sus espadas, comenzó el vuelo de cabezas. Y Daul'makán y Scharkán á cada tajo lanzaban por el aire cinco cabezas cortadas. Los infieles se arrojaron sobre ellos de diez en diez, y saltaron entonces diez cabezas á cada golpe. Hicieron, pues, una gran carnicería, hasta que la noche separó á los combatientes.

Entonces los creyentes y sus tres jefes se retiraron á una caverna, para resguardarse aquella noche. Y buscaron inútilmente al asceta; y después de haberse contado, vieron que sólo eran cuarenta y cinco los supervivientes. Y Daul'makán dijo: «Acaso el asceta haya muerto en el combate.» Pero el visir exclamó: «¡Oh rey! He visto á ese asceta durante la batalla, y creo que excitaba contra nosotros á los infieles. ¡Y parecía un efrit negro de la clase más espantosa!» Pero entonces se presentó el



asceta en la entrada de la gruta, asiendo de los cabellos una cabeza cortada, cuyos ojos se movían convulsos. Y era la cabeza del general en jefe del ejército cristiano, guerrero muy terrible.

Los dos hermanos se pusieron de pie y gritaron: «¡Gloria á Alah, que te ha salvado, ¡oh santo asceta! y te ha devuelto á nuestra veneración!» Entonces aquella maldita repuso: «¡Oh mis queridos hijos! Quise morir en la pelea, y me arrojé entre los combatientes; pero los infieles me respetaban y apartaban sus aceros de mi pecho. Entonces aproveché esta confianza para acercarme á su jefe, y de un solo sablazo, con auxilio de Alah, le corté la cabeza. ¡Y esa cabeza os la traigo aquí, para alentáros contra ese ejército sin jefe! En cuanto á mí...»

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ  
LA 97.<sup>a</sup> NOCHE*

Ella dijo:

He llegado á saber, ¡oh rey afortunado! que la vieja Madre de todas las Calamidades prosiguió de este modo: «En cuanto á mí, me marchó corriendo hasta los muros de Constantinia, y os enviaré refuerzos que os saquen de entre las manos de esos



descreídos. ¡Fortaleced, pues, vuestra alma, y mientras llegan vuestros hermanos, calentad vuestros alfanjes con la sangre de los infieles, para ser gratos al Supremo Señor de los ejércitos!» Y los dos hermanos besaron las manos del asceta, le dieron las gracias por su abnegación, y le dijeron: «¿Y cómo vas á salir de aquí, cuando nos cercan completamente los cristianos?» Pero la maldita vieja contestó: «¡Alah me ocultará á sus miradas! ¡Y aunque lograrian verme, no me harán ningún daño, porque estaré entre las manos de Alah, que protege á sus verdaderos fieles y persigue á los impíos que le niegan!» Entonces Scharkán dijo: «¡Tus palabras están llenas de verdad, santo asceta! Te he visto luchar heroicamente en medio del combate, y ninguno de esos perros se atrevía á acercarse á ti, ni siquiera á mirarte. Ahora sólo te falta salvarnos de entre sus manos, y cuando antes marches para buscar auxilio, mejor será. He aquí la noche. ¡Parte á favor de sus tinieblas, bajo la égida de Alah el Altísimo!»

Entonces la maldita vieja trató de llevarse consigo á Daul'makán, para entregárselo á los enemigos. Pero el visir Dandán, que desconfiaba de los manejos de aquel asceta, dijo á Daul'makán lo necesario para impedirlo. Y la maldita vieja tuvo que irse sola, echando miradas de odio al visir.

Respecto á la cabeza cortada del general cristiano, la vieja había mentido, pues no había hecho mas que cortarle la cabeza después de muerto. El



general cristiano había perecido en medio del combate, á manos de uno de los guerreros musulmanes. Y este guerrero musulmán había pagado su hazaña con la vida, pues apenas el jefe cristiano había entregado su alma á los demonios del infierno, los cristianos, al ver muerto á su jefe por la lanza del musulmán, se precipitaron sobre él, lo acribillaron á estocadas y lo destrozaron. Y el alma de aquel creyente fué en seguida al Paraíso, entre las manos del Remunerador.

En cuanto á los dos reyes, el visir y los cuarenta y cinco guerreros, que habían pasado la noche en la gruta, se despertaron al amanecer, y cumplieron sus deberes religiosos matutinos una vez hechas las abluciones prescritas. Después se sintieron reanimados para la lucha, y á la voz de Daul'makán se precipitaron como leones sobre una piara de cerdos. E hicieron una carnicería en sus numerosos enemigos; las espadas chocaban con las espadas, las lanzas con las lanzas, y las azagayas rasgaban las armaduras, pues los guerreros se arrojaron al combate como lobos sedientos de sangre. Y Scharkán y Daul'makán hicieron correr tantas olas de sangre, que el río se desbordó, y hasta desapareció el valle bajo los montones de cadáveres. De modo que á la caída de la noche...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.





*PERO CUANDO LLEGÓ  
LA 98.<sup>a</sup> NOCHE*

Ella dijo:

...De modo que á la caída de la noche los combatientes tuvieron que separarse, y cada partido regresó á su campamento; y el campamento de los musulmanes seguía siendo aquel escondrijo de la caverna. Y una vez vueltos á la caverna, comprobaron que treinta y cinco de los suyos habían quedado en el campo de batalla, lo cual reducía su número á diez guerreros, además de los dos reyes y el visir, y los dejaba sin más defensa que sus excelentes aceros y el auxilio del Altísimo.

Y Scharkán no pudo menos que exhalar un gran suspiro, y exclamó: «¿Cómo lo haremos ahora?» Pero todos los creyentes le respondieron: «¡Sólo ocurrirá lo que Alah disponga!» Y Scharkán se pasó toda la noche sin dormir.

Pero al amanecer despertó á sus compañeros y les dijo: «Compañeros, ya no somos mas que trece, contando á mi hermano y á nuestro visir. Pienso que sería funesta una salida contra el enemigo, porque á pesar de nuestro valor, no podríamos resistir mucho tiempo á la jauría innumerable de nuestros enemigos, y ninguno de nosotros volvería con su alma. Por lo tanto, nos situaremos espada



en mano á la entrada de la gruta, y retaremos al enemigo, y los podremos destrozar cuando entren, puesto que somos más fuertes que ellos. Y así los iremos diezmando, hasta que vengan los refuerzos que nos traerá el asceta.

Y todos contestaron: «Tu idea es excelente y vamos á desarrollarla.» Y cinco de los guerreros salieron de la gruta, y desafiaron á gritos á los cristianos. En seguida, al ver que un destacamento de ellos avanzaba hacia aquel lugar, se metieron en la gruta y se apostaron á la entrada, en dos filas.

Y las cosas ocurrieron según había previsto Scharkán: cada vez que los cristianos querían franquear la entrada de la gruta, caían destrozados, y ninguno podía salir ya para avisar á los demás aquel peligro. De modo que este día la matanza de cristianos fué todavía mayor que los otros días, y no se interrumpió hasta que llegaron las tinieblas de la noche. Y así fué como Alah cegó á los impíos, para reconfortar el corazón de sus servidores.

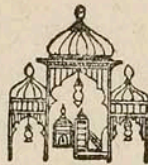
Pero al día siguiente los cristianos celebraron consejo, y dijeron: «Esta lucha no acabará mientras no exterminemos hasta el último de los musulmanes. En vez de tomar esa gruta al asalto, cerquémosla bien con nuestros soldados, rodeémosla de leña y prendámosle fuego para quemarlos vivos. Y si al verse en este peligro se rindieran á discreción, los cogeremos cautivos y los arrastraremos hasta nuestro rey Afridonios de Constanti-



nia. De otro modo los dejaremos convertirse en carbón, para alimentar el fuego del infierno. ¡Y ojalá Cristo los ahume y los maldiga, á ellos, á sus ascendientes y á su posteridad, y los convierta en alfombra para los pies de los cristianos!»

Y dicho esto, se apresuraron á hacinar leños alrededor de la gruta...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y discretamente, aplazó su relato para el otro día.



*PERO CUANDO LLEGÓ  
LA 99.<sup>a</sup> NOCHE*

Ella dijo:

...se apresuraron á hacinar leños alrededor de la gruta, hasta una altura enorme, y les prendieron fuego.

Los musulmanes acabaron por no poder resistir aquel calor, que, aumentando cada vez más, acabó por echarlos, y formando una sola masa se precipitaron afuera todos, y rápidamente abrieron una brecha á través de las llamas. Pero ¡ay! al otro lado, cuando todavía les cegaba el fuego y el humo, los arrojó el Destino en manos de los enemigos, que quisieron darles muerte en seguida. Pero lo impidió el jefe de los cristianos, y les dijo: «¡Por Cristo!



Aguardemos á que estén en Constantinia, en presencia del rey Afridonios, que tendrá una gran alegría al verlos prisioneros. ¡Echémosles al cuello las cadenas, y arrastrémoslos detrás de nuestros caballos!»

Los amarraron fuertemente y los dejaron bajo la guarda de algunos guerreros. Después, para festejar aquella captura, el ejército cristiano se puso á comer y beber, y tanto bebieron, que hacia medianoche todos cayeron de espaldas como muertos.

Entonces Scharkán miró á su alrededor, vió aquellos cuerpos tendidos, y dijo á su hermano Daul'makán: «¿Encontraremos algún medio para salir de este mal paso?» Y Daul'makán contestó: «¡Oh hermano mío! Realmente no lo sé, porque hemos aquí como pájaros en una jaula.» Y tal rabia le dió á Scharkán, y lanzó tan grande y desesperado suspiro, que aquel esfuerzo considerable hizo crujir y estallar las cuerdas que le ataban. Y al verse libre se puso en pie de un salto y corrió á desatar á su hermano y al visir. En seguida se acercó al jefe de la guardia cristiana y le quitó las llaves de las cadenas con que estaban sujetos los diez soldados musulmanes, y los libertó también. Y sin perder tiempo, se armaron con las armas de los cristianos borrachos, se apoderaron de sus caballos, y se alejaron silenciosamente, dando gracias á Alah por su salvación.

Y galoparon hasta llegar á lo alto de la montaña, donde Scharkán mandó detenerse un momento,



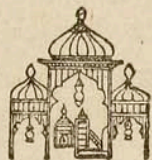
y dijo: «Ahora que con ayuda de Alah estamos seguros, os voy á comunicar una idea.» Y todos preguntaron: «¿Cuál es esa idea?» Y dijo Scharkán: «Nos vamos á dispersar por la cumbre de esta montaña y á gritar con todas nuestras fuerzas: «¡Alahú akbar!» Entonces resonarán las montañas, el valle y las rocas, y los impíos creerán que todo el ejército de los musulmanes se les viene encima, y aturcidos, se matarán unos á otros en medio de las sombras de la noche, y harán en sí mismos una gran carnicería hasta por la mañana.»

Y todos obraron así, como había aconsejado Scharkán. Al oír aquellas voces que caían de las montañas, repercutidas mil veces en las tinieblas, los descreídos se levantaron asustados y se pusieron apresuradamente sus armaduras, gritando: «¡Por Cristo! ¡Todo el ejército musulmán está ahí!» Y enloquecidos se arrojaron unos sobre otros, é hicieron en sí mismos una gran carnicería, no cesando hasta por la mañana, cuando los musulmanes se alejaban rápidamente hacia Constantinia.

Y mientras Daul'makán, Scharkán, el visir y los guerreros seguían galopando, vieron levantarse ante ellos una polvareda muy densa...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.





*PERO CUANDO LLEGÓ  
LA 100.<sup>a</sup> NOCHE*

Ella dijo:

...vieron levantarse ante ellos una polvareda muy densa y oyeron gritar: «¡Alahú akbar! ¡Alahú akbar!» Y á los pocos instantes vieron al ejército musulmán, con los estandartes desplegados, que avanzaba rápidamente hacia ellos. Y bajo los grandes estandartes, en que estaban escritas las palabras de la fe «¡No hay más Dios que Alah, y Mahomed es el profeta de Alah!», aparecieron á caballo, al frente de sus guerreros, los emires Rustem y Bahramán. Y detrás, como olas infinitas, avanzaban los guerreros musulmanes.

En cuanto los emires Rustem y Bahramán vieron al rey Daul'makán, echaron pie á tierra y fueron á prestarle homenaje. Y Daul'makán preguntó: «¿Qué hacen nuestros hermanos los musulmanes?» Y le contestaron: «Están perfectamente frente á los muros de Constantinia. Y nos envía el gran chambelán con veinte mil soldados para socorreros.» Entonces Daul'makán preguntó: «¿Y cómo habéis sabido el peligro que corríamos?» Y ellos dijeron: «Nos lo ha anunciado el venerable asceta, después de andar día y noche, para apremiarnos á fin de que viniésemos en seguida. Y ahora está junto al gran



chambelán, y alienta á los creyentes á la lucha contra los infieles encerrados en Constantinia.»

Los dos hermanos se alegraron muchísimo al saber estas noticias, dieron gracias á Alah porque el santo asceta había llegado sin contratiempo á Constantinia, y luego enteraron á los dos emires de cuanto había pasado desde su llegada al monasterio. Y les dijeron: «Ahora, los infieles, después de haberse diezmado esta noche, estarán espantados al ver su error. Y sin darles tiempo para rehacerse, vamos á echarnos sobre ellos y á exterminarlos, y nos apoderaremos de todo el botín, con las riquezas que sacamos del monasterio.»

Y todos los musulmanes, á las órdenes de Daul'makán y Scharkán, se precipitaron como un rayo desde la cumbre de la montaña, y cayeron sobre el campamento de los infieles, esgrimiendo la lanza y el alfanje. Y al fin de la jornada, no quedó ni un solo hombre entre los infieles que pudiese ir á contar el desastre á los que estaban encerrados tras de los muros de Constantinia.

Exterminados los cristianos, se apoderaron los musulmanes de todo el botín y de todas las riquezas, y descansaron aquella noche, celebrando el triunfo y dando gracias á Alah por sus beneficios.

Y al llegar la mañana, Daul'makán dijo á los jefes del ejército: «Marchemos inmediatamente á Constantinia para unirnos al gran chambelán, que sitia la ciudad con un número muy reducido de fuerzas. Pues si los sitiados supieran que estamos



aquí, harían una salida, convencidos de cuán inferiores son á ellos en número los musulmanes, y esta salida sería muy funesta para nuestros hermanos.

Y levantaron el campo, marchando apresuradamente hacia Constantinia, mientras Daul'makán, para animar á sus guerreros, improvisó las siguientes estrofas:

*¡Oh Señor! ¡Te ofrezco mi alabanza, puesto que eres la gloria y la alabanza, y no has dejado de llevarme de la mano por el camino difícil!*

*¡Me diste la riqueza y los bienes, me concediste con tu gracia un trono, y has armado mi brazo con la valerosa espada de las victorias!*

*¡Me entregaste un Imperio cuya sombra es considerable, y me has colmado con el exceso de tu generosidad!*

*¡Me sostuviste siendo extranjero en los países extranjeros, y fuiste mi fiador cuando estaba tan oscurecido entre los desconocidos!*

*¡Gloria á ti! ¡Has adornado mi frente con tu triunfo! ¡Hemos aplastado con tu ayuda á los rumís, que niegan tu poder, y los hemos perseguido como á rebaño en dispersión!*

*¡Gloria á ti! ¡Pronunciaste contra las filas de los impíos la palabra de tu ira, y helos aquí, para siempre ebrios, no con la fermentación generosa de los vinos, sino con la copa de la muerte!*

*¡Y si algunos de los creyentes cayeron en la batalla, han logrado la inmortalidad y están sentados bajo las*



*frondas felices del Paraíso, á orillas del río de miel perfumada!*

Cuando Daul'makán acabó de recitar estos versos, durante la marcha de las tropas, se vió á lo lejos una polvareda negra, que al aproximarse...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ  
LA 101.<sup>a</sup> NOCHE**

Ella dijo:

...se vió á lo lejos una polvareda negra, que al aproximarse dejó aparecer á la Madre de todas las Calamidades, siempre bajo el aspecto de un asceta. Y todos se apresuraron á besarle las manos. Y ella, llorando, les dijo:

«¡Sabed la desdicha, oh pueblo de los creyentes! ¡Y sobre todo, apresurad la marcha! Vuestros hermanos han sido atacados de improviso en sus tiendas por fuerzas considerables de los sitiados, y están en completa derrota. ¡Corred, pues, en su ayuda, pues de otro modo no encontraréis ni rastro del chambelán y sus guerreros!»

Daul'makán y Scharkán sintieron que el corazón se les desgarraba á fuerza de palpitaciones, y



en el colmo de la consternación, se arrodillaron delante del santo asceta y le besaron los pies. Y todos los guerreros lanzaron amargas exclamaciones de dolor.

Pero no obró de este modo el gran visir Dandán, pues fué el único que no bajó del caballo, ni besó los pies ni las manos del asceta. Y en alta voz y delante de todos los jefes, dijo: «¡Por Alah! ¡oh musulmanes! Mi corazón siente una invencible aversión hacia ese extraño asceta, y pienso que es uno de los réprobos que están desterrados de la puerta de la misericordia divina. ¡Rechazad á ese brujo maldito! ¡Creed al anciano compañero del difunto rey Omar Al-Nemán! ¡Despreciad á ese réprobo y apresurémonos á ir á Constantinia!»

Pero Scharkán dijo al visir: «Aleja de tu espíritu esas sospechas equivocadas. Bien se conoce que no viste, como yo lo he visto, á ese santo asceta excitar el valor de los musulmanes durante la pelea y afrontar sin temor las espadas y las lanzas. Procura, pues, no calumniar á este santo, porque ya sabes cuán censurable es la maledicencia y el ataque dirigido contra todo hombre de bien. Y advierte que si no le ayudase Alah, no tendría esa fuerza ni esa resistencia, ni lo habría salvado de los tormentos del subterráneo.»

Y dichas estas palabras, mandó Scharkán que diesen al asceta una hermosa mula suntuosamente enjaezada. Y le dijo: «Monta en esa mula, ¡oh padre, el más santo de los ascetas!» Pero la vieja



maldita exclamó: «¿Cómo no he de ir á pie, cuando los cadáveres de nuestros hermanos yacen insepultos al pie de las murallas de Constantinia?» Y no quiso montar en la mula, y se metió entre los soldados, pasando por entre infantes y jinetes como el zorro que busca una presa. Y no dejaba de recitar en alta voz los versículos del Korán ni de rezar al Clemente, hasta que por fin se vió venir á los restos del ejército que mandaba el chambelán.

Daul'makán quiso conocer aquel desastre, y el gran chambelán, con el alma atormentada, le contó cuanto había ocurrido.

Todo lo había combinado la maldita Madre de todas las Calamidades. Cuando los emires Rustem y Bahramán marcharon á socorrer á Daul'makán y á Scharkán, quedó muy reducido el ejército que acampaba al pie de los muros de Constantinia. Y el chambelán se guardó muy bien de hablar de ello á sus soldados, temiendo que hubiera un traidor entre éstos. Pero la vieja, que sólo aguardaba aquella ocasión, corrió en seguida hacia los sitiados, llamó á uno de los jefes que estaban en las murallas, y le dijo que le alargase una cuerda, á la que ató una carta escrita por su mano. Y decía así:

«ESTA CARTA DE LA ASTUTA Y TERRIBLE MADRE DE TODAS LAS CALAMIDADES, LA PLAGA MÁS ESPANTOSA DE ORIENTE Y OCCIDENTE, VA DIRIGIDA AL REY AFRIDONIOS, AL CUAL CRISTO TENGA EN SU GRACIA.»



Y en seguida:

«Sabe, ¡oh rey! que la tranquilidad va á reinar en adelante en tu corazón, pues he combinado una estratagema que es la pérdida definitiva de los musulmanes. El rey Daul'makán, su hermano Scharkán y el visir Dandán los tengo prisioneros después de haber destruido la tropa con que saquearon el monasterio del monje Matrúna. Y ahora he logrado debilitar á los sitiadores haciendo que envíen los dos tercios de su ejército en socorro de los otros, y estos refuerzos serán destruídos seguramente por el ejército victorioso de los soldados de Cristo.

»Por lo tanto, sólo te falta hacer una salida en masa contra los sitiadores, atacarlos en su campamento, quemar sus tiendas, y hacerlos pedazos hasta el último, lo cual te será fácil con la ayuda de Cristo Nuestro Señor y su madre la Virgen. ¡Y ojalá me remuneren algún día por el bien que hago á toda la cristiandad!»

Al leer esta carta, el rey Afridonios experimentó una gran alegría, é inmediatamente mandó llamar al rey Hardobios, que había ido á encerrarse en Constantinia con el contingente de sus tropas de Kaissaria, y le leyó la carta de la Madre de todas las Calamidades...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.





*PERO CUANDO LLEGÓ  
LA 102.<sup>a</sup> NOCHE*

Ella dijo:

...y le leyó la carta de la Madre de todas las Calamidades. Entonces el rey Hardobios llegó al límite más extremo del entusiasmo, y exclamó: «¡Admira, ¡oh rey! los ardides maravillosos de mi nodriza la Madre de todas las Calamidades! ¡Nos ha sido más útil que las armas de nuestros guerreros! ¡Su mirada, lanzada ahora contra nuestros enemigos, produce más terror que todos los demonios del infierno en el terrible día del Juicio!» Y el rey Afridonios respondió: «¡Ojalá nunca nos prive Cristo de esa mujer inestimable! ¡Y ojalá centuple sus ardides y sus estratagemas!»

Después mandó á los jefes que avisaran á los soldados la hora del ataque. Y los guerreros afluyeron de todos sitios, afilaron las espadas é invocaron la cruz, juraron, blasfemaron, se movieron y aullaron. Y por último, salieron por la puerta principal de Constantinia.

Al verlos avanzar en orden de batalla y con la espada desnuda, comprendió el chambelán el gran peligro que les amenazaba, y reunió en seguida á sus soldados y les dijo: «¡Oh musulmanes! Poned vuestra confianza en vuestra fe. Si retrocedéis, es-



táis perdidos; pero si resistis firmemente, triunfaréis. ¡El valor no es mas que la paciencia de un momento! ¡No hay cosa, por augusta que sea, que no pueda ensancharla Alah! ¡Pido al Altísimo que os bendiga y os mire con ojos clementes!»

Cuando los musulmanes oyeron estas palabras, su valor ya no conoció límites, y gritaron todos: «¡No hay más Dios que Alah!» Y por su parte, los cristianos, á la voz de sus sacerdotes y sus monjes, invocaron á Cristo, la cruz y el cingulo. Y entremezclándose estos gritos, vinieron los ejércitos á las manos, la sangre corrió á oleadas, y las cabezas volaron de los cuerpos. Entonces los ángeles buenos se pusieron del lado de los creyentes, y los ángeles malos abrazaron la causa de los descreídos; y se vió dónde estaban los cobardes y dónde estaban los intrépidos. Los héroes brincaban en medio de la lucha. Y unos mataban y otros caían derribados de las sillas. Y la batalla se hizo sangrienta, alfombrando el suelo los cadáveres, hacinándose hasta la altura de los caballos. Pero ¿qué podía el heroísmo de los creyentes contra el insuperable número de los malditos rumís? Así es que al caer la noche fueron rechazados los musulmanes, y saqueadas sus tiendas, cayendo su campamento en poder de la gente de Constantinia.

Entonces, en plena derrota, encontraron al ejército victorioso del rey Daul'makán, que volvía del valle después de haber destrozado á los cristianos del monasterio.



Y Scharkán llamó al chambelán, y ante todos los jefes reunidos le felicitó por su firmeza en la resistencia, por su prudencia en la retirada y por su paciencia en la derrota. Y todos los guerreros musulmanes, reunidos ahora en una sola masa, clamaban venganza, y avanzaron contra Constantinia con los estandartes desplegados.

Cuando los cristianos vieron aproximarse aquel ejército formidable sobre el cual ondeaban las banderas con las palabras de la fe, se lamentaron é invocaron á Cristo, á Mariam, á Hanna y á la cruz, y rogaron á sus patriarcas y á sus malos sacerdotes que intercedieran por ellos cerca de sus santos.

Mientras tanto, el ejército musulmán había llegado al pie de los muros de Constantinia y se preparaba para el combate. Y Scharkán avanzó hacia su hermano y le dijo: «¡Oh rey del tiempo! Puesto que los cristianos no rehusarán la lucha, que es lo que deseo con toda mi alma, quisiera exponerte mi plan.» Y el rey dijo: «¿Y cuál es ese plan que deseas expresar, ¡oh tú que posees las ideas admirables!?» Y Scharkán dijo: «La mejor disposición para la batalla es colocarme en el centro, precisamente ante el frente del enemigo; el gran visir mandará el centro derecho, el emir Torkash el centro izquierdo, el emir Rustem el ala derecha y el emir Bahramán el ala izquierda. Y tú quedarás bajo la protección del gran estandarte para vigilar los movimientos, pues eres nuestra columna y nuestra única esperanza después de Alah. ¡Y todos nosotros te serviremos



de muralla!» Daul'makán dió las gracias á su hermano por su abnegación y dispuso que se ejecutara su plan.

Pero he aquí que de entre las filas de los rumís se destacó un jinete, que avanzó rápidamente hacia los musulmanes. Y cuando estuvo cerca se le vió cabalgar sobre una ligera mula, cuya silla era de seda blanca cubierta con un tapiz de Cachemira. El jinete era un arrogante anciano de barbas blancas y de aspecto venerable, envuelto en un manto de lana blanca. Se acercó al sitio en que estaba Daul'makán, y dijo: «Vengo hacia vosotros para traeros un mensaje. Como soy un embajador, y el embajador debe estar amparado por la neutralidad, otorgadme el derecho á hablar sin que me molesten, y os comunicaré mi misión.»

Entonces Scharkán le dijo: «Estás bajo nuestra salvaguardia.» El mensajero se apeó, se quitó la cruz que pendía de su cuello, se la entregó al rey, y dijo: «Vengo hacia vosotros de parte del rey Afridonios, que ha atendido mis consejos para terminar esta guerra desastrosa que aniquila tanta criatura hecha á imagen de Dios. Vengo á proponeros que se ponga término á esta guerra con un combate singular entre el rey Afridonios y el príncipe Scharkán, jefe de los guerreros musulmanes.»

Oídas estas palabras, Scharkán dijo: «¡Oh anciano! Vuelve junto al rey de los rumís y dile que Scharkán, campeón de los musulmanes, acepta la lucha. Y mañana por la mañana, en cuanto haya-



mos descansado de esta larga marcha, chocarán nuestras armas. Y si soy vencido, nuestros guerreros tendrán que buscar su salvación en la fuga.»

Entonces el anciano regresó junto al rey de Constantinia y le transmitió la respuesta. Y el rey estuvo á punto de volar de alegría al enterarse, pues estaba seguro de matar á Scharkán, y había tomado todas sus disposiciones para ello. Y pasó aquella noche comiendo, y bebiendo, y rezando, y diciendo oraciones. Y cuando llegó la mañana, avanzó montado en un alto corcel de batalla. Vestía una cota de malla de oro, en el centro de la cual brillaba un espejo enriquecido con pedrería; llevaba en la mano un sable grande y corvo, y se había echado al hombro un arco fabricado al estilo occidental. Y cuando estuvo muy cerca de las filas musulmanas, se levantó la visera y gritó: «¡Heme aquí! ¡El que sabe quién soy, debe saber á qué atenerse; y el que ignora quién soy, me conocerá muy pronto! ¡Oh vosotros todos! ¡soy el rey Afridonios, cuya cabeza está cubierta de bendiciones!»

Pero no había acabado de hablar, cuando apareció frente á él el príncipe Scharkán, montando un hermoso caballo que valía más de mil monedas de oro rojo, y cuya silla era de brocado, bordada con perlas y pedrerías. Llevaba en la mano una espada india nielada de oro, cuya hoja era capaz de cortar el acero y de nivelar todas las cosas. Llevó su caballo hasta muy cerca del de Afridonios, y gritó: «¡Guárdate, miserable! ¿Me tomas por



uno de esos jovencillos de piel de doncella, cuyo sitio está más bien en el lecho de las prostitutas que en el campo de batalla? ¡He aquí mi nombre, maldito rumí!» Y haciendo girar la espada, asestó un tremendo golpe á su adversario, que sólo se pudo resguardar haciendo dar una vuelta á su caballo. Después se lanzaron el uno contra el otro, semejando dos montañas que chocaran ó dos mares que se desplomasen. Y se alejaban y se aproximaban, para separarse y volver á aproximarse otra vez. Y no dejaban de darse golpes y pararlos. Todo esto á la vista de los dos ejércitos, que tan pronto voceaban la victoria para Scharkán como para el rey de los rumís. Y así siguieron hasta la puesta del sol, sin ningún resultado.

Pero cuando el astro iba á desaparecer, el rey Afridonios gritó súbitamente á Scharkán: «¡Por Cristo! ¡Mira hacia atrás, campeón de la derrota, héroe de la fuga! ¡He aquí que te traen un caballo de refresco para que luches ventajosamente contra mí, que conservo el mío! ¡Esa es costumbre de esclavos y no de guerreros! ¡Por Cristo! ¡Vales menos que un esclavo!»

Al oír estas palabras, Scharkán, en el colmo de la rabia, se volvió para ver qué caballo era aquel de que le hablaba el cristiano, y no vió ninguno. Aquello era un ardid del maldito cristiano, que, aprovechándose de aquel movimiento, que dejaba á Scharkán á merced suya, blandió la azagaya y se la tiró á la espalda.



Entonces Scharkán exhaló un grito terrible, un solo grito, y cayó sobre el arzón de la silla. Y el maldito Afridonios, dejándole por muerto, lanzó su grito de victoria, grito de traición, y galopó hacia las filas de los cristianos.

Pero en cuanto los musulmanes vieron caer á Scharkán con la cara contra el arzón de la silla, acudieron á socorrerle, y los primeros que llegaron hasta él fueron...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y como de costumbre, interrumpió su relato.



*PERO CUANDO LLEGÓ  
LA 103.<sup>a</sup> NOCHE*

Ella dijo:

...y los primeros que llegaron hasta él fueron el visir Dandán y los emires Rustem y Bahramán. Lo levantaron en brazos y se apresuraron á llevarle á la tienda de su hermano, que habia llegado al limite más extremo del dolor y de la indignación, clamando por vengarse. En seguida llamaron á los médicos, y se les confió á Scharkán. Y todos los presentes rompieron en sollozos, y pasaron la noche alrededor de la cama en que estaba tendido el héroe, que seguía desmayado.



Por la mañana llegó el santo asceta, entró donde estaba el herido, leyó sobre su cabeza algunos versículos del Korán y le impuso las manos. Entonces Scharkán exhaló un prolongado suspiro y abrió los ojos. Sus primeras palabras fueron para dar gracias al Clemente, que le permitía vivir. Después se volvió hacia su hermano Daul'makán y le dijo: «El maldito me ha herido á traición. Pero gracias á Alah, la herida no es mortal. ¿En dónde está el santo asceta?» Y Daul'makán dijo: «Helo ahí, á tu cabecera.» Entonces Scharkán cogió las manos del asceta y las besó. Y el asceta hizo votos por su curación, y le dijo: «¡Hijo mío, sufre con paciencia tus males y serás recompensado por el Remunerador!»

Daul'makán, que había salido un momento, volvió á la tienda, besó á su hermano Scharkán y las manos del santo, y dijo: «¡Oh hermano mío! ¡que Alah te proteja! ¡He aquí que voy á vengarte, pues voy á matar á ese traidor, á ese perro hijo de perro, rey de los rumís.» Y Scharkán quiso detenerle, pero fué en vano. El visir, los emires y el chambelán se ofrecieron á ir á matar al traidor, pero ya Daul'makán había saltado sobre su caballo, y gritaba: «¡Por el pozo de Zamzam! ¡Yo solo he de castigar á ese perro!» Y sacó su caballo á mitad del meidán, y al verle se le habría tomado por el mismo Antar en medio de la pelea, cabalgando en su caballo negro, más veloz que el viento y los relámpagos.

Por su parte, el traidor Afridonios había lanzado su caballo al meidán. Y los dos campeones choca-



ron, buscando uno y otro darse el golpe decisivo, pues la lucha no podía terminar esta vez mas que con la muerte. Y la muerte acabó por herir al maldito traidor, pues Daul'makán, cuyas fuerzas centuplicaba el deseo de venganza, después de algunos ataques infructuosos, acabó por alcanzar á su enemigo, y de un solo tajo le hendió la visera, la piel del cuello y la columna vertebral, é hizo volar su cabeza lejos del cuerpo.

Y al verlo los musulmanes se precipitaron como el rayo sobre las filas de los cristianos, é hicieron una matanza, pues hasta la caída de la noche sucumbieron cincuenta mil rumís. Pero los descreídos pudieron volver á favor de las tinieblas á Constantinia, y cerraron las puertas, para que los musulmanes victoriosos no pudiesen penetrar en la ciudad. Y así fué como Alah otorgó la victoria á los guerreros de la fe.

Los musulmanes volvieron entonces á sus tiendas cargados con los despojos de los rumís, y los jefes felicitaron al rey Daul'makán, que dió las gracias al Altísimo por la victoria. Después marchó el rey junto al lecho de su hermano, y le anunció la buena nueva. Y Scharkán sintió que su corazón se desbordaba de alegría, y dijo á su hermano: «Sabe, ¡oh hermano! que la victoria no se debe mas que á las oraciones de este santo asceta, que durante la batalla no ha cesado de invocar al cielo y pedir sus bendiciones para los guerreros creyentes.»

Pero la maldita vieja, al saber la muerte del



rey Afridonios y la derrota de su ejército, cambió de color; su tez amarilla se puso verde, y el llanto la ahogaba. Sin embargo, consiguió dominarse, y dió á entender que aquellas lágrimas eran causadas por la alegría que le producía la victoria de los musulmanes. Y maquinó la peor de las maquinaciones para abrasar de dolor el corazón de Daul' makán. Aquel día aplicó, como de costumbre, las pomadas y los ungüentos á las heridas de Scharkán, le curó con el mayor cuidado, y pidió que saliera todo el mundo, para dejarlo dormir tranquilamente. Entonces todos salieron, y dejaron á Scharkán con el miserable asceta.

Cuando Scharkán estuvo completamente sumido en el sueño...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y discreta como siempre, se calló hasta el otro día.



*PERO CUANDO LLEGÓ  
LA 104.<sup>a</sup> NOCHE*

Ella dijo:

...Cuando Scharkán estuvo completamente sumido en el sueño, la horrible vieja, que le acechaba como una loba feroz ó como una víbora de las peores, se puso de pie, se deslizó traidoramente hasta



cerca de la cabecera, y sacó de entre las ropas un puñal emponzoñado con un veneno tan terrible, que sólo con ponerlo sobre el granito lo habría derretido. Y levantó el puñal con su mano calamitosa, y descargándolo bruscamente contra el cuello de Scharkán, le separó la cabeza del tronco. Y así murió, por la fuerza de la fatalidad y por las maquinaciones de Eblis, encarnado en aquella maldita vieja, el que fué el campeón de los musulmanes, el incomparable héroe Scharkán, hijo de Omar Al-Nemán.

Y satisfecha su venganza, la vieja dejó junto á la cabeza cortada una carta que decía:

«ESTA CARTA ES DE LA NOBLE SCHAUUHI, LA CUAL, Á CAUSA DE SUS HAZAÑAS, ES CONOCIDA CON EL NOMBRE DE MADRE DE TODAS LAS CALAMIDADES, Y VA DIRIGIDA Á LOS MUSULMANES QUE SE HALLAN AHORA EN EL PAÍS DE LOS CRISTIANOS.

»Sabed, ¡oh todos vosotros! que yo y nadie más que yo tuvo la alegría de suprimir en otro tiempo á vuestro rey Omar Al-Nemán, en medio de su palacio. Y yo soy la que ha causado vuestra derrota y vuestro exterminio en el valle del monasterio. Yo soy la que con su propia mano ha cortado la cabeza á vuestro jefe Scharkán. Y espero que, con ayuda del cielo, cortaré también la cabeza á vuestro rey y á su visir Dandán.

»Reflexionad ahora vosotros si os conviene permanecer más en nuestro país ó regresar al vuestro.



Sabed que no lograréis jamás vuestros fines, pues por mi brazo y mis estratagemas, y gracias á Cristo Nuestro Señor, pereceréis hasta el último al pie de los muros de Constantinia.»

Y habiendo dejado esta carta, se deslizó fuera de la tienda y marchó á Constantinia para enterar á los cristianos, relatándoles sus fechorías. Después fué á la iglesia, y se puso á rezar y llorar por la muerte del rey Afridonios, y dió gracias al diablo por la muerte del príncipe Scharkán.

Pero he aquí que, á la misma hora en que se cometía el asesinato del príncipe, el visir Dandán, no pudiendo dormir y sintiéndose inquieto, como si todo el mundo se desplomase sobre él, se decidió á levantarse de la cama y á salir de su tienda. Y mientras se paseaba, vió al asceta que se alejaba rápidamente del campamento. Y entonces pensó: «El príncipe estará solo; voy á velar junto á él si duerme, ó á hablar con él si está despierto.»

Y cuando llegó á la tienda, lo primero que vió fué un gran charco de sangre en el suelo, y después, en el lecho, el cuerpo y la cabeza de Scharkán asesinado. Y lanzó un grito tan terrible, que despertó á todos, y puso en pie á todo el campamento y á todo el ejército, y también al rey Daulmakán, que acudió inmediatamente á la tienda. Y al ver al visir Dandán que lloraba junto al cuerpo sin vida de su hermano, exclamó: «¡Ya Alah!» Y cayó sin conocimiento...



En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ  
LA 105.<sup>a</sup> NOCHE*

Ella dijo:

...Y cayó sin conocimiento. Entonces acudieron el visir y los emires, y le hicieron aire con los ropones. Y Daul'makán acabó por volver en sí, y exclamó: «¡Oh mi hermano Scharkán! ¡oh el más grande de los héroes! ¿Qué maldito demonio te ha puesto en este irremediable estado?» Y se echó á llorar, y con él lloraban también el visir, los emires y el gran chambelán.

De pronto, el visir Gandán vió la carta, se apoderó de ella, y la leyó al rey delante de todos los presentes. Y dijo: «¡Oh rey! ¡He aquí explicada la repulsión que sentía ante ese asceta maldito!»

Y entonces el rey, sin dejar de llorar, exclamó: «¡Por Alah, que he de coger á esa vieja, y con mis propias manos le anegaré la vagina con plomo derretido, y he de clavarle en el trasero un poste afilado! ¡Después la arrastraré por los cabellos y la clavaré viva en la puerta principal de Constantinia!» En seguida dispuso unos grandes funerales en memoria de su hermano Scharkán. Y la comitiva le siguió, llorando con todas las lágrimas de sus ojos,



y fueron á sepultarlo al pie de una colina, bajo una gran cúpula de mármol y de oro.

Después, durante largos días, siguió llorando, y tanto lloró, que llegó á ser la sombra de sí mismo. Y el visir Dandán, reprimiendo su propio dolor, fué á buscarle, y le dijo: «¡Oh rey! Procúrate un bálsamo para tu dolor y sécate los ojos. ¿No sabes que tu hermano está entre las manos del Justo Remunerador? Y además, ¿de qué sirve todo ese duelo por lo que es irreparable, y cuando toda cosa está escrita para suceder á su tiempo? Levántate, ¡oh rey! y coge de nuevo tus armas; y pensemos en apresurar el sitio de esta ciudad de infieles. ¡Será el mejor medio de vengarnos!»

Y mientras el visir animaba de este modo al rey, llegó un correo de Bagdad portador de una carta de Nozhatú á su hermano Daul'makán. Y esta carta decía en concreto lo siguiente:

«Te anuncio, ¡oh hermano mío! la buena nueva.

»Tu esposa, la joven esclava que dejaste preñada, acaba de parir con salud un niño varón, tan luminoso como la luna en el mes de Ramadán. Y me ha parecido muy bien llamarle Kanmakán (1).

»Ahora bien; los sabios y los astrónomos predicen que este niño realizará cosas memorables, por los muchos prodigios y maravillas que han acompañado á su nacimiento.

---

(1) *Kanmakán* significa: Él fué lo que fué.



»Con este motivo no he dejado de rezar y hacer votos en todas las mezquitas por ti, por el niño y por tu triunfo contra los enemigos.

»Te anuncio asimismo que gozamos de completa salud, especialmente tu amigo el encargado del hammam, que está en el límite de la satisfacción y la paz, y desea ardientemente, como nosotros, tener noticias tuyas.

»Aquí, este año las lluvias han sido abundantes y las cosechas se anuncian como excelentes.

»¡Y que la paz y la seguridad sean contigo y á tu alrededor!»

Cuando Daul'makán hubo leído esta carta, respiró ampliamente, y exclamó: «Ahora, ¡oh visir! que Alah me ha favorecido con mi hijo Kanmakán, mi duelo se atenúa y mi corazón vuelve á empezar á vivir. Así es que tenemos que pensar en celebrar dignamente el término de este luto, según nuestras costumbres.» Y el visir dijo: «La idea es muy justa.» Y mandó levantar tiendas alrededor de la tumba de Scharkán, y en ellas se colocaron los lectores del Korán y los imanes. Se inmoló un gran número de carneros y camellos, y su carne se repartió entre los soldados. Y se pasaron aquella noche rezando y recitando el Korán.

Pero por la mañana, Daul'makán avanzó hacia la tumba del príncipe Scharkán, tapizada con telas preciosas de Persia y Cachemira, y ante todo el ejército...



En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y discretamente se calló hasta el otro día.



**PERO CUANDO LLEGÓ  
LA 106.<sup>a</sup> NOCHE**

Ella dijo:

...Daul'makán avanzó hacia la tumba del príncipe Scharkán, tapizada con telas preciosas de Persia y Cachemira, y ante todo el ejército vertió abundantes lágrimas, é improvisó estas estrofas en memoria del difunto:

*¡Oh Scharkán, oh hermano mío! ¡He aquí que las lágrimas han escrito en mis mejillas, para todas las miradas que los lean, renglones más dolorosos y más elocuentes que los versos más sentidos, ¡oh hermano!*

*¡Detrás de tu féretro, ¡oh Scharkán! marcharon llorando todos los guerreros! ¡Y lanzaban gritos de dolor tan desgarrados como el grito de Muza en el Jabal-Tor!*

*¡Y llegamos todos á tu tumba, cuya fosa es más honda en el corazón de tus soldados que en la tierra en que reposas, ¡oh hermano mío!*

*¡Ay de mí, oh Scharkán! ¡Cómo podía suponer que había de verte bajo el sudario en las parihuelas, y á hombros de los portadores?*

*¿En dónde estás, astro de Scharkán? ¿En dónde es-*



*tás, astro querido, cuya claridad deslumbraba á todas las estrellas de los cielos?*

*¡El abismo infinito de tu tumba, ¡oh joya preciada! está iluminado por la claridad que le prestas en el seno de nuestra última madre, hermano mío!*

*¡Y hasta el sudario que te cubre, los pliegues de tu sudario, tomaron vida al contacto tuyo y se extendieron como alas para cobijarte!*

Y recitadas estas estrofas, rompió en llanto el rey, y con él todo el ejército. Entonces avanzó el visir Dandán, se arrojó sobre la tumba, la besó, y con voz ahogada por las lágrimas, recitó estos versos:

*¡Acabas de cambiar sabiamente las cosas perecederas por las inmortales! ¡Seguiste el ejemplo de tus antecesores en la muerte!*

*¡Has emprendido el vuelo hacia las alturas, allí donde las rosas forman alfombras perfumadas bajo los pies de las huries! ¡Ojalá te deleites allí con todas las cosas nuevas!*

*¡Quiera el Dueño del trono iluminado reservarte el mejor sitio de su paraíso, y poner al alcance de tus labios los goces reservados á los justos de la tierra!*

Y así fué como terminó el luto por Scharkán.

Pero Daul'makán seguía muy triste al verse separado de su hermano, mucho más cuanto que el sitio de Constantinia amenazaba prolongarse. Y un



dia se confió á su visir, y le dijo: «¿Qué haría, ¡oh visir! para olvidar estos pesares que me atormentan y librarme del aburrimiento que pesa sobre mi alma?»

El visir contestó: «¡Oh rey! No conozco mas que un remedio para tus males, y es contarte una historia de los tiempos pasados; una historia de los reyes famosos de que hablan las crónicas. Y la cosa ha de serme muy fácil, pues reinando tu difunto padre el rey Omar Al-Nemán, le distraía por las noches narrándole cuentos y recitándole versos de nuestros poetas ó improvisados por mí. De suerte que esta noche, cuando esté dormido el campamento, te contaré, si Alah lo quiere, una historia que te maravillará y te hará encontrar extremadamente corto el tiempo del sitio. Puedo anticiparte que se llama la *Historia de los dos amantes Aziz y Aziza*.»

Al oír estas palabras, el rey Daul'makán sintió que su corazón latía impaciente, y no tuvo otra preocupación que llegara la noche para poder oír el cuento prometido, cuyo solo título le hacía estremecerse de gusto.

Así es que apenas empezó á anochecer, mandó que se encendiesen todas las luces de su tienda, y que trajesen grandes bandejas cargadas de cosas de comer y beber, y pebeteros cargados de incienso, ámbar y aromas. Y reunió allí á los emires Bahramán, Rustem y Turkash y al gran chambelán, esposo de Nozhatú. Y después mandó llamar al visir Dan-



dán, y le dijo: «¡Oh mi visir! He aquí que la noche tiende sobre nosotros su amplio ropaje y su cabellera, y sólo aguardamos para nuestro deleite la historia entre las historias que nos has prometido.»

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y discretamente, aplazó su relato para el otro día.



*PERO CUANDO LLEGÓ  
LA 106.<sup>a</sup> NOCHE*

Ella dijo:

El rey Daul'makán dijo, pues, al visir Dandán: «¡Oh mi visir! He aquí que la noche tiende sobre nosotros su amplio ropaje y su cabellera, y sólo aguardamos para nuestro deleite la historia entre las historias que nos has prometido.» Y el visir Dandán contestó: «¡De todo corazón y como homenaje debido! Pues sabe, ¡oh rey afortunado! que la historia que voy á contarte sobre Aziz y Aziza, y sobre todas las cosas que les sucedieron, es una historia hecha para disipar todos los pesares del corazón y para consolar de un luto, aunque fuese más grande que el de Yacub. Hela aquí:





## Historia de Rziz y Rziza

### y del hermoso príncipe Diadema



«Había en la antigüedad del tiempo y en el pasado de las edades y del momento una ciudad entre las ciudades de Persia, detrás de las montañas de Ispahán. Y el nombre de esta ciudad era la Ciudad Verde. El rey de esta ciudad se llamaba Soleimán-Schah. Estaba dotado de grandes cualidades de justicia, de generosidad, de prudencia y de saber. Así es que desde todas las comarcas afluían viajeros á su ciudad, pues su fama se había extendido mucho é inspiraba confianza á las caravanas y á los mercaderes.

Y el rey Soleimán-Schah siguió gobernando de este modo, rodeado de prosperidades y del afecto de todo su pueblo. Pero sólo faltaba á su dicha una mujer que le diera hijos, pues era soltero.

Y el rey Soleimán-Schah tenía un visir que se



le parecía mucho, por su liberalidad y por la bondad de su corazón. Y un día en que su soledad se le hacía más pesada que de costumbre, mandó llamar el rey á su visir, y le dijo: «¡Oh mi visir! He aquí que se agota mi paciencia y mis fuerzas disminuyen, y como siga así, no me quedará mas que el pellejo sobre los huesos. Porque veo ahora que el celibato no es un estado natural, sobre todo para los reyes, que han de transmitir un trono á sus descendientes. Además, nuestro bendito Profeta (¡sean con él la plegaria y la paz!) ha dicho: «¡Copulad y multiplicad vuestros descendientes, porque vuestro número ha de glorificarme ante todas las razas el día de la Resurrección! Aconséjame, pues, ¡oh mi visir! y dime tu parecer.»

Entonces el visir dijo: «Verdaderamente, ¡oh rey! esta es una cuestión muy difícil y de una delicadeza extraordinaria. Trataré de satisfacerte, sin salirme de la vía prescrita. Sabe, pues, ¡oh rey! que no sería de mi gusto que una esclava desconocida llegase á ser tu esposa, porque ¿cómo podrías conocer su origen, la nobleza de sus ascendientes, la pureza de su sangre y los principios de su raza? ¿Y cómo podrías conservar intacta la unidad de sangre de sus propios antecesores? ¿No sabes que el hijo que nazca de tal unión sería un bastardo lleno de vicios, embustero, sanguinario y maldito por Alah, á causa de sus abominaciones futuras? Sería como la planta que crece en terreno pantanoso, y que cae podrida antes de llegar á su total



crecimiento. Así es que no esperes de tu visir el servicio de comprarte una esclava, aunque fuese la joven más hermosa de la tierra; pues no quiero ser origen de desgracias, ni soportar el peso de los pecados, cuyo instigador sería este servidor tuyo. Pero si quieres hacer caso á mis barbas, sabe que mi opinión es que escojas, entre las hijas de los reyes, una esposa cuya genealogía sea conocida y cuya belleza se presente como modelo ante todas las mujeres.»

Entonces el rey Soleimán-Schah exclamó: «¡Oh mi visir! Si logras encontrar semejante mujer, estoy dispuesto á tomarla por esposa legítima, á fin de atraer sobre mi raza las bendiciones del Altísimo.» Al oírlo, dijo el visir: «El asunto está ya arreglado, gracias á Alah.» Y el rey exclamó: «¿Cómo es eso?» Y prosiguió el visir: «Sabe, ¡oh rey! que mi esposa me ha dicho que el rey Zahr-Schah, señor de la Ciudad Blanca, tiene una hija de belleza tan ejemplar, que supera á todas las palabras, pues mi lengua se haría peluda antes de poderte dar la menor idea de ella.» Y el rey exclamó: «¡Ya Alah!» Y prosiguió el visir: «Porque, ¿cómo podría hablarte dignamente de sus ojos, de sus párpados oscuros, de su cabellera, de su talle y de su cintura, tan fina que casi no se ve? ¿Cómo describirte el desarrollo de sus caderas y de lo que las sostiene y redondea? ¡Por Alah! ¡Nadie puede acercársele sin quedarse inmóvil, como nadie puede mirarla sin morir! Y de ella ha dicho el poeta:



*¡Oh virgen de vientre de armonía! ¡Tu cintura desafía á la rama de sauce y á la misma esbeltez de los álamos del Paraíso!*

*¡Tu saliva es miel silvestre! ¡Moja en ella la copa, endulza el vino, y dámelo después, ¡oh huri! ¡Pero sobre todo, te ruego que abras los labios y regocijes mis ojos con sus perlas!»*

Oídos estos versos, el rey se estremeció de gusto, y gritó desde el fondo de su garganta: «¡Ya Alah!» Pero el visir prosiguió: «Y así, ¡oh rey! opino que envíes lo antes posible al rey Zahr-Schah uno de tus emires, que sea hombre de tu confianza, dotado de tacto y delicadeza, que conozca el sabor de las palabras antes de pronunciarlas, y cuya experiencia te sea conocida. Y le encargará que emplee toda su persuasión en lograr que el padre te dé la joven. Y te casarás con ella, para seguir las palabras de nuestro Profeta bendito (¡sean con él la paz y la plegaria!), que dijo: «¡Los hombres que se llamen castos deben ser desterrados del Islam! ¡Son unos corruptores! ¡Nada de celibato en el Islam!» ¡Y en verdad, esta princesa es el único partido para ti, porque es la pedrería más hermosa de toda la tierra, aquende y allende!»

Al oír estas palabras, sintió el rey Soleimán-Schah que se le ensanchaba el corazón, y dijo al visir: «¿Qué hombre sabrá realizar mejor que tú esa misión tan delicada? Tú serás quien vaya á arreglar eso, tú solo, que estás lleno de sabiduría y cor-



tesía. Levántate, pues, y corre á despedirte de los de tu casa, despacha en seguida los asuntos pendientes, y ve á la Ciudad Blanca á pedir para mí la mano de la hija de Zahr-Schah, pues he aquí que mi corazón y mi juicio están muy atormentados con eso y se preocupan mucho.» El visir contestó: «¡Escucho y obedezco!»

Y se apresuró á despachar lo que tenía que despachar, y á abrazar á aquellos á quienes tenía que abrazar, y se puso á hacer todos los preparativos de la marcha. Llevó toda clase de regalos que pudiesen satisfacer á los reyes: joyas, orfebrería, alfombras de seda, telas preciosas, perfumes, esencia de rosas completamente pura, y todas las cosas ligeras de peso, pero pesadas en cuanto á precio y valor. Llevó también diez hermosos caballos de las razas más puras de Arabia, y muy ricas armas nieladas de oro, con empuñaduras incrustadas de rubíes, y también armaduras ligeras de acero y cotas de malla doradas. Todo esto sin contar unos grandes cajones cargados de cosas suntuosas y también de cosas agradables al paladar, como conservas de rosas, albaricoques laminados en hojas, dulces secos perfumados, pastas de almendra aromadas con benjuí de las islas cálidas, y mil golosinas capaces de disponer favorablemente á las jóvenes. Mandó cargar todos estos cajones en mulos y camellos, y llevó cien mamalik, cien negros jóvenes y cien muchachas, que al regreso formarían el séquito de la novia. Y cuando el visir se puso á la ca-



beza de la caravana, y se desplegaron las banderas para dar la señal de marcha, se presentó el rey Soleimán para decirle: «Cuida de no volver sin la joven, y ven cuanto antes, porque me abraso.» Y el visir respondió: «¡Escucho y obedezco!» Y partió con toda su caravana, y caminó de día y de noche, atravesando montañas, valles, ríos y torrentes, llanuras desiertas y llanuras fértiles, hasta que estuvo á una jornada de la Ciudad Blanca.

Entonces se detuvo á descansar á orillas de un río, y envió un correo para que anunciase su llegada al rey Zahr-Schah.

Ahora bien; en el momento en que el correo llegó á las puertas de la ciudad, y cuando iba á penetrar en ella, le vió el rey Zahr-Schah, que tomaba el fresco en uno de sus jardines, le mandó llamar y le preguntó quién era. Y el correo dijo: «Soy el enviado del visir *tal*, acampado á orillas de *tal* río, que viene á visitarte de parte de nuestro rey Soleimán, señor de la Ciudad Verde y de las montañas de Ispahán.»

Al enterarse de esta noticia, el rey Zahr-Schah quedó en extremo encantado, y mandó ofrecer refrescos al correo del visir, y dió á sus emires la orden de ir al encuentro del gran enviado del rey Soleimán-Schah, cuya soberanía era respetada hasta en los países más remotos y en el mismo territorio de la Ciudad Blanca. Y el correo besó la tierra entre las manos del rey Zahr-Schah, diciéndole: «Mañana llegará el visir. Y ahora, ¡que Alah te



siga otorgando sus altos favores, y tenga á tus difuntos padres en su gracia y misericordia!» Eso en cuanto á éstos.

Pero en cuanto al visir del rey Soleimán, estuvo descansando á orillas del río hasta medianoche. Después se volvió á poner en marcha, y al salir el sol estaba á las puertas de la ciudad.

En este momento se detuvo un instante para satisfacer una apremiante necesidad. Y cuando hubo terminado, vió venir á su encuentro al gran visir del rey Zahr-Schah con los chambelanes y grandes del reino, y los emires, y los notables. Entonces se apresuró á entregar á uno de sus esclavos el jarro que acababa de usar para hacer sus abluciones, y volvió á montar apresuradamente á caballo. Y habiéndose dirigido unos á otros los saludos acostumbrados, entraron en la Ciudad Blanca.

Al llegar frente al palacio del rey, se apeó el visir, y guiado por el gran chambelán penetró en el salón del trono.

En este salón vió un alto y blanco trono de mármol transparente, incrustado de perlas y pedrería, y sostenido por cuatro pies muy elevados, formados cada uno por un colmillo completo de elefante. Encima del trono había un ancho almohadón de raso verde, bordado profusamente con lentejuelas doradas y adornado con flecos y borlas de oro. Y encima de este trono había un dosel, que centelleaba con sus incrustaciones de oro, piedras preciosas



y marfil. Y en el tal trono estaba sentado el rey Zahr-Schah...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y discreta, según su costumbre, se calló.



PERO CUANDO LLEGÓ  
LA 108.<sup>a</sup> NOCHE

Ella dijo:

...Y en el tal trono estaba sentado el rey Zahr-Schah, rodeado de los principales personajes del reino y de los guardias, que, inmóviles, aguardaban sus mandatos.

El visir sintió entonces que la inspiración iluminaba su espíritu y que la elocuencia le desataba la lengua en palabras sabrosas. Y con un donoso ademán, se volvió hacia el rey é improvisó estas estrofas en honor suyo:

*¡Al verte, me ha abandonado mi corazón para volar hacia ti, y hasta el sueño ha huído de mis ojos, dejándome entregado á mis torturas!*

*¡Oh corazón mío! ¡ya que estás con él, quédate donde estás! ¡Te abandono á él, aunque seas lo que más quiero y lo que más necesito!*

*¡Ningún descanso más agradable á mis oídos que la*



*voz de aquellos que saben cantar las alabanzas de Zahr-Schah, rey de todos los corazones!*

*¡Y después de haberle mirado, aunque sea una sola vez, con eso sería rico para siempre!*

*¡Oh todos vosotros los que rodeáis á este rey tan magnífico! ¡Sabed que si alguno dijera que conocía á un rey superior á Zahr-Schah, mentiría y no sería un verdadero creyente!*

Y habiendo acabado de recitar este poema, el visir se calló, sin decir nada más. Entonces el rey Zahr-Schah le mandó acercarse al trono, y le hizo sentar á su lado, y le sonrió cariñoso, y conversó con él afablemente durante un buen rato, demostrándole su amistad y su simpatía. Después mandó poner la mesa en honor del visir, y todo el mundo se sentó á comer y beber hasta saciarse. Entonces quiso el rey quedarse solo con el visir, y todos salieron, excepto los principales chambelanes y el gran visir del reino.

Y el visir del rey Soleimán se puso de pie, se inclinó ceremoniosamente, y dijo: «¡Oh gran rey, lleno de munificencia! ¡Vengo hacia ti para un asunto cuyo resultado para todos nosotros estará lleno de bendiciones, de frutos dichosos y de prosperidad! El objeto de mi misión es pedirte en matrimonio tu hija, llena de estimación y gracia, de nobleza y modestia, para mi señor y corona sobre mi cabeza, el rey Soleimán-Schah, sultán glorioso de la Ciudad Verde y de las montañas de Ispahán.



Y á este efecto, vengo hacia ti trayendo ricos regalos y cosas suntuosas, para demostrarte el entusiasmo con que desea mi señor poder llamarte su suegro. Quisiera saber de tu boca si compartes igualmente ese deseo, y si le quieres otorgar el objeto de sus ansiedades.»

Cuando el rey Zahr-Schah oyó este discurso del visir, se levantó y se inclinó hasta el suelo. Y los chambelanes y los emires llegaron hasta el límite del asombro al ver al rey manifestar tanto respeto á un simple visir. Pero el rey siguió de pie delante del visir, y le dijo: «¡Oh visir dotado de tacto, de sabiduría, de elocuencia y de grandeza! Escucha lo que voy á decirte: ¡me considero como un simple súbdito del rey Soleimán-Schah, y me parece el mayor honor poderme contar entre los miembros de su familia! ¡De modo que mi hija ya no es en adelante mas que una esclava entre sus esclavas, y desde este mismo instante es su cosa y su propiedad! ¡Y tal es mi respuesta á la demanda del rey Soleimán-Schah, soberano de todos nosotros, señor de la Ciudad Verde y de las montañas de Ispahán!»

E inmediatamente mandó llamar á los kadíes y los testigos, que redactaron el contrato de casamiento de la hija del rey Zahr-Schah con el rey Soleimán-Schah. Y el rey, muy dichoso, se llevó el contrato á los labios, y recibió las felicitaciones y los votos de los kadíes y los testigos, colmando á todos de sus favores. Dió grandes fiestas para honrar al visir, y grandes diversiones públicas que dilata-



ron el corazón y la vista de todos los habitantes. Y repartió víveres y regalos, lo mismo á los pobres que á los ricos. Después dispuso los preparativos para la marcha, y escogió las esclavas de su hija: griegas, turcas, negras y blancas. Y mandó construir para ella un gran palanquín de oro macizo, con incrustaciones de perlas y pedrería, y lo hizo colocar á lomos de diez mulos bien alineados. Después se puso en marcha toda la comitiva. Y el palanquín parecía, á la claridad de la mañana, un gran palacio entre los palacios de los genios, y la joven, cubierta con sus velos, semejava una hurí entre las más bellas huries del Paraíso.

Y el rey Zahr-Schah acompañó á la comitiva durante tres parasangas. Después se despidió de su hija, y del visir y de los que le acompañaban, y se volvió á su ciudad en el colmo de la alegría, lleno de confianza en el futuro.

En cuanto al visir y la comitiva...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y discretamente, aplazó su relato para el otro día.





*PERO CUANDO LLEGÓ  
LA 109.<sup>a</sup> NOCHE*

Ella dijo:

...En cuanto al visir y la comitiva, viajaron sin ningún contratiempo; y llegados á tres jornadas de la Ciudad Verde, enviaron un correo para que los anunciara al rey Soleimán-Schah.

Cuando el rey supo la llegada de su esposa, se estremeció de placer, y dió un hermoso traje de honor al correo anunciante. Y mandó á todo su ejército que fuera al encuentro de la reina con los estandartes desplegados, y los pregoneros públicos invitaron á toda la ciudad á formar parte de la comitiva, de modo que no quedase en las casas ni una sola mujer, ni una sola doncella, ni siquiera una sola anciana, aunque estuviese caduca ó imposibilitada por la edad. Y nadie dejó de salir al encuentro de la novia. Y cuando toda la gente llegó alrededor del palanquín, se acordó que la entrada en la ciudad se verificaría por la noche con gran pompa.

Así, pues, en cuanto llegó la noche, los notables de la ciudad mandaron iluminar por su cuenta todas las calles y el camino que llevaba hasta el palacio del rey. Y formaron en dos hileras á lo largo del camino, y los soldados cubrieron la carrera, formados á derecha é izquierda, y en todo el trayecto



resplandecieron en el aire límpido las iluminaciones, los tambores hicieron sonar sus redobles más profundos, las trompetas cantaron en voz alta, las banderas ondearon por encima de las cabezas, los perfumes ardieron en pebeteros por calles y plazas, y los jinetes justaron con lanzas y azagayas. Y por en medio de todos, precedida de negros y mamalik y seguida por sus esclavas, pasó la recién casada, con el magnífico vestido que le había dado su padre, y así llegó al palacio de su esposo el rey Soleimán.

Entonces las esclavas desataron los mulos, y entre los gritos de alegría que lanzaban el pueblo y el ejército, cogieron en hombros el palanquín y lo transportaron hasta la puerta reservada. En seguida las doncellas y la servidumbre ocuparon el lugar de las esclavas, é hicieron entrar á la novia en su aposento. Y en el acto se iluminó el aposento con la claridad de sus ojos, y palidecieron las luces ante la hermosura de su rostro. Y en medio de todas aquellas mujeres, parecía la luna entre las estrellas ó la perla solitaria en medio del collar. Después las doncellas y las sirvientas salieron de la habitación y se formaron en dos filas, desde la puerta hasta el fin del corredor, luego de haber acostado á la joven en la gran cama de marfil enriquecida con perlas y pedrería. Y el rey Soleimán, atravesando la doble hilera formada por estas estrellas vivas, penetró en la habitación y llegó hasta la cama de marfil donde se tendía la joven, toda adornada y perfumada. Y Alah incitó en aquel momento



una gran pasión en el corazón del rey, y le dió el amor de aquella virgen. Y el rey la poseyó, y se deleitó en la felicidad, olvidando en aquel lecho, entre muslos y brazos, todos los pesares de su impaciencia y su ansia de amor.

El rey permaneció durante todo un mes en el aposento de su esposa, sin dejarla un solo instante, por lo muy íntima y adecuada con su temperamento que era aquella unión. Y la dejó preñada desde la primera noche.

Después de lo cual fué á sentarse en el trono de su justicia, y se ocupó en los asuntos del reino para el bien de sus súbditos, y llegada la noche, no dejaba de visitar el aposento de su esposa, y así hasta el noveno mes.

Y en la última noche de este noveno mes sintió la reina los dolores del parto, se sentó en la silla parturienta, y al amanecer, Alah le facilitó el parto, y la reina dió á luz un varón marcado con la señal de la suerte y la fortuna.

En cuanto supo el rey la noticia de este nacimiento, se dilató hasta el límite de la dilatación y se alegró con una gran alegría, é hizo regalos de gran riqueza al anunciador. Después corrió hacia el lecho de su esposa, y cogiendo en brazos al niño, le besó entre los dos ojos, se maravilló de su hermosura, y vió cuán perfectamente le cuadraban estos versos del poeta:

*¡Desde que nació, le otorgó Alah la gloria y el lí-*



*mite de las alturas, y le hizo levantarse como un astro nuevo!*

*¡Oh nodrizas de pechos espléndidos y delicados, no le acostumbréis á la curva de vuestra cintura! ¡Porque su única cabalgadura será el lomo firme de los leones y de los caballos encabritados!*

*¡Oh nodrizas de leche muy dulce y muy blanca, apresuraos á destetarle! ¡Porque la sangre de sus enemigos será para él la bebida más deliciosa!*

Entonces las criadas y nodrizas cuidaron del recién nacido, y las comadres le cortaron el cordón, y le alargaron los ojos con kohl negro. Y como había nacido de un rey hijo de reyes y de una reina hija de reinas, y era tan hermoso y tan magnífico, le llamaron Diadema...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ  
LA 110.<sup>a</sup> NOCHE**

Ella dijo:

...le llamaron Diadema. Y se crió entre besos y en el seno de las más bellas. Y transcurrieron los días y transcurrieron los años, y el niño llegó á los siete años de edad.



Entonces su padre, el rey Soleimán-Schah, mandó llamar á los maestros más sabios y les ordenó que le enseñaran la caligrafía, las bellas letras y el arte de portarse, así como las reglas de la sintaxis y de la jurisprudencia. Y á leer el Libro Sublime.

Y aquellos maestros de la ciencia permanecieron con el niño hasta que llegó á los catorce años. Entonces, como había aprendido todo cuanto su padre deseaba que aprendiese, fué juzgado digno de un traje de honor. Y el rey lo sacó de las manos de los sabios y lo confió á un maestro de equitación, que le enseñó á montar á caballo, y á justar con la lanza y la azagaya, y á cazar el gamo con el gavilán. Y el principe Diadema llegó á ser en poco tiempo el caballero más cumplido, y era tan perfectamente hermoso, que cuando salía á pie ó á caballo hacia condenarse á cuantos le miraban.

Cuando cumplió los quince años eran tales sus encantos, que los poetas le dedicaron las odas más apasionadas, y los más castos y más puros de los sabios sintieron que el corazón se les deshacía y el hígado se les destrozaba por el encanto mágico que había en él. Y he aquí uno de los poemas que un poeta enamorado había compuesto por amor á sus ojos:

*¡Besarlo es embriagarse con el almizcle de que está perfumada toda su piel! ¡Abrazarlo es sentir doblarse su cuerpo como se dobla una rama bañada de brisa y de rocío!*



*¡Besarlo es embriagarse sin probar ningún vino!  
¡Bien lo sé yo, en quien fermenta por las noches el vino  
almizclado de su saliva!*

*¡La misma Belleza, al despertarse por la mañana,  
se mira al espejo y se reconoce vasalla suya! ¡Oh locura  
mía! ¿cómo podrán los corazones librarse de su belleza?*

*¡Por Alah! ¡Si logro vivir de este modo, viviré con  
su quemadura en el corazón! ¡Pero si llegase á morir  
por su amor, será mi última dicha!*

*¡Y todo esto cuando sólo tenía quince años de  
edad! ¡Pero cuando llegó á los diez y ocho, ya fué  
otra cosa! Entonces un bozo juvenil aterciopeló el  
grano rosado de sus mejillas; el ámbar negro puso  
un lunar en la blancura de su barbilla, y perturbó  
todos los juicios, y arrebató todos los ojos, como  
dice el poeta:*

*¡Su mirada! ¡Acercarse al fuego sin quemarse no  
es cosa tan asombrosa como su mirada! ¿Cómo estoy to-  
davía vivo, ¡oh encantador! cuando paso mi vida ante  
tus ojos?*

*¡Sus mejillas! ¡Si sus transparentes mejillas están  
aterciopeladas, no es de bozo como todas las demás, sino  
de seda exquisita y dorada!*

*¡Su boca! ¡Hay algunos que vienen á preguntarme  
ingenuamente dónde está el elixir de la vida, y por qué  
tierra corre el elixir de la vida y su manantial!*

*Y yo les digo: ¡Conozco el elixir de la vida y conozco  
su manantial!*



*¡Es la boca de un joven esbelto y dulce, un gamo joven con el cuello tierno é inclinado, un adolescente de cintura flexible!*

*¡Es el labio húmedo de mi amigo, delgado y vivo, joven de dulces labios de un rojo oscuro!*

Pero todo esto cuando tenía diez y ocho años, pues cuando alcanzó la edad de hombre, el príncipe Diadema llegó á ser tan admirablemente hermoso, que fué un ejemplo citado en todos los países musulmanes, á lo largo y á lo ancho. Y así, el número de sus amigos y de sus íntimos fué muy considerable; y cuantos le rodeaban querían verle reinar en el país como reinaba en los corazones.

En esta época, el príncipe Diadema se apasionó por la cacería y las expediciones por bosques y selvas, á pesar del terror que sus constantes ausencias inspiraban á su padre y á su madre. Y un día mandó á sus esclavos que prepararan provisiones para diez días, y partió con ellos para una cacería á pie y con galgos. Y anduvieron durante cuatro días, hasta que llegaron por fin á una comarca abundante en caza, cubierta de bosques habitados por toda clase de animales silvestres y regada por numerosas fuentes y arroyos.

Y el príncipe Diadema dió la señal para que comenzase la caza. Se tendió la amplia red de cuerda alrededor de un gran espacio, y los ojeadores irradiaron de la circunferencia al centro, llevándose por delante á todos los animales enloquecidos, em-



pujándolos de este modo hacia el centro. Y en persecución de los animales difíciles de ojear, se soltaron las panteras, los perros y los halcones. Y la cacería con galgos dió un gran número de gacelas y de toda clase de caza. Y fué una gran fiesta para las panteras de caza, los perros y los halcones. Una vez terminada la caza, el príncipe Diadema se sentó á orillas de un río para descansar un rato. Después repartió la caza entre sus amigos, reservando la mejor parte á su padre el rey Soleimán. Y en seguida se acostó en aquel sitio hasta por la mañana.

Al despertar, se encontraron con que había acampado allí una gran caravana llegada por la noche, y vieron salir de las tiendas y bajar hacia el río para hacer sus abluciones á un gran número de gente, esclavos negros y mercaderes. Entonces el príncipe Diadema envió á uno de sus hombres para que se enterase de quiénes eran y de su país y condición. Y el correo volvió, y transmitió al príncipe Diadema lo que le había dicho aquella gente: «Somos mercaderes, que hemos acampado aquí atraídos por el verdor de este bosque y por esos arroyos deliciosos. Sabemos que nada tenemos que temer, porque estamos en las tierras seguras del rey Soleimán, cuya sabiduría de gobierno es conocida en todas las comarcas y tranquiliza á todos los viajeros. Y le traemos como regalo gran número de cosas bellas y de mucho valor, sobre todo para su hijo el admirable príncipe Diadema.»



Y el príncipe Diadema exclamó: «¡Por Alah! Si esos mercaderes me traen tan hermosas cosas, ¿por qué no vamos á buscarlas? Así pasaremos alegremente la mañana.» Y el príncipe, seguido de sus amigos los cazadores, se dirigió hacia las tiendas de la caravana.

Cuando los mercaderes vieron llegar al príncipe y adivinaron quién era, acudieron á su encuentro, le invitaron á entrar en sus tiendas, y le levantaron en su honor una magnífica tienda de raso rojo con figuras multicolores representando flores y pájaros, alfombrada de sedas de la India y brocados de Cachemira. Y colocaron un precioso almohadón sobre una maravillosa alfombra de seda, cuyo borde estaba enriquecido con varias filas de esmeraldas. Y el príncipe se sentó en esta alfombra, se apoyó en el almohadón y pidió á los comerciantes que le enseñaran sus mercaderías. Y habiéndole enseñado los comerciantes todas sus mercaderías, eligió lo que más le agradaba, y á pesar de que se resistían, les obligó á aceptar su precio, pagándoles con largueza.

Después mandó á los esclavos que recogiesen las compras, y se disponía á montar para proseguir la caza, cuando de pronto vió delante de él, entre los mercaderes, á un joven...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y con su acostumbrada discreción, aplazó el relato para el día siguiente.





*PERO CUANDO LLEGÓ  
LA 111.<sup>a</sup> NOCHE*

Ella dijo:

...cuando de pronto el príncipe Diadema vió delante de él, entre los mercaderes, á un joven de una sorprendente hermosura, de una intensa palidez, vestido con un magnífico traje y muy bien portado. Aquel rostro tan pálido y tan bello hablaba de una gran tristeza, la ausencia de un padre, de una madre ó de un amigo muy querido.

El príncipe Diadema no quiso marcharse sin saber quién era aquel hermoso joven hacia el cual se sentía atraído. Y se aproximó á él, le deseó la paz, y le preguntó quién era y por qué estaba tan triste. Y el hermoso joven, al oír esta pregunta, sólo pudo decir estas dos palabras: «¡Soy Aziz!» Y rompió en sollozos de tal manera, que cayó desmayado.

Cuando volvió en sí, el príncipe Diadema le dijo: «¡Oh Aziz! Sabe que soy tu amigo. Dime, pues, el motivo de tus penas.» Pero el joven Aziz, por toda respuesta, apoyó los codos en el suelo y cantó estos versos:

*¡Evitad la mirada mágica de sus ojos, pues nadie se  
escapa de su órbita!*

*¡Los ojos negros son terribles cuando miran lángui-*



*damente, porque atraviesan los corazones como los atraviesa el acero de las espadas afiladas!*

*¡Y sobre todo, no escuchéis la dulzura de su voz, pues como si fuera un vino hecho de fuego, trastorna el juicio á los más razonables!*

*¡Si la conocieseis! ¡Son tan dulces sus miradas! ¡Si su cuerpo de seda tocara el terciopelo, lo eternizaría de dulzura!*

*¡Cuán noble es la distancia entre su tobillo apretado por la pulsera de oro y sus ojos circundados de kohl negro!*

*¡Ah! ¿En dónde está el aroma delicado de sus vestidos perfumados, su aliento que sabe á esencia de rosas?*

Cuando el príncipe Diadema oyó esta canción, no quiso insistir más por el momento, y dijo: «¡Oh Aziz! ¿por qué no me has enseñado tus mercancías como los demás mercaderes?» El otro contestó: «¡Oh mi señor! Mis mercancías no merecen que las compre el hijo de un rey.» Pero el hermoso Diadema dijo al hermoso Aziz: «¡Por Alah! De todos modos, quiero que me las enseñes.» Y obligó al joven Aziz á sentarse en la alfombra de seda, á su lado, y á presentarle, pieza por pieza, todas sus mercancías. Y el príncipe Diadema, sin examinar las bellas telas, se las compró todas, y le dijo: «Ahora, ¡oh Aziz! si me contases el motivo de tus penas... Te veo con los ojos llenos de lágrimas y con el alma llena de aflicción. Ahora bien; si alguien te persigue, sabré castigar á tus opresores; y si tienes deu-



das, pagaré de todo corazón tus deudas. Porque he aquí que me siento atraído hacia ti, y mis entrañas arden por causa tuya.»

Pero el joven Aziz, al oír estas palabras, se sintió de nuevo ahogado por los sollozos, y no pudo hacer mas que cantar estas estrofas:

*¡La presunción de tus ojos negros alargados con kohl azul!*

*¡La esbeltez de tu cintura recta sobre tus caderas ondulantes!*

*¡El vino de tus labios y la miel de tu boca! ¡La curva de tus pechos y la brasa que los florece!*

*¡Esperarte es más dulce para mi corazón que lo es para el condenado, la esperanza de indulto! ¡Oh noche!*

Y el príncipe Diadema, después de esta canción, quiso distraer al joven y se puso á examinar una por una las hermosas telas y las sederías. Pero de pronto cayó de entre las telas un trozo de seda brochada, que el joven Aziz se apresuró á recoger y lo dobló temblando, poniéndoselo bajo la rodilla. Y exclamó:

*¡Oh Aziza, mi muy amada! ¡Más fáciles que tú son de alcanzar las estrellas de las Pléyades!*

*¿Adónde iré sin ti? ¿Cómo he de soportar tu ausencia, que me abruma, cuando apenas puedo con el peso de mi traje?*

Y el príncipe, al ver aquel movimiento del bello



Aziz y al oír sus últimos versos, se quedó extremadamente sorprendido, llegando al límite de la expectación. Y exclamó:

En este momento de su narración, Schahrazada, la hija del visir, vió aparecer la mañana, y discretamente, no quiso abusar del permiso otorgado.

Entonces, su hermana la joven Doniazada, que había oído toda aquella historia conteniendo la respiración, exclamó desde el sitio en que estaba acurrucada: «¡Oh hermana mía! ¡Cuán dulces, cuán gentiles y cuán deliciosas al paladar y sabrosas en su frescura son tus palabras! ¡Y cuán encantador es ese cuento, y cuán admirables sus versos!»

Y Schahrazada le sonrió, y le dijo: «¡Sí, hermana mía! Pero ¿qué es eso comparado con lo que os contaré la noche próxima, si aún estoy viva por merced de Alah y voluntad del rey?»

Y el rey Schahriar dijo para sí: «¡Por Alah! No la mataré sin haber oído la continuación de su historia, que es una historia maravillosa y sorprendente por todo extremo.»

Después cogió á Schahrazada en brazos. Y pasaron el resto de la noche entrelazados hasta el día.

Luego de lo cual marchó el rey Schahriar á la sala de justicia; y el diván se llenó de la multitud de los visires, emires, chambelanes, guardias y servidores de palacio. Y el gran visir llegó también, llevando bajo el brazo el sudario para su hija Schahrazada, á la cual creía ya muerta.



Pero el rey nada le dijo sobre esto, y siguió juzgando, concediendo empleos, destituyendo, gobernando y despachando los asuntos pendientes, y así hasta el fin del día. Después se levantó el diván, y el rey entró en su palacio. Y el visir se quedó muy perplejo, llegando al límite más extremo del asombro.

Pero en cuanto llegó la noche, el rey Schahriar fué á buscar á Schahrazada, y no dejó de hacer con ella su cosa acostumbrada.



#### Y ERA LA 112.<sup>a</sup> NOCHE

Y en cuanto se terminó la cosa, la joven Doniazada se levantó de la alfombra y dijo á Schahrazada:

«¡Oh hermana mía! Te ruego que continúes esa bella historia del hermoso príncipe Diadema y Aziz y Aziza, que al pie de los muros de Constantinia contaba el visir al rey Daul'makán.»

Y Schahrazada, sonriendo á su hermana Doniazada, le dijo: «¡La contaré de todo corazón y como homenaje debido! ¡Pero no sin que me lo permita este rey bien educado y dotado de buenos modales!»

Entonces, el rey Schahriar, que no podía dormir por la impaciencia con que aguardaba el relato, contestó: «¡Puedes hablar!»

Y Schahrazada dijo:



He llegado á saber, ¡oh rey afortunado! que el príncipe Diadema exclamó: «¡Oh Aziz! ¿Por qué ocultas esa tela?» Y Aziz respondió: «¡Oh señor! Precisamente por esto no quería mostrarte mis mercancías. ¿Qué haré ahora?» Y lanzó un suspiro con toda su alma. Pero tanto insistió el príncipe Diadema y tan afables eran sus palabras, que el joven Aziz acabó por decir:

«Sabe, ¡oh mi señor! que la historia de este doble pedazo de tela es bien extraña y está llena de recuerdos muy dulces para mí. Pues los encantos de aquellas que me entregaron estas dos telas nunca se borrarán de mis ojos. La que me dió la primera tela se llamaba Aziza. En cuanto á la otra, su nombre me es muy amargo de pronunciar en este momento. Porque fué ella con su propia mano la que me hizo lo que soy. Pero como ya he empezado á hablarte de estas cosas, voy á contarte los pormenores. Seguramente te encantarán, y servirán de lección á quienes los oigan con respeto.»

Después el joven Aziz sacó el doble pedazo de tela que había ocultado bajo la rodilla y lo desdobló sobre la alfombra en donde estaban sentados. Y el príncipe Diadema vió que los dos pedazos eran distintos: en uno estaba bordado, con hilos de oro rojo é hilos de seda de todos colores, una gacela; y en el otro pedazo había también una gacela, pero bordada con hilo de plata, y llevaba al cuello un collar de oro rojo, del cual colgaban tres piedras de crisólito oriental.



Al ver estas gacelas tan maravillosamente bordadas, exclamó el príncipe: «¡Gloria á Aquel que pone tanto arte en el alma de sus criaturas!» Y después, dirigiéndose al hermoso joven, prosiguió:

«¡Oh Aziz! Te ruego que me cuentes tu historia con Aziza y con la dueña de esta segunda gacela.»

Y el hermoso Aziz dijo al príncipe:

«Sabe, ¡oh príncipe Diadema! que mi padre era uno entre los grandes mercaderes, y no tenía más hijos que yo. Pero yo tenía una prima que se había criado conmigo en casa de mi padre, porque el suyo había fallecido.

Y antes de morir, mi tío había hecho prometer á mi padre y á mi madre que nos casarían cuando llegáramos á la edad conveniente.

Así es que nos dejaban juntos; y de este modo llegamos á aficionarnos el uno al otro. Y de noche nos hacían dormir en la misma cama, sin separarnos un momento. Claro es que nosotros no caímos entonces en los inconvenientes que pudiera tener todo aquello, aunque de todos modos, mi prima era más advertida que yo en tales asuntos y más instruída y hasta más experta, pues lo conocí más adelante, al pensar en su manera de enlazarme con sus brazos y de apretar los muslos al dormirse junto á mí.

A todo esto, como acabábamos de cumplir la edad requerida, mi padre dijo á mi madre: «Este año te-



nemos que casar á nuestro hijo Aziz con su prima Aziza.» Y se puso de acuerdo con ella acerca del día en que se redactaría el contrato, y en seguida se puso á hacer los preparativos para la ceremonia; y fué á invitar á los parientes y amigos, diciéndoles: «El viernes próximo, después de la oración, vamos á redactar el contrato de matrimonio de Aziz con Aziza.» Y mi madre fué á avisar por su cuenta á todas las mujeres que conocía y á sus parientes. Y para recibir á los convidados como es debido, mi madre y las criadas de la casa lavaron cuidadosamente el salón, hicieron brillar los mármoles de su pavimento, y tendieron las alfombras, y adornaron las paredes con hermosas telas y con tapices labrados de oro que guardaban encerrados en los arcones. En cuanto á mi padre, fué á encargar los pasteles y los dulces, y dispuso con todo esmero las grandes bandejas para las bebidas. Y antes de la hora señalada para recibir á los convidados, me envió mi madre al hammam para que me bañase, y vino un esclavo detrás de mí con un traje nuevo, el mejor de entre los trajes nuevos que había de ponerme después de bañarme.

Fuí, pues, al hammam, y terminado el baño, me puse el suntuoso traje consabido, que estaba tan poderosamente perfumado, que los transeuntes se detenían para saborear su aroma en el aire.

Y me dirigí hacia la mezquita para asistir á la plegaria que aquel día de viernes había de preceder á la ceremonia, pero por el camino me acordé



de un amigo al cual se me había olvidado invitar. Y empecé á andar muy de prisa para no retrasarme, pero con la precipitación acabé por extraviarme en una callejuela que no conocía. Y como estaba humedecido de sudor por el baño caliente y por el traje nuevo, cuya tela era muy rígida, aproveché la frescura de la calleja para descansar en un banco empotrado en la pared. Antes de sentarme saqué del bolsillo un pañuelo bordado de oro y lo extendí debajo de mí. Y el sudor seguía cayéndome de la frente, por lo muy intenso del calor; y como no tenía nada con que limpiármelo, pues el pañuelo estaba debajo de mí, lo sentí mucho, y este tormento activaba más todavía la transpiración. Y me disponía á levantar el faldón de mi traje nuevo para secarme los goterones que me surcaban las mejillas, cuando vi caer, ligero como la brisa, un pañuelo blanco de seda, cuyo perfume habría curado á un enfermo. Sólo con su vista se refrescó mi alma. Me apresuré á recogerlo, miré hacia arriba para ver de dónde había caído, y mis ojos se encontraron con los ojos de una joven, la misma que había de darme esta primera gacela bordada. La vi...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.





*PERO CUANDO LLEGÓ  
LA 113.<sup>a</sup> NOCHE*

Ella dijo:

...la vi, sonriente, asomada en una ventana abierta en el piso alto. No intentaré pintarte su hermosura, porque mi lengua es demasiado torpe para ello.

Sabe únicamente que, apenas me hubo visto, se puso el dedo índice entre los labios. Bajó después el dedo del corazón, lo unió al índice izquierdo, y se puso los dos entre los pechos. En seguida se metió dentro, cerró la ventana y desapareció.

Y completamente sorprendido, é inflamado por el deseo, por mucho que miré, esperando ver de nuevo aquella aparición que me había arrebatado el alma, permaneció cerrada la ventana obstinadamente. Y no desesperé hasta que, después de haber estado aguardando en el banco hasta la puesta del sol, olvidando el contrato de casamiento y la novia, me cercioré de que decididamente era en vano aguardar.

Entonces me levanté con el corazón muy apenado, y me dirigí hacia mi casa. Por el camino desdoblé aquel adorable pañuelo, cuyo perfume me había deleitado tan intensamente, y me creí en el Paraíso. Y cuando lo hube desdoblado del todo, vi que



en una de las esquinas llevaba escritos estos versos, con una hermosa letra entrelazada:

*¡He querido quejarme por medio de esta letra fina y complicada, para que conozca la pasión de mi alma!  
¡Porque toda letra es la huella del alma que la imagina!*

*Pero el amigo me dijo: «¿Por qué es tu letra tan fina y tan atormentada, que casi desaparece á mi vista?»*

*Y contesté: «¡Así estoy yo de atormentada! ¿Tan ingenuo eres que no has adivinado en ella un indicio de amor?»*

Y en la otra esquina del pañuelo estaban escritos estos versos, en caracteres grandes y regulares:

*¡Las perlas, el ámbar y el encendido rubor de las manzanas bajo las hojas celosas apenas podrian decirte la claridad de sus mejillas debajo del bozo!*

*¡Y si buscaras la muerte, la encontrarías en las intensas miradas de sus ojos, cuyas víctimas son innumerables! ¡Pero si es la embriaguez lo que deseas, deja los vinos del copero! ¿No tienes las rojas mejillas del copero?*

*¡Y si quieres conocer su frescura, te la dirán los arrayanes, y su flexibilidad, las curvas de las ramas!*

Entonces yo, ¡oh mi señor! me senti enloquecido, y llegué á mi casa al caer la noche. Y encontré á la hija de mi tío, que estaba llorando; pero al verme se limpió rápidamente los ojos, se acercó á mí y me ayudó á desnudarme. Y me interrogó dul-



amente sobre el motivo de mi retraso, y me dijo que todos los convidados, los emires, los grandes mercaderes y los demás, lo mismo que el kadí y los testigos, me habían aguardado largo rato, pero que al no verme venir habían comido y bebido hasta la saciedad, y se habían ido todos, cada cual por su camino. Después añadió: «En cuanto á tu padre, se ha puesto muy furioso, y ha jurado que nuestro casamiento se aplazará hasta el año que viene. Pero ¡oh hijo de mi tío! ¿por qué has procedido de esa manera?»

Entonces le dije: «Ha ocurrido *tal y cual* cosa.» Y le conté la aventura con pormenores. En seguida cogió el pañuelo que le alargaba, y después de haber leído lo que en él estaba escrito, derramó abundantes lágrimas. Y dijo después: «¿Pero ella no te ha hablado?» Yo contesté: «Sólo por señas, de las cuales nada he entendido, y cuya explicación quisiera que me diceses.» Ella dijo: «¡Oh mi muy amado primo! Si me pidieras hasta los ojos, no vacilaría en sacármelos para ti. Sabe, pues, que para devolver la tranquilidad á tu espíritu estoy dispuesta á servirte con toda abnegación y á facilitarte un encuentro con esa mujer que tanto te preocupa, y que seguramente está enamorada de ti. Porque esas señas, cuyo misterio lo conocemos nosotras las mujeres, significan que te ama apasionadamente y que te cita para dentro de dos días. Los dedos colocados entre los dos pechos determinan el número dos, mientras que el dedo entre los labios indica que eres



para ella lo mismo que su alma, que le da vida al cuerpo. Está, pues, seguro de que mi amor hacia ti ha de obligarme á todos los favores que pueda hacerte, y os pondré á ambos bajo mis alas, para que os protejan.» Le di las gracias por su abnegación y por sus buenos ofrecimientos, y me estuve dos días en casa, aguardando la hora de la cita. Y estaba muy triste, y descansaba la cabeza en las rodillas de mi prima, que no dejaba de animarme y alentar mi corazón. Así es que, cuando se acercó la hora de la cita, mi prima se apresuró á ponerme el traje, y me perfumó con sus manos...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ  
LA 114.<sup>a</sup> NOCHE*

Ella dijo:

...y me perfumó con sus manos, quemó benjuí para que aromase mi ropa, y me abrazó tiernamente, diciendo: «¡Oh mi muy amado primo! He aquí la hora. Ten ánimo, y vuelve á mí tranquilo y satisfecho. Pues yo deseo la paz de tu alma, y sólo seré dichosa con tu dicha. Vuelve pronto, pues, para relatarme la aventura. ¡Y cuenta que habrá hermosos días para nosotros y hermosas noches bendi-



tas!» Entonces, calmando los latidos de mi corazón y reprimiendo mis emociones, me despedí de mi prima y salí. Llegado á la callejuela sombría, fui á sentarme en el banco, sintiendo que se había apoderado de mí una excitación inmensa. Y apenas estuve allí, vi que se entreabría la ventana; y en seguida me pasó un vértigo por delante de los ojos, pero me rehice, miré hacia la ventana, y vi á la joven. Y al ver aquel rostro adorado, me tambaleé y caí temblando en el banco. La joven seguía en la ventana, mirándome con toda la luz de sus ojos. Y tenía en la mano un espejo y un pañuelo rojo. Y sin decir palabra, se levantó las mangas y se descubrió los brazos hasta los hombros. Después abrió la mano, y extendiendo los dedos, se tocó los pechos. Luego alargó el brazo fuera de la ventana, empuñando el espejo y el pañuelo rojo; agitó el pañuelo tres veces, levantándolo y volviéndolo á bajar. Hizo ademán de retorcer el pañuelo y doblarlo; inclinó la cabeza hacia mí largo rato; después, retirándose rápidamente, cerró la ventana y desapareció. ¡Y esto fué todo! Y sin pronunciar ni una sola palabra, me dejó así, en una perplejidad extrema; y no sabía si quedarme ó irme; y en la duda, estuve mirando á la ventana horas y más horas, hasta medianoche. Entonces, sintiéndome enfermo á fuerza de tanto pensar, me volví á casa y encontré á mi pobre prima esperando, con los ojos enrojecidos por las lágrimas y la cara llena de tristeza y resignación. Y falto de fuerzas, me dejé caer al suelo en un estado



lamentable. Y mi prima, que se había apresurado á correr hacia mí, me recibió en sus brazos, y me besó en los ojos, y me los secó con una punta de la manga; y para calmar mi espíritu, me dió un vaso de jarabe perfumado con agua de rosas; y acabó por interrogarme dulcemente sobre aquel retraso y sobre mi desesperación.

Entonces, aunque quebrantado por el cansancio, la puse al corriente de todo, refiriéndole los ademanes de la hermosa desconocida. Y mi prima me dijo: «¡Oh Aziz de mi corazón! El significado que para mí tienen esas cosas, sobre todo lo de los cinco dedos y el espejo, es que la joven te enviará un mensaje dentro de cinco días á casa del tintorero de la calleja.» Entonces exclamé: «¡Oh hija de mi corazón! ¡ojalá sean ciertas tus palabras! Pues he visto que en la esquina de la calleja existe, efectivamente, la tienda de un tintorero judío.» Y después, sin poder resistir la ola de mis recuerdos, me puse á sollozar en el seno de mi prima, que para consolarme me colmó de palabras dulces y caricias encantadoras. Y decía: «Piensa, ¡oh mi querido Aziz! que los enamorados sufren años y más años esperando, y tienen que resignarse, armándose de firmeza, y tú apenas si hace una semana que conoces los tormentos del corazón. Animate, ¡oh hijo de mi tío! y prueba estos manjares, y bebe este vino que te ofrezco.»

Pero yo, ¡oh mi joven señor! no pude tragar ni un bocado ni un sorbo, y hasta perdí el sueño. La



cara se me puso amarilla y se desmejoraron mis facciones. Porque era la primera vez que sentía la pasión, y gozaba un amor amargo y misterioso.

Así es que, durante los cinco días que estuve aguardando, enflaquecí hasta el extremo, y mi prima, muy afligida al verme de aquel modo, no me dejó ni un solo instante, y pasaba los días y las noches sentada á mi cabecera, contándome historias de enamorados, y en vez de dormir velaba á mi lado; y algunas veces la sorprendí secándose las lágrimas, que quería disimular. Por fin, pasados los cinco días, me obligó á levantarme, y me calentó agua, y me hizo entrar en el hammam. Y después me vistió, y me dijo: «¡Ve á escape á la cita! ¡Y Alah te haga lograr lo que deseas y con sus bálsamos te cure el alma!» Me apresuré á salir, y corrí á casa del tintorero judío.

Pero aquel día era sábado, y el judío no había abierto la tienda. Me senté, á pesar de todo, delante de la puerta de la tienda, y estuve esperando hasta la oración y hasta que el sol se puso. Y como la noche avanzaba sin ningún resultado, me sobrecogió el temor y me decidí á volver á casa. Llegué como borracho, sin saber lo que hacía ni lo que decía. Y encontré á mi pobre prima de pie, vuelta la cara hacia la pared, con un brazo apoyado en un mueble y una mano sobre el corazón. Y suspiraba unos versos muy tristes acerca del amor desgraciado.

Pero apenas se enteró de mi presencia, se secó los ojos y corrió á mi encuentro, procurando son-



reir para ocultarme su dolor. Y me dijo: «¡Oh primo muy amado! ¡que Alah haga duradera tu felicidad! Pero ¿por qué, en lugar de volver tan solo por las calles desiertas, no has pasado toda la noche en casa de tu amante?» Al oirla no pude contenerme; creí que mi prima se quería burlar de mí, y la rechacé con tal brusquedad, que fué á caer todo lo larga que era contra el ángulo de un diván, y se hizo en la frente una ancha herida, de la que empezó á manar la sangre á oleadas. Entonces mi pobre prima, lejos de irritarse por mi brutalidad, no pronunció ni una palabra de indignación, se levantó muy resignada, y fué á quemar un pedazo de yesca, aplicándosela sobre la herida. Y cuando se hubo vendado la frente con un pañuelo, limpió la sangre que manchaba el mármol, y como si nada hubiese pasado, se volvió hacia mí, sonriendo tranquila, y me dijo con la mayor dulzura...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y discreta como de costumbre, interrumpió su relato hasta el otro día.





*PERO CUANDO LLEGÓ  
LA 115.<sup>a</sup> NOCHE*

Ella dijo:

...y como si nada hubiese pasado, se volvió hacia mí, sonriendo tranquila, y me dijo con la mayor dulzura: «¡Oh hijo de mi tío! Estoy en el límite de la desolación por haberte apenado con palabras impertinentes. ¡Perdóname, y cuenta por favor lo que te haya pasado, para que yo vea si puedo poner remedio!» Entonces le conté el contratiempo que había sufrido, y que no sabía nada de la desconocida. Y Aziza dijo: «¡Oh Aziz de mis ojos! Puedo anunciarte que conseguirás tu objeto, pues esto es una prueba á que te somete la joven para ver la fuerza de tu amor y tu constancia para con ella. Así es que mañana irás á sentarte en el banco, y seguramente encontrarás una solución á gusto de tu deseo.»

Y dicho esto, me trajo mi prima una bandeja con manjares, pero yo la rechacé bruscamente, y la vajilla saltó por el aire y rodó por toda la alfombra. Fué mi modo de expresar que no quería comer ni beber. Mi pobre prima recogió cuidadosa y silenciosamente los cacharros que cubrían el suelo, limpió la alfombra, y volvió á sentarse al pie del diván en que yo estaba echado. Y durante toda la noche me estuvo abanicando, diciéndome palabras cariñosas



con dulzura infinita. Y yo pensaba: «¡Qué locura es estar enamorado como yo lo estoy!» Por fin apareció la mañana, me levanté á toda prisa y me fui á la calleja, debajo de la ventana de la joven.

Y apenas me había sentado en el banco, la ventana se abrió, y apareció ante mis ojos deslumbrados la cabeza deliciosa que era toda mi alma. Y me sonreía con todos sus dientes y con una sonrisa definitivamente sabrosa. Desapareció un momento, y volvió con un saco en la mano, un espejo, una maceta de flores y una linterna. Y primeramente metió el espejo en el saco, ató el saco, y lo tiró todo dentro de la habitación. Después, con un ademán incomparable, se soltó la cabellera, que cayó pesadamente sobre sus hombros, y se cubrió con ella un momento la cara. En seguida colocó la linterna en el tiesto, en medio de las flores, lo volvió á coger todo y desapareció. La ventana se cerró por completo y mi corazón voló con la joven. Y mi estado ya no era un estado.

Entonces, sabiendo de sobra lo inútil que era aguardar, me encaminé desolado hacia mi casa, donde encontré á mi pobre prima llorando y con la cabeza toda entrapajada, pues llevaba una venda en la frente para resguardarse la herida y otra alrededor de los ojos, enfermos por tantas lágrimas como había derramado durante mi ausencia y durante aquellos días de amargura. Y tenía la cabeza apoyada en una mano, y murmuraba muy despacio la armonía de estos versos:



*¡Pienso siempre en ti, ¡oh Aziz! ¿A qué morada lejana has huido? Responde, ¡oh Aziz! ¿Dónde has encontrado morada, ¡oh viajero adorado!?*

*¡Piensa en mí á tu vez! ¡Sabe que, te impulse donde te impulse el Destino, celoso de mi dicha, no podrás encontrar el calor que te guarda este pobre corazón de Aziza!*

*¡Pero no me escuchas, Aziz, y te alejas! ¡Y he aquí que mis ojos te echan de menos, vertiendo lágrimas inagotables!*

*¡Apaga tu sed en la limpidez de un agua pura, pero deja que mi dolor beba la sal de estas tristes lágrimas, ocultas en mis órbitas profundas!*

*¡Llora, corazón mío, la ausencia del muy amado!... ¡Pienso siempre en ti, ¡oh Aziz! ¿A qué morada lejana has huido? Responde, ¡oh Aziz! ¿Dónde has encontrado morada, ¡oh viajero adorado!?*

Terminados estos versos, se volvió, y al verme quiso en seguida ocultar sus lágrimas y vino hacia mí, y se estuvo de pie, sin poder hablar. Por fin dijo: «¡Oh primo mío! Cuéntame qué ha ocurrido esta vez.» Y le expliqué minuciosamente los misteriosos ademanes de la joven. Y Aziza dijo: «¡Regocijate, ¡oh primo mío! pues verás logrados tus anhelos! Sabe que el espejo metido en el saco representa el sol que desaparece. Esta seña te invita á dirigirte mañana por la noche á su casa. La cabellera negra suelta y tapando la cara significa la noche cubriendo el mundo con sus tinieblas. Esta



seña es una confirmación de la anterior. La maceta de flores significa que tienes que entrar en el jardín de la casa, situado detrás de la calleja; y en cuanto á la linterna encima de la maceta, indica claramente que cuando estés en el jardín debes dirigirte hacia donde veas una linterna encendida, y aguardar allí la llegada de tu amante.» Pero yo, en el colmo de la decepción, exclamé: «¡Ya me has dado esperanzas demasiadas veces, que luego no se han cumplido! ¡Alah! ¡Alah! ¡Cuán desgraciado soy!» Y mi prima, más cariñosa que de costumbre, no escaseó las palabras dulces y consoladoras. Pero no se atrevió á moverse ni á darme de comer ni de beber, por temor á mis accesos de impaciencia demasiado expresivos.

Sin embargo, al anochecer del día siguiente me decidí á intentar la aventura, animado por Aziza, que me daba tantas pruebas de su desinterés y del sacrificio absoluto de su persona, mientras que en secreto lloraba todas sus lágrimas. Me levanté, tomé un baño, y siempre ayudado por Aziza me puse mi traje más hermoso. Pero antes de dejarme salir, Aziza me echó una mirada de desolación y con voz llorosa me dijo: «¡Oh hijo de mi tío! Toma este grano de almizcle y perfúmate los labios. Y cuando hayas visto á tu amante y hayas logrado tu deseo, prométeme que le recitarás los versos que voy á decirte.» Y me echó los brazos al cuello y sollozó un gran rato. Entonces le juré recitarlos. Y Aziza, tranquilizada, me recitó los versos, y me obligó á



repetirlos antes de marcharme, aunque yo no comprendía su intención ni su alcance futuro:

*¡Oh vosotros los enamorados! Decidme, ¡por Alah! si el amor habitara siempre en el corazón de su víctima, ¿dónde estaría su redención?...*

Después me alejé rápidamente, y llegué al jardín, cuya puerta encontré abierta, y en el fondo había una linterna encendida, hacia la cual me dirigí á través de las sombras.

Y al llegar al sitio en que estaba la luz, me aguardaba una gran sorpresa, pues encontré una maravillosa sala, con una cúpula de marfil y de ébano, iluminada por inmensos candelabros de oro y grandes lámparas de cristal colgadas del techo con cadenas doradas. En medio de la sala había una fuente con incrustaciones y dibujos admirables, y la música del agua, al caer, daba una nota de frescura. Al lado del tazón de la fuente, sobre un grande escabel de nácar, había una bandeja de plata cubierta con un pañuelo de seda, y sobre la alfombra estaba una vasija barnizada, cuyo esbelto cuello sostenía una copa de oro y de cristal.

Entonces, ¡oh mi joven señor! lo primero que hice fué levantar el pañuelo de seda que tapaba la bandeja de plata. ¡Y qué cosas tan deliciosas había allí! Aún las están viendo mis ojos. Efectivamente, había allí...



En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, é interrumpió su relato hasta el otro día.



*PERO CUANDO LLEGÓ  
LA 116.<sup>a</sup> NOCHE*

Ella dijo:

...Efectivamente, había allí cuatro pollos asados, dorados y olorosos, sazonados con especias finas; había cuatro grandes tazones, que contenían: el primero, mahallabia (1) perfumada con naranja y con alfónsigos partidos y canela; el segundo, pasas maceradas, perfumadas discretamente con rosas; el tercero, ¡oh el tercero! baklawa (2) hojaldrada y dividida en rombos de una sugestión infinita; el cuarto, katayefs (3) de jarabe espeso, prontos á estallar por lo generosamente rellenos. En la otra mitad de la bandeja veíanse mis frutas predilectas: higos arrugados por la madurez, cidras, limones, uvas frescas y plátanos. Y entre una y otra cosa destacábanse las flores: rosas, jazmines, tulipanes, lirios y narcisos.

Me animé al ver todo esto hasta el límite de la

---

(1) Entremeses á base de almidón, leche y arroz molido.

(2) La pastelería nacional de Oriente. Especie de hojaldre relleno de alfónsigos y almendras.

(3) Pastelillos redondos rellenos de nueces, etc.



animación, y alejé mis pesares para dar sólo morada á la alegría. Pero me preocupaba el no ver rastro de criatura viviente entre las criaturas de Alah. Y como no veía ni criada ni esclava que acudiera á servirme, no me atrevía á probar nada, y aguardé pacientemente á que viniera la amada de mi corazón; pero pasó la primera hora, y ¡nada!; después la segunda y la tercera, y ¡nada tampoco! Entonces empecé á sentir violentamente la tortura del hambre, pues llevaba mucho tiempo sin comer, á causa de los pasados desencantos; pero ahora que me cercioraba del éxito, me volvió el apetito, por la gracia de Alah, y se lo agradecí á mi pobre Aziza, que me lo había predicho, explicándome con exactitud el misterio de aquellas señas.

Así, pues, no pudiendo resistir más el hambre, me arrojé sobre los adorables katayefs, que prefería á todo, y quién sabe cuántos deslicé en mi garganta, pues parecían amasados con perfumes del Paraíso por los dedos diáfanos de las huries. Después arremetí contra los rombos crujientes de la jugosa baklawá, y me comí todos los que me deparó mi buena suerte; luego me tragué toda la copa de la blanca mahallabía salpicada de alfónsigos partidos, y no pudo ser más fresca para mi corazón; me decidí en seguida por los pollos, y me comí uno, ó dos, ó tres, ó cuatro, pues estaba muy sabiamente hecho el relleno oculto en su cavidad, sazonado con granos ácidos de granada; después de lo cual me dirigí hacia las frutas para endulzarme,



y acaricié mi paladar seleccionando ampliamente entre todas ellas. Acabé la comida gustando una, dos, tres ó cuatro cucharadas de granos dulces de granada, y glorifiqué á Alah por sus beneficios. Puse fin á todo, extinguiendo la sed en la vasija barnizada, sin utilizar la copa, que estaba de sobra.

Entonces, lleno ya el vientre, sentí que me invadía un gran cansancio que me aniquilaba todos los músculos. Y apenas habia tenido fuerza para lavarme las manos, cuando me desplomé sobre los almohadones de la alfombra y me sumí en un pesado sueño.

¿Qué pasó durante aquella noche?... Sólo sé que por la mañana, al despertarme los rayos del sol, estaba tendido, no en las alfombras magníficas, sino sobre el mármol desnudo, y tenía sobre el vientre un poco de sal y un puñado de polvo de carbón. Me levanté en seguida, me sacudí, miré á derecha é izquierda, pero no vi rastro de criatura viviente alrededor. Así es que mi perplejidad fué tan grande como mi emoción. Y me enfurecí contra mí mismo, arrepintiéndome de lo débil de mi carne y de mi escasa resistencia contra la fatiga. Y me encaminé tristemente hacia casa, donde encontré á mi pobre Aziza, que se lamentaba humildemente y recitaba, llorando, estos versos:

*¡La brisa danzarina se levanta y viene hacia mí á través de la pradera! ¡Antes de que su caricia se pose en mis cabellos, me lo anuncia su perfume!*



*¡Oh brisa suave, ven á mí! ¡Las aves cantan! ¡Toda pasión seguirá su destino!*

*¡Si yo pudiera, ¡oh amor! cogerte en brazos, como el amante aprisiona contra su pecho la cabeza de su amada!...*

*¡Endulza con tu aliento la amargura de esta alma que se sumerge en el dolor!*

*Después de partir tú, ¡oh Aziz! ¿qué alegrías me quedarán en este mundo, y qué gusto le encontraré en adelante á la vida?*

*¿Quién me dirá si el corazón de mi amado está, como mi corazón, abrasado por la llama del amor?*

Al verme, Aziza se levantó rápidamente, se secó las lágrimas y me dirigió palabras muy dulces, ayudándome á quitarme la ropa. Y después de olfatearla, me dijo: «¡Por Alah! ¡oh hijo de mi tío! No son éstos los perfumes que deja en la ropa el contacto de una mujer adorada. ¡Cuéntame lo que haya ocurrido!» Y me apresuré á satisfacerla. Entonces, muy preocupada, exclamó: «¡Por Alah! ¡oh Aziz! Ya no estoy tranquila; temo que esa desconocida te haga pasar grandes disgustos. Sabe que la sal echada en tu piel significa que te encuentra muy soso, por haberte dejado dominar por el sueño. Y el carbón significa que Alah ennegrezca tu cara, porque es mentira tu amor. Así, ¡oh amado Aziz! esa mujer, en vez de ser amable contigo y despertarte, ha tratado con desprecio á su huésped, haciéndole saber que sólo servía para comer y para dormir. ¡Librete



Alah del amor de esa mujer sin misericordia y sin corazón!» Y al oír estas palabras me golpeé el pecho y exclamé: «¡Yo soy el único culpable! Porque ¡por Alah! tiene razón esa mujer, pues los verdaderos enamorados no duermen. ¿Y qué podré hacer ahora, ¡oh hija de mi tío!? ¡Dímelo!»

Y como mi pobre prima Aziza me quería de veras, llegó al límite del enternecimiento al verme tan apesadumbrado...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y discretamente, aplazó su relato hasta el otro día.



*PERO CUANDO LLEGÓ  
LA 117.<sup>a</sup> NOCHE*

Ella dijo:

He llegado á saber, ¡oh rey afortunado! que el visir Dandán prosiguió de este modo la historia del hermoso Aziz:

Y como mi pobre prima Aziza me amaba de veras, llegó al límite del enternecimiento al verme tan apesadumbrado. Y contestó: «¡Sobre mi cabeza y sobre mis ojos! Pero ¡oh Aziz! ¡cuánto mejor sería que yo te ayudase! Mas no puedo salir, porque, estando próxima á casarme, tengo que permanecer



en casa. Sin embargo, desde el momento que no puedo ser un lazo de unión entre ambos, te aconsejaré con mis palabras. Vuelve esta noche al mismo sitio y resiste á la tentación del sueño. Y para lograrlo, evita el comer, pues el alimento entumece los sentidos y los afloja. Cuida de no dormirte, y verás llegar á tu amada al promediar la noche. ¡Alah te tenga bajo su protección y te defienda de las perfidias!»

Deseé con toda mi alma que viniese la noche cuanto antes, y cuando me disponía á salir, me detuvo Aziza un momento para decirme: «Te encargo que, cuando la joven te haya concedido lo que deseas, no olvides recitarle la estrofa que te he enseñado.» Y yo contesté: «¡Escucho y obedezco!» Y salí de la casa.

Llegué al jardín, y encontré el salón magníficamente iluminado, con las bandejas cargadas de manjares, pasteles, frutas y flores. Y apenas el perfume de las flores, y de los manjares, y de todas aquellas delicias me llegó á la nariz, no se pudo contener mi alma, y comí de todo hasta hartarme, y bebí en la vasija barnizada, como gustaba á mi alma, y volví á beber hasta la dilatación completa de mi vientre. Me sentí muy alegre, empecé á parpadear, y queriendo vencer el sueño traté de abrirme los ojos con los dedos, pero fué en vano. Entonces me dije: «Voy á echarme un poco, el tiempo preciso para descansar la cabeza en el almohadón, y nada más. ¡Pero no dormiré!» Y en seguida cogí



un almohadón y apoyé en él la cabeza. Pero he aquí que me desperté al día siguiente cuando amanecía, y me vi tendido, no en la sala espléndida, sino en una miserable habitación que probablemente serviría para los palafreneros. Y sobre mi vientre tenía un hueso de pata de carnero, una pelota, huesos de dátiles y granos de algarrobas; y junto á esto, á mi lado, dos dracmas y un cuchillo. Entonces me levanté lleno de confusión, sacudí aquella basura, y enfurecido con lo que me sucedía, sólo recogí el cuchillo. Inmediatamente me dirigí á mi casa, donde encontré á la pobre Aziza, que recitaba estas estrofas:

*¡Lágrimas de mis ojos! ¡Habéis destrozado mi corazón y aniquilado mi cuerpo!*

*¡Y mi amigo es cada día más cruel! ¿Pero no es dulce sufrir por el amigo cuando es tan hermoso?*

*¡Oh amado Aziz! ¡Has llenado de pasión mi alma y has abierto en ella abismos de dolor!*

Entonces, lleno de despecho, le llamé bruscamente la atención, dirigiéndole dos ó tres injurias. Pero lo soportó con paciencia, se secó los ojos, vino hacia mí, me echó los brazos al cuello y me estrechó con toda su fuerza contra su corazón, mientras que yo trataba de rechazarla, y me dijo: «¡Oh mi pobre Aziz! Ya veo que también te has dormido esta noche.» Y como no podía más, me dejé caer sobre la alfombra lleno de rabia y tiré á lo lejos el cuchi-



llo. Aziza cogió entonces un abanico, se sentó á mi lado y comenzó á abanicarme, diciéndome que todo se arreglaría. Y á instancias tuyas, le enumeré todo lo que había encontrado sobre mi cuerpo al despertarme. Y le dije: «¡Por Alah! Explicame qué significa todo eso.» Y ella contestó: «¡Ah, Aziz mío! ¿No te había encargado que, para evitar el sueño, resistieras á la tentación de comer?» Pero yo le interrumpí: «Explicame el significado de esas cosas.» Y ella dijo: «Sabe que la pelota representa...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y aplazó su relato discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ  
LA 118.<sup>a</sup> NOCHE*

Ella dijo:

...«Sabe que la pelota representa que tu corazón, á pesar de hallarte en casa de tu amada, vaga por el aire, por tu poco fervor; los huesos de dátiles quieren decir que estás desprovisto de sabor como éstos, pues la pasión, que es la pulpa del corazón, falta por completo á tus amores; los granos de algarrobo, que es el árbol de Ayub (1), padre de la

---

(1) El Job bíblico. Personaje muy respetado por los musulmanes.



paciencia, sirven para recordarte esa virtud, tan preciosa para los enamorados; en cuanto al hueso de pata de carnero, verdaderamente no tiene explicación.» Pero yo volví á interrumpir: «¡Oh Aziza! Olvidas el cuchillo y los dos dracmas.» Y Aziza, temblando, me dijo: «¡Oh Aziz! Tengo miedo por tu suerte. Los dos dracmas simbolizan sus dos ojos. Y con eso quiere decirte: «¡Juro por mis dos ojos que si volvieses aquí y te durmieras, te degollaría con un cuchillo!» ¡Oh hijo de mi tío! ¡cuánto miedo me causa todo esto, y no tengo otro consuelo que mis sollozos!» Entonces mi corazón se compadeció de su dolor, y le dije: «Por mi vida sobre ti, ¡oh hija de mi tío! ¿cómo podríamos remediar este mal? ¡Ayúdame á salir de esta desventura!» Y ella contestó: «¡Es preciso que te conformes con mis palabras y que las obedezcas, porque si no, nada haremos!» Y yo dije: «¡Escucho y obedezco! ¡Lo juro por la cabeza de mi padre!»

Entonces, Aziza, confiada en mi promesa, me abrazó y me dijo: «Pues bien; he aquí mi plan. Tienes que dormir aquí todo el día, y de ese modo no te tentará el sueño esta noche. Y cuando despiertes, te daré de comer y beber. Y así no tendrás que temer nada.» Y en efecto, Aziza me obligó á acostarme, y se puso á darme masaje, y bajo la influencia de aquel masaje tan delicioso, no tardé en dormirme; y al despertar cuando ya anochecía, la encontré sentada á mi lado, haciéndome aire con el abanico. Y adiviné que había estado llorando, pues su



ropa se hallaba empapada de lágrimas. Entonces, Aziza se apresuró á darme de comer, y ella misma me ponía los pedazos en la boca, y yo no tenía mas que tragarlos, y así hizo hasta que me quedé completamente harto. Después me dió una taza de azu-faixas con agua de rosas y azúcar, un refresco excelente. En seguida me lavó las manos, me las limpió con una servilleta perfumada con almizcle, y me roció con agua de rosas. Luego me trajo un magnífico ropón, me lo puso, y me dijo: «¡Si Alah quiere, esta noche será para ti la noche de tus delicias!» Y al acompañarme hasta la puerta, añadió: «Y sobre todo, no olvides mi encargo.» Yo pregunté: «¿Qué encargo es ese?» Y ella dijo: «¡Oh Aziz! La estrofa que te he enseñado.»

Llegué al jardín, entré en la sala y me senté sobre las riquísimas alfombras. Y como estaba harto, miré indiferente las bandejas, y me puse á velar hasta la medianoche. Y no veía á nadie, ni oía ningún ruido. Y me pareció entonces que aquella noche era la más larga del año. Pero tuve paciencia, y aguardé un poco más. Y cuando habían transcurrido las tres cuartas partes de la noche y empezaban á cantar los gallos, comenzó el hambre á torturarme, y poco á poco se hizo tan fuerte, que no podía resistir la tentación de la bandeja; y de pronto me puse de pie, quité el paño, comí hasta la saciedad, y bebí un vaso, y después dos, y hasta diez. Me sentí dominado por un gran sopor, pero me defendí enérgicamente, me enderecé, y moví la cabeza en todos



sentidos. Y he aquí que cuando iba á rendirme el sueño, oí un rumor de risas y sedas. Y apenas había tenido tiempo de incorporarme y lavarme las manos y la boca, cuando vi que el gran cortinaje del fondo se levantaba. Y entró ella, sonriente y rodeada de diez esclavas jóvenes, hermosas como estrellas. Y era la propia luna. Iba vestida con una falda de raso verde, bordada de oro rojo. Y sólo para darte una idea de ella, ¡oh mi joven señor! te diré los versos del poeta:

*¡Hela aquí! ¡La joven magnífica, de mirada arrogante! ¡A través del vestido verde sin botones, se tienden alegres los pechos espléndidos! ¡Su cabellera está destrenzada!*

*Y si, deslumbrado, le pregunto su nombre, me dice: «¡Soy la que abrasa los corazones en un fuego inmortal!»*

*Y si le hablo de los tormentos de amor, me contesta: «¡Soy la roca sorda y el azur sin eco! ¡Oh joven candoroso! ¿Se queja alguien de la sordera de la roca y de la sordera del azur?»*

*Y entonces le digo: «¡Oh mujer! ¡Si tu corazón es la roca, sabe que mis dedos, como en otro tiempo los de Moisés, harán brotar de la roca la limpidez de un manantial!»*

Cuando le recité estos versos, sonrió y me dijo: «¡Está muy bien! Pero ¿cómo has logrado vencer el sueño?» Y contesté: «¡La brisa que te ha traído ha vivificado mi alma!»



Entonces se volvió hacia sus esclavas, les guiñó un ojo, y se alejaron en seguida, dejándonos completamente solos en la sala. Y ella vino á sentarse muy cerca de mí, me alargó su pecho, y me echó los brazos al cuello muy efusivamente. Yo me precipité entonces sobre su boca y le chupé el labio superior, y ella me chupó el inferior. La cogí después por la cintura, y ambos rodamos juntos por la alfombra. Me deslicé entonces entre la delicada abertura de sus piernas, y le desabroché toda la ropa. Y empezamos á retozar, cambiando besos y caricias, pellizcos y mordiscos, alzamientos de muslos y piernas, y brincos locos por toda la sala. De tal modo, que acabó por caer extenuada en mis brazos, muerta de deseo. Y aquella noche fué una noche muy dulce para mi corazón y una gran fiesta para mis sentidos, según dice el poeta:

*¡Alegre fué para mí la noche, la más deliciosa entre todas las noches de mi destino! ¡La copa no dejó un instante de verse llena!*

*Aquella noche dije al sueño: «¡Vete, ¡oh sueño! que mis párpados no te desean!» Y dije á las piernas y á los muslos de plata: «¡Acercaos!»*

Al llegar la mañana, cuando quise despedirme de mi amor, me detuvo y me dijo: «Aguarda un momento. Tengo que revelarte una cosa.»



En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ  
LA 119.<sup>a</sup> NOCHE*

Ella dijo:

...me detuvo y me dijo: «Aguarda un momento. Tengo que revelarte una cosa.» Entonces, un poco sorprendido, me senté de nuevo á su lado; y ella desdobló un pañuelo, sacó de él esta tela cuadrada en que está bordada esa primera gacela que ves delante de ti, ¡oh mi joven señor! y me la entregó, diciéndome: «Guarda esto con el mayor cuidado. Lo ha bordado una joven muy amiga mía, que es princesa de las Islas del Alcanfor y del Cristal. Este bordado ha de ser para ti de gran importancia. ¡Y te recordará siempre á la que te ha hecho este obsequio!» Y en el límite del asombro, le di expresivamente las gracias y me despedí de ella; pero estupefacto con lo que me sucedía, olvidé recitarle la estrofa que me había enseñado Aziza.

Al llegar á casa, encontré á mi pobre prima tendida en el lecho, porque estaba enferma; pero al verme hizo un esfuerzo para levantarse, y con los ojos arrasados en lágrimas, se arrastró hasta mí, me besó en el pecho y me apretó largo rato contra su corazón. Y me dijo: «¿Le has recitado la



estrofa?» Y yo, muy confuso, hube de contestarle: «La he olvidado por causa de esta gacela que ves aquí bordada.» Y desdoblé la tela. Entonces Aziza no pudo contenerse más, y rompió en sollozos, recitando entre lágrimas estos versos:

*¡Ah, mi pobre corazón! ¡Te han enseñado que el cansancio acompaña á la pasión y que la ruptura es el término de toda amistad!*

Y añadió: «¡Oh mi adorado Aziz! El mayor favor que te pido es que no olvides recitarle esta estrofa.» Y yo dije: «Repítemela, porque casi la he olvidado.» Y la repitió, y yo la recordé muy bien entonces. Y llegada la noche, me dijo: «¡He aquí la hora! ¡Guíete Alah con su ayuda!»

Al llegar al jardín entré en la sala, y encontré á mi amante que me estaba esperando. Y en seguida me cogió, me besó, me hizo tenderme en su regazo, y después de haber comido y bebido muy bien, nos poseímos plenamente. Y es inútil detallar nuestros transportes, que duraron hasta la mañana. Entonces no olvidé recitarle la estrofa de Aziza:

*¡Oh vosotros los enamorados! Decidme, ¡por Alah! si el amor habitara siempre en el corazón de su víctima, ¿donde estaría su redención?...*

No podría expresarte, ¡oh mi señor! la emoción que estos versos causaron á mi amiga; tan grande



fué, que su corazón, que ella decía ser tan duro, se derritió en su pecho, y lloró abundantemente, mientras improvisaba esta estrofa:

*¡Honor á la rival de alma magnánima! ¡Sabe todos los secretos, y los guarda silenciosamente! ¡Sale perjudicada en el reparto, y se calla sin murmurar! ¡Conoce el admirable valor de la paciencia!*

Entonces aprendí cuidadosamente esta estrofa, para repetírsela á Aziza. Y cuando de vuelta á mi casa encontré á mi prima tendida sobre los colchones, y junto á ella á mi madre, me apresuré á sentarme á su lado. Y la pobre Aziza tenía en el rostro una gran palidez, y parecía desmayada. Levantó dolorosamente los ojos hacia mí, y no pudo hacer ningún movimiento. Entonces mi madre, muy severamente, me dijo: «¿No te da vergüenza, ¡oh Aziz!? ¿Está bien abandonar así á la prometida?» Y Aziza cogió entonces las manos de mi madre y se las besó. Después hizo un gran esfuerzo, y acabó por preguntarme: «¡Oh hijo de mi tío! ¿olvidaste mi encargo?» Y yo dije: «¡Tranquilízate, Aziza! Le he recitado la estrofa, y la ha conmovido hasta el límite de la emoción, de tal manera, que me ha recitado esta otra.» Y le repetí los versos consabidos. Y Aziza, al oírlos, lloró en silencio, y murmuró estas palabras del poeta:

*¡Quien no sabe callar el secreto ni practicar la*



*paciencia, no tiene que hacer mas que desear la muerte!*

*¡He pasado la vida entera en la renunciación! ¡Y moriré privada de las palabras del amigo! ¡Cuando muera, transmitid mi saludo á la que fué la desgracia de mi vida!*

Después añadió: «¡Oh hijo de mi tío! Te ruego que, cuando vuelvas á ver á tu enamorada, le repitas estas estrofas. ¡Y séate la vida dulce y fácil, ¡oh mi amado Aziz!»

Al llegar la noche, volví al jardín, según costumbre, y encontré á mi amiga, que me estaba esperando en la sala; y nos sentamos uno al lado del otro, nos pusimos á comer y á beber, y nos solazamos de diversos modos. Después nos acostamos en seguida y permanecimos entrelazados hasta la mañana. Entonces, recordando la promesa, le recité á mi amiga las dos estrofas.

Y apenas las hubo oído, lanzó un gran grito, y retrocediendo asustada, exclamó: «¡Por Alah! ¡La persona que ha dicho esos versos debe de haber muerto seguramente á estas horas!» Y añadió: «Deseo, por consideración á ti, que esa persona no sea pariente tuya, ni hermana, ni prima. Porque te repito que seguramente pertenece ya al mundo de los muertos.» Y yo exclamé: «¡Es mi prometida, la propia hija de mi tío!» Y ella repuso: «¿Por qué mientes de ese modo? ¡Eso no puede ser verdad! ¡Si fuese tu prometida, la querrias como es debido!»

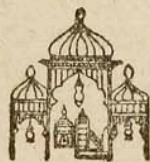


Yo repetí: «¡Es mi prometida, la propia hija de mi tío!» Y ella contestó: «¿Y por qué me lo ocultaste? ¡Por Alah! ¡Nunca le habría arrebatado su prometido, si me hubiera enterado de estos lazos! ¡Qué desgracia tan grande! Pero dime: ¿ha sabido nuestros encuentros de amor?» Y contesté: «¡Los ha sabido! ¡Y ha sido ella quien me explicaba las señas que me hacías! ¡Y á no ser por ella, nunca habría podido llegar hasta ti! ¡Y gracias á sus buenos consejos y á su buena dirección, he podido lograr lo que tanto deseaba!» Entonces exclamó: «Pues bien; ¡tú eres la causa de su muerte! ¡Plegue á Alah que no maltrate tu juventud, como tú has maltratado la de tu pobre prometida! ¡Ve pronto á ver lo que ha pasado!»

Entonces me apresuré á salir, muy alarmado con aquella mala nueva. Y al llegar á la esquina de la calleja donde está nuestra casa, oí unos gritos muy amargos de mujeres que se lamentaban. Y al preguntar á las que entraban y salían, una de ellas me dijo: «¡Han encontrado muerta á Aziza detrás de la puerta de su cuarto!» Me precipité dentro de casa, y la primera persona que encontré fué mi madre, que exclamó: «¡Eres el causante de su muerte ante Alah! ¡El peso de su sangre pesará sobre tu cuello! ¡Ah hijo mío! ¡qué prometido tan fatal has sido para la pobre Aziza!»

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.





*PERO CUANDO LLEGÓ  
LA 120.<sup>a</sup> NOCHE*

Ella dijo:

...¡Ah hijo mío! ¡qué prometido tan fatal has sido para la pobre Aziza!» Y cuando iba á seguir agobiándome con sus reconvenciones, entró mi padre; y se calló delante de él. Mi padre empezó entonces á hacer los preparativos para los funerales. Y cuando todos los amigos y los parientes estuvieron reunidos, celebramos los funerales é hicimos las ceremonias acostumbradas en los grandes entierros. Y permanecimos tres días en unas tiendas de campaña que se levantaron junto á la tumba para recitar allí el Libro Sublime.

Entonces volví á casa, junto á mi madre, y sentía mi corazón lleno de piedad hacia la infortunada muerta. Y mi madre se acercó á mí y me dijo: «¡Hijo mío! Confíame qué cosas has hecho contra la pobre Aziza para hacerle estallar el corazón. Porque, ¡oh hijo mío! por más que le pregunté la causa de su enfermedad, nunca quiso revelarme nada. Y sobre todo, jamás pronunció una queja contra ti, pues hasta el último momento no hizo mas que bendecirte. Conque ¡por Alah sobre ti! cuéntame lo que le hiciste á esa desventurada para hacerla morir de ese modo.» Y yo contesté: «¡No



le he hecho nada absolutamente!» Pero mi madre insistió: «Cuando Aziza estaba á punto de expirar, abrió un instante los ojos y me dijo: «¡Oh mujer de mi tío! ¡Suplico al Señor que á nadie pida cuentas del precio de mi sangre, y perdone á los que han torturado mi corazón! ¡He aquí que dejo un mundo perecedero por otro inmortal!» Y le dije: «¡Oh hija mía! No hables de la muerte. ¡Que Alah te restablezca pronto!» Pero ella, sonriendo tristemente, me dijo: «¡Oh mujer de mi tío! Te ruego que transmitas á tu hijo Aziz mi último encargo, suplicándole que no lo olvide. Cuando vaya donde tiene costumbre de ir, que diga:

*¡Qué dulce es la muerte, y cuán preferible á la traición!»*

»Y añadió: «¡De esta manera le quedaré agradecida y velaré por él después de muerta, como velé por él en vida!» Y levantó la almohada y sacó de debajo de ella un objeto para ti, pero me hizo jurar que no te lo entregaría hasta que te viese llorar su muerte. Guardo, pues, ese objeto, y no te lo daré hasta que te vea cumplir la condición impuesta.»

Y dije á mi madre: «Bien podías enseñarme ese objeto.» Pero mi madre se negó resueltamente y se retiró.

Ya puedes adivinar, ¡oh mi señor! cuánto me dominarían los placeres y cuán poco sentado tenía el juicio, cuando no quería oír la voz de mi corazón.



En vez de llorar á la pobre Aziza y llevarle luto en el alma, sólo pensaba en distraerme y divertirme. Y nada era más delicioso para mí que visitar la casa de mi amante. Así es que apenas llegó la noche, me apresuré á dirigirme á su casa; y la encontré tan impaciente como si hubiese estado sentada sobre unas parrillas. Y apenas hube entrado, corrió hacia mí, se colgó de mi cuello y me pidió noticias de mi prima; y cuando le hube contado los detalles de su muerte y de los funerales, se sintió llena de compasión, y me dijo: «¿Por qué no habré sabido antes de su muerte los muchos favores que te había hecho y su abnegación admirable? ¡Cómo le habría dado las gracias y cómo la habría recompensado!»

Y yo añadí: «Y ha recomendado á mi madre que me dijese, para que yo te las repitiese sus últimas palabras:

*¡Qué dulce es la muerte, y cuán preferible á la traición!»*

Cuando mi amante oyó estas palabras, exclamó: «¡Que Alah la tenga en Su misericordia! ¡He aquí que te protege hasta después de muerta! ¡Pues con esas palabras te salva de lo que había maquinado contra ti y de la emboscada en que había resuelto perderte!»

Entonces llegué al límite del asombro, y dije: «¿Qué palabras son esas? ¿Cómo, uniéndonos el ca-



riño, maquinabas mi perdición? ¿En qué emboscada pensabas hacerme caer?»

Ella contestó: «¡Oh niño ingenuo! Veo que no conoces las perfidias de que somos capaces las mujeres. Pero no he de insistir. Sabe únicamente que debes á tu prima el haberte librado de mis manos. Desisto de mis planes contra ti, pero con la condición de que no hablarás ni mirarás á otra mujer, sea joven ó vieja. De lo contrario, ¡desgraciado de ti! Porque ya no habrá quien pueda librarte de mis manos, pues la que te podía ayudar con sus consejos ha muerto. ¡Guárdate, pues, de olvidar esa condición! Y ahora tengo que pedirte una cosa...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y discreta como siempre, interrumpió su relato.



**PERO CUANDO LLEGÓ  
LA 121.<sup>a</sup> NOCHE**

Ella dijo:

...Y ahora tengo que pedirte una cosa: que me lleves á la tumba de la pobre Aziza para escribir en la losa que la cubre algunas palabras.» Yo contesté: «¡Mañana será, si Alah quiere!» Después me acosté para pasar la noche con ella, pero á cada hora me dirigía preguntas acerca de Aziza, y ex-



clamaba: «¡Ah! ¿Por qué no me advertiste que era la hija de tu tío?» Y yo, á mi vez, le dije: «Explicame el significado de estas palabras: «¡Qué dulce es la muerte, y cuán preferible á la traición!» Pero no quiso decirme nada sobre esto.

Por la mañana se levantó á primera hora, cogió una gran bolsa llena de dinares, y dijo: «¡Levántate y llévame á su tumba! ¡Quiero construirle una cúpula!» Y yo dije: «¡Escucho y obedezco!» Y salimos, y ella me seguía, repartiendo dinero á los pobres por todo el camino. Y decía cada vez: «¡Esta limosna es por el descanso del alma de Aziza!» Y así llegamos á la tumba. Se echó sobre el mármol, derramó abundantes lágrimas, y después sacó de una bolsa de seda un cincel de acero y un martillo de oro. Y grabó admirablemente en el mármol estos versos:

*¡Una vez me detuve ante una tumba oculta en el follaje! ¡Siete anémonas lloraban sobre ella con la cabeza inclinada!*

*Y dije: «¿A quién pertenecerá esta tumba?» Y la voz de la tierra me contestó: «¡Inclina la frente con respeto! ¡En esta paz duerme una enamorada!»*

*Entonces exclamé: «¡Oh tú, á quien ha matado el amor! ¡oh tú, enamorada que duermes en el silencio! ¡Que el Señor te haga olvidar los pesares y te coloque en la cumbre más alta del Paraíso!»*

*¡Infelices enamorados, se os abandona hasta después de muertos, pues nadie viene á limpiar el polvo de vuestras tumbas!*



*¡Yo plantaré aquí rosas y flores, y para hacerlas  
florecer mejor las regaré con mis lágrimas!*

En seguida se levantó, echó una mirada de despedida á la tumba, y volvimos á emprender el camino de su palacio. Y se mostraba muy tierna. Y me dijo repetidas veces: «¡Por Alah, no me abandones!» Y yo me apresuré á contestar: «¡Escucho y obedezco!» Seguí yendo á su casa todas las noches. Y siempre me recibía con mucho entusiasmo y con mucha expansión. Y nada escatimaba para darme gusto. Yo seguí comiendo, bebiendo, besando y copulando, vistiendo cada día los trajes más hermosos unos que otros y las camisas más finas unas que otras, hasta que me puse muy gordo y llegué al límite de la gordura. No sentía ni penas ni preocupaciones, y hasta se me olvidó completamente el recuerdo de la pobre hija de mi tío. En tal estado, verdaderamente delicioso, permanecí todo un año.

Pero he aquí que un día, á principios del año nuevo, había ido al hammam y me había puesto el traje mejor entre los mejores trajes. Y al salir del hammam me había tomado un sorbete y había aspirado voluptuosamente los finos aromas que se desprendían de mi ropón impregnado de perfumes. Me sentía más contento que de costumbre, y todo lo veía blanco á mi alrededor. El sabor de la vida era para mí verdaderamente delicioso, y me sentía en tal estado de embriaguez, que me aligeraba de mi peso, haciéndome correr como un hombre ebrio de



vino. Y en tal estado me acudió el deseo de ir á derramar el alma de mi alma en el seno de mi amiga.

Me dirigía, pues, hacia su casa, cuando, al atravesar una calleja llamada el Callejón de la Flauta, vi avanzar hacia mí á una vieja que llevaba en la mano un farol para alumbrar el camino y una carta en un rollo. Me detuve, y la anciana, después de haberme deseado la paz, me dijo...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y no quiso abusar de las palabras permitidas.



*PERO CUANDO LLEGÓ  
LA 122.<sup>a</sup> NOCHE*

Ella dijo:

...y la anciana, después de haberme deseado la paz, me dijo: «Hijo mío, ¿sabes leer?» Y yo contesté: «Sí, mi buena tía.» Ella me dijo: «Entonces te ruego que cojas esta carta y me leas su contenido.» Y me alargó la carta. Yo la cogí, la abrí y leí el contenido. Decía que el firmante de ella estaba bien de salud, y mandaba recuerdos y un saludo á su hermana y á sus parientes. Al oirlo, levantó la vieja los brazos al cielo é hizo votos por mi prosperidad, pues le anunciaba tan buena nueva. Y exclamó: «¡Plegue á Alah que te alivie de todas tus penas,



como has tranquilizado tú las mías!» Después cogió la carta y siguió su camino. Entonces sentí una necesidad apremiante, y me arrimé á una pared y satisfice mi necesidad. Me levanté después, habiéndome sacudido bien, y me arreglé la ropa, dispuesto á proseguir mi camino. Pero entonces vi venir á la vieja, que me cogió la mano, se la llevó á los labios, y me dijo: «Dispénsame, ¡oh mi señor! pero tengo que pedirte una merced, y si me la concedes será para mí el colmo de los beneficios, y seguramente te remunerará el Retribuidor. Te ruego que me acompañes cerca de aquí, para que leas esta carta á las mujeres de mi casa, pues seguramente no querrán fiarse de mí, sobre todo mi hija, que tiene mucho afecto al firmante de esta carta, un hermano suyo que nos dejó hace diez años, y cuya primera noticia es ésta, desde que le lloramos por muerto. ¡No me niegues este favor! No tendrás que tomarte ni siquiera el trabajo de entrar, pues podrás leer esta carta desde fuera. Ya sabes las palabras del Profeta (¡sean con él la plegaria y la paz!) respecto á los que ayudan á sus semejantes: «Al que saca á un musulmán de una pena de entre las penas de este mundo, se lo tiene en cuenta Alah borrándole setenta y dos penas de las penas del otro mundo.» Accedí, pues, á su petición, y le dije: «¡Anda delante de mí, para alumbrar y enseñarme el camino!» Y la vieja me precedió, y á los pocos pasos llegamos á la puerta de un palacio magnífico.

Era una puerta monumental, chapada toda de



bronce y de oro rojo labrado. Me detuve, y la vieja llamó en lengua persa. En seguida, sin que tuviese tiempo de darme cuenta, por lo rápido que fué el movimiento, se entreabrió la puerta y vi á una joven regordeta que me sonreía. Llevaba los pies descalzos sobre el mármol recién lavado, se sujetaba con las manos, por miedo de mojarlos, los pliegues de su calzón, levantándolo hasta medio muslo. Y las mangas las llevaba también levantadas hasta más arriba de los sobacos, que se veían en la sombra de los brazos blancos. Y no sabía qué admirar más, si sus muslos como columnas de mármol ó sus brazos de cristal. Sus finos tobillos estaban ceñidos con cascabeles de oro y pedrería; sus flexibles muñecas ostentaban dos pares de pesados y magníficos brazaletes; llevaba en las orejas maravillosas arracadas de perlas, al cuello triple cadena de joyas insuperables, y á la cabeza un pañuelo de finísimo tejido, constelado de diamantes. Y debía estar entregada á algún ejercicio muy agradable, porque la camisa se le salía del calzón, cuyos cordones estaban desatados.

Su hermosura, y sobre todo sus muslos admirables, me dieron enormemente que pensar, y recordé estas palabras del poeta:

*¡Virgen deseada, para que yo adivine tus tesoros ocultos, procura levantarte la ropa hasta el nacimiento de tus muslos, ¡oh alegría de mis sentidos! ¡Después, tiéndeme la copa fértil del placer!*



Cuando la joven me vió, quedó muy sorprendida, y con su ingenuo aspecto, sus ojos muy abiertos y su voz gentil, más deliciosa que todas las que había oído en mi vida, preguntó: «¡Oh madre mía! ¿es éste el joven que nos va á leer la carta?» Y como la anciana contestase afirmativamente, la joven me alargó la carta que acababa de entregarle su madre. Pero cuando me inclinaba hacia ella para recibir la carta, me sentí violentamente empujado hacia adentro por un cabezazo en la espalda que me acababa de asestar la vieja. Y me empujó hacia el interior del vestíbulo, mientras que ella, más veloz que el relámpago, se apresuraba á entrar detrás de mí, y cerró en seguida la puerta de la calle. Y así me vi preso entre aquellas dos mujeres, sin saber lo que querían hacer de mí. Pero no tardé en enterarme de todo. Efectivamente...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente hasta el otro día.



*PERO CUANDO LLEGÓ  
LA 123.<sup>a</sup> NOCHE*

Ella dijo:

...Efectivamente, cuando estaba en medio del corredor, la joven me tiró al suelo muy diestramen-



te, haciéndome la zancadilla, y en seguida se tendió á la larga encima de mí, apretándome entre sus brazos hasta ahogarme. Y yo creí que me quería matar y que así me impedía que gritase. ¡Pero no había nada de eso! La joven, después de varios movimientos, se sentó sobre mi vientre y empezó á frotarme furiosamente con la mano. Y tanto friccionó, y tanto tiempo, y de manera tan extraordinaria, que perdí el sentido y cerré los ojos como un idiota. Entonces la joven se puso de pie, me ayudó á levantarme, me cogió de la mano, y seguida de su madre, me hizo atravesar siete corredores y siete galerías, llevándome á su aposento. Y yo la seguía como un hombre borracho, á consecuencia del efecto que me habían producido sus dedos terriblemente expertos. Entonces me mandó sentar, y me dijo: «¡Abre los ojos!» Y yo abrí los ojos, y me vi en una sala inmensa alumbrada por cuatro grandes arcadas con cristales, y tan amplia era, que habría podido servir de palenque para justas de jinetes. Estaba toda pavimentada de mármol, y las paredes aparecían cubiertas de chapas de colores muy vivos formando dibujos finísimos. Sus muebles eran de una forma muy agradable y realzados con brocado y terciopelo, lo mismo que los divanes y cojines. En el testero había una amplia alcoba, con una gran cama toda de oro, incrustada de perlas y pedrería, verdaderamente digna de un rey como tú, príncipe Diadema.

Entonces la joven me llamó por mi nombre, con gran asombro mío, y me dijo: «¡Oh Aziz! ¿Qué



prefieres, la muerte ó la vida?» Y dije: «¡La vida!» Y ella repuso: «Desde el momento que es así, debes tomarme por esposa.» Yo exclamé: «¡No, por Alah! ¡Antes que casarme con una libertina de tu indole, prefiero la muerte!» Y ella dijo: «¡Oh Aziz, créeme! ¡Cásate conmigo, y así te desharás de la hija de Dalila la Taimada!» Y yo pregunté: «¿Pero quién es esa hija de Dalila la Taimada? No conozco á nadie que se llame así.» Entonces ella se echó á reir, y me dijo: «¿No conoces á la hija de Dalila la Taimada, y hace un año y cuatro meses que es tu amante? ¡Pobre Aziz! ¡Teme las perfidias de esa miserable, á quien confunda Alah! ¡No hay en la tierra alma más corrompida que la suya! ¡No sabes cuántas víctimas han muerto por su propia mano! ¡Cuántos crímenes ha cometido contra sus numerosos amantes! ¡Estoy asombrada de que estés aún sano y salvo, conociéndola tanto tiempo!»

Al oir estas palabras llegué al límite de la estupefacción, y dije: «¡Oh señora mía! ¿Podrías explicarme cómo has conocido á esa persona, y todos esos detalles que yo ignoro?» Ella contestó: «¡La conozco como el Destino conoce sus decisiones y las calamidades que encierra! Pero antes de explicarme, deseo saber de tus labios el relato de tu aventura con ella. Porque te repito que aún estoy asombrada de que hayas salido vivo de entre sus manos.

Entonces le conté á la joven todo lo que me había ocurrido con mi enamorada del jardín y con la pobre Aziza, hija de mi tío; y ella, al oir el nombre



de Aziza, se compadeció de mi prima, hasta llorar á lágrima viva, y me dijo: «¡Alah te conceda sus beneficios, ¡oh Aziz! ¡Veo claramente que debes tu salvación de entre las manos de esa mujer á la intervención de la pobre Aziza! Ahora que estás libre de ella, guárdate bien de las asechanzas de esa miserable. Pero no puedo revelarte nada más, porque el secreto nos ata.» Y exclamé: «Pues todo eso es lo que me ha ocurrido con Aziza, y sabe que antes de morir me encargó que dijera á mi amada, á la cual llamas la hija de Dalila, estas palabras: «¡Qué dulce es la muerte, y cuán preferible á la traición!» Apenas acabé de pronunciar estas palabras, exclamó la joven: «¡Oh Aziz! He aquí lo que te ha salvado de una perdición segura. ¡No encontrarás otra mujer como Aziza! ¡Viva ó muerta, sigue velando por ti! Pero dejemos á los muertos, que están en la paz de Alah, y atendamos á lo presente. Sabe que el deseo de que fueras mío me ha obsesionado todas las noches y todos los días, y hasta hoy no he podido echarte mano. ¡Y ya ves que he logrado mi deseo! ¡Pero eres muy joven, y no conoces los recursos de que es capaz una vieja como mi madre! Resígnate, pues, á tu destino, y déjame obrar á mí. No tendrás mas que alabanzas para tu esposa, porque quiero unirte contigo por contrato legítimo ante Alah y su Profeta (¡sean con él la plegaria y la paz!). Y todos tus deseos se verán extremadamente satisfechos entonces: riquezas, buenos tejidos para tu ropa, turbantes inmaculados, todo lo tendrás sin



gastar nada; y no te permitiré abrir el bolsillo, porque en mi casa el pan siempre está fresco y la copa siempre está llena. En cambio, sólo te pediré una cosa, ¡oh Aziz!» Y yo dije: «¿Qué cosa?» Y ella contestó: «¡Que hagas conmigo lo que hace el gallo!» Y yo, más asombrado, pregunté: «Pero ¿qué hace el gallo?»

Al oír mi pregunta, soltó una sonora carcajada, tan fuerte, que se cayó de trasero, y se puso á trepidar de alegría, palmoteando. Después dijo: «¿Es posible que no conozcas el oficio del gallo?» Y yo contesté: «¡No, por Alah! ¡No conozco ese oficio! ¿Cuál es?» Y ella dijo: «¡El oficio del gallo, ¡oh Aziz! es comer, beber y copular!»

Entonces, verdaderamente confuso al oírla hablar así, dije: «¡Por Alah! No sabía que hubiese tal oficio.» Y ella contestó: «Es el mejor de todos los oficios. ¡Conque ánimo, ¡oh Aziz! ¡Ciñete el cinturón, fortalécete los riñones, y ojalá lo hagas dura y secamente, durante mucho tiempo!» Y gritó á su madre: «¡Oh madre! Ven en seguida.»

Y vi entrar á la madre con cuatro testigos, cada uno de ellos con un candelabro encendido. Avanzaron, y después de las zalemas acostumbradas, se sentaron en corro.

Entonces la joven se echó el velo por la cara, según se acostumbra, y se envolvió en el izar (1). Y los testigos redactaron el contrato.

---

(1) Velo grande.



Y ella quiso declarar generosamente que había recibido de mí un dote de diez mil dinares por todas las cuentas atrasadas ó futuras, y se reconoció mi deudora, sobre su conciencia y ante Alah, de tal cantidad.

Luego dió la acostumbrada gratificación á los testigos, que haciendo zalemas se fueron por donde habían venido.

Y la madre se eclipsó también.

Y nos quedamos los dos solos en la gran sala de las cuatro arcadas de cristales.

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y discretamente, aplazó el relato para el otro día



*PERO CUANDO LLEGÓ  
LA 124.<sup>a</sup> NOCHE*

Ella dijo:

...Y nos quedamos los dos solos en la gran sala de las cuatro arcadas de cristales.

Entonces la joven se desnudó, y vino hacia mí sólo con la fina camisa sobre la piel. ¡Y qué camisa! ¡Y qué bordados! Llevaba todavía el calzón, pero se apresuró á hacerlo resbalar. En seguida me cogió de la mano, me llevó hacia el fondo de la amplia alcoba, y se echó conmigo en la gran cama



de oro. Y jadeante, exclamó: «Ya nos está permitido todo esto, pues no es vergonzoso lo que es lícito.» Y se tendió ágilmente, y me atrajo hacia ella. Después exhaló un largo suspiro, seguido de un estremecimiento y de algunas monadas llenas de coquetería, acabando por levantarse la camisa hasta más arriba de los riñones.

Entonces ya no pude refrenar por más tiempo mis deseos, y después de haberle chupado los labios, mientras que desfallecía, se estiraba y cerraba los ojos, penetré en ella de parte á parte. Y así comprobé la exactitud encantadora de estos versos del poeta:

*¡Cuando la joven se levantó el vestido, mi vista se pudo extender sin ninguna dificultad por la terraza de su vientre! ¡Oh, qué jardines!*

*¡Y descubrí su entrada, que era tan estrecha y tan difícil como mi paciencia y mi vida!*

*¡Pero de todos modos, pude penetrar en ella á la fuerza, aunque sólo á medias! ¡Entonces ella exhaló un gran suspiro! Y yo dije:*

*«¿Por qué suspiras?» Y ella contestó: «¡Por la segunda mitad, ¡oh luz de mis ojos!»*

En efecto, una vez que hicimos primeramente eso, me dijo: «¡Obra como quieras! ¡Soy tu esclava sumisa! ¡Anda! ¡Ven! ¡Tómalo! ¡Por mi vida sobre ti! ¡Dámelo mejor, para que con mi mano lo haga penetrar en mí y me calme las entrañas!» Y no



cesó en sus suspiros ni en sus gemidos, entre besos, transportes, movimientos y copulaciones, hasta que nuestros gritos se extendieron por toda la casa y alborotaron toda la calle. Después de lo cual nos dormimos hasta la mañana.

Entonces, cuando me disponía á marcharme, se acercó á mí maliciosamente, y me dijo: «¿Adónde vas? ¿Crees que la puerta de salida está abierta como la puerta de entrada? ¡Desengáñate, Aziz, candoroso Aziz! ¡Y sobre todo, no me confundas con la hija de Dalila la Taimada! ¡Apresúrate á alejar ese injurioso pensamiento! ¡Recuerda que estás unido legítimamente conmigo mediante un contrato, confirmado por la Sunna! ¡Oh mi querido Aziz! ¡Si estás borracho, despabilate y vuelve á tu razón! Sabe que la puerta de esta casa no se abre mas que una vez al año, y sólo por un día. ¡Levántate si no, y ve á comprobar mis palabras!»

Entonces me levanté asustado, me dirigí hacia la puerta principal, y después de haberla examinado bien, me cercioré de que estaba barrada, clavada y condenada, sin lugar á dudas. Y volví hacia la joven, y le dije que efectivamente la cosa era exacta. Ella me sonrió entonces muy feliz, y me dijo: «¡Oh mi querido Aziz! Sabe que aquí tenemos en abundancia harina, grano, frutas frescas y secas, granadas desecadas, manteca, azúcar, dulces, carneros, pollos y otras cosas semejantes, en cantidad suficiente para un buen número de años. Estoy tan segura de que permanecerás aquí durante un año,



como de que no ha de faltarnos nada de eso. ¡Resígnate, pues, y deja ese aspecto tan triste y esa cara tan ceñuda!» Entonces suspiré: «¡No hay fuerza ni poder mas que en Alah!» Y ella dijo: «¿Pero de qué te quejas, ¡oh grandísimo tonto!? ¿A qué viene el suspirar de esa manera, cuando me has dado unas pruebas tan brillantes de tu suficiencia para el oficio de gallo de que hablamos ayer?» Y se echó á reir. Y yo también me eché á reir. Y entonces tuve que obedecerla y amoldarme á sus deseos.

Permanecí, pues, en aquella morada ejerciendo mi oficio de gallo: comiendo, bebiendo y haciendo el amor dura y secamente, durante un año entero de doce meses. Así es que al cabo del año la joven estaba bien fecundada, y parió un niño. Y entonces, por primera vez, oí el rumor de la puerta, cuyos goznes chirriaban. Y mi alma exhaló un hondo «¡ya Alah!» de redención.

Abierta la puerta, vi entrar un gran número de proveedores que venían cargados de alimentos para todo el año: un cargamento de pasteles, harina, azúcar, y otras provisiones por el estilo. Y de un salto quise ganar la calle y la libertad. Pero ella me sujetó por el faldón, y me dijo: «¡Oh ingrato Aziz! Aguarda siquiera á que se haga de noche, y que sea la misma hora en que entraste aquí hace un año.» Y me resigné á aguardar un poco más. Pero apenas anocheció, me dirigí hacia la puerta, y la joven me acompañó hasta el umbral, no dejándome salir hasta que le hube jurado que volvería



antes de que se cerrase la puerta por la mañana. Y no tenía más remedio que cumplirlo, pues lo juré por la Espada del Profeta (¡sean con él la plegaria y la paz!) y por el Libro Noble, y por el Divorcio.

Sali por fin, y me dirigí apresuradamente á casa de mis padres, pero pasando por el jardín de mi amiga, aquella á la que mi esposa llamaba la hija de Dalila la Taimada. Y con gran sorpresa, vi que el jardín estaba abierto, como de costumbre, con la linterna encendida en el fondo de los bosquecillos.

Entonces me entristecí profundamente, y lleno de furor dije para mí...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y discreta, según su costumbre, se calló hasta el otro día.



**PERO CUANDO LLEGÓ  
LA 125.<sup>a</sup> NOCHE**

Ella dijo:

...Entonces me entristecí profundamente, y lleno de furor dije para mí: «Hace un año que me ausenté de estos lugares; ahora llego de improviso, y lo encuentro todo como en tiempos pasados. Pues bien, Aziz; antes de ver á tu madre, que debe llorarte por muerto, conviene que sepas lo que ha sido de tu



antigua enamorada. ¡Quién sabe lo que habrá ocurrido en tanto tiempo!» Y avancé apresuradamente hacia la sala de la cúpula de ébano y de marfil, y al penetrar en ella encontré á mi amiga sentada, con la cabeza baja y acodada sobre las rodillas. ¡Pero cuán desmejorada me pareció! Sus ojos hallábanse bañados de lágrimas, y su rostro no podía estar más triste. Y al verme delante de ella, se sobresaltó mucho, intentó en seguida levantarse, pero la emoción la hizo caer de nuevo. Al fin pudo hablar, y exclamó, muy dichosa: «¡Loor á Alah por tu llegada, ¡oh Aziz!»

Y yo me quedé extremadamente confuso, y bajé la cabeza ante aquella alegría inconsciente de mis infidelidades; pero no tardé en avanzar hacia mi amiga, y después de besarla le dije: «¿Cómo has podido adivinar que vendría esta noche?» Y ella dijo: «¡Por Alah! Ignoraba tu venida. Pero hace un año que te aguardo aquí todas las noches, y lloro en esta soledad y me consumo. ¡Mira cuán desmejorada estoy por las vigiliass y el insomnio! Aquí te he estado aguardando desde el día en que te di el ropón de seda nueva y te hice prometer que volverías! ¡Pero dime, por favor, la causa que te ha retenido tanto tiempo lejos de mí!»

Entonces, ¡oh príncipe Diadema! le conté candorosamente toda mi aventura, y mi matrimonio con la joven de hermosos muslos. Después añadí: «Y he de advertirte que no puedo pasar contigo mas que esta noche, pues antes de que amanezca he de es-



tar en casa de mi esposa, que me lo ha hecho jurar por tres cosas santas.»

La joven, apenas se enteró de que me había casado, palideció intensamente y se quedó muda de indignación. Y por fin dijo: «¡Eres un miserable! ¡Soy la primera á quien conociste, y no me dedicas aunque sea toda una noche, ni tampoco se la concedes á tu madre! ¿Crees que tengo tanta paciencia como la pobre Aziza, que Alah conserve en su misericordia? ¿Crees que voy á dejarme morir de pena por tus infidelidades? ¡Ah, pérfido Aziz! Ahora nadie te librará de mis manos. No tengo ninguna razón para perdonarte, pues ya no me sirves para nada, porque los hombres casados me horrorizan, y sólo me deleitan los solteros! ¡Y ya que no eres mío, no quiero que pertenezcas á nadie! ¡Aguarda, pues, un poco!» Y dichas estas palabras con un acento terrible y estallándole los ojos, me acometió el temor de lo que iba á sobrevenir. Y súbitamente, sin darme tiempo para nada, se precipitaron sobre mí diez esclavas jóvenes, más robustas que negros, y me echaron al suelo y me inmovilizaron. Entonces ella se levantó, cogió un espantoso machete, y dijo: «¡Vamos á degollarle como se degüella á los machos cabríos cuando son demasiado rijosos! ¡Y al vengarme, vengaré también á la pobre Aziza, cuyo hígado hiciste estallar de pena! ¡Vas á morir, miserable traidor! ¡Di tu acto de fe!» Y al pronunciar estas palabras apoyaba la rodilla en mi frente, mientras que sus esclavas no me per-



mitían ni respirar siquiera. Así es que no dudé de mi muerte, sobre todo...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ  
LA 126.<sup>a</sup> NOCHE*

Ella dijo:

...Así es que no dudé de mi muerte, sobre todo cuando vi lo que hacían las esclavas. Dos de ellas se sentaron sobre mi vientre, otras dos me sujetaron los pies, y otras dos se me sentaron en las rodillas. En seguida se levantó la joven, y auxiliada por otras dos esclavas, empezó á darme palos en la planta de los pies, hasta que caí desmayado de dolor. Entonces cesarían de golpearme. Después volví de mi desmayo, y dije: «¡Prefiero la muerte mil veces á estos tormentos!»

Y ella, dispuesta á complacerme, cogió otra vez el espantable machete, lo afiló en su babucha, y ordenó á las esclavas: «¡Tendedle la piel del cuello!»

En este mismo instante, Alah me hizo recordar las últimas palabras de la pobre Aziza. Y exclamé:

*«¡Qué dulce es la muerte, y cuán preferible á la traición!»*



Al oír estas palabras, dió un gran grito de espanto, y clamó después: «¡Tenga Alah piedad de tu alma, ¡oh Aziza! ¡Acabas de salvar de una muerte segura al hijo de tu tío!»

En seguida me miró fijamente, y dijo: «En cuanto á ti, aunque debas tu salvación á esas palabras de Aziza, no te creas completamente libre, pues tengo necesidad de vengarme de ti y de esa bribona desvergonzada que te ha retenido lejos de mi compañía. ¡Y he aquí que voy á emplear el único medio, el verdadero medio!» Y dirigiéndose á sus esclavas, exclamó: «¡Apretad bien, é impedidle que se mueva; amarradle los pies!» Y esto fué ejecutado en seguida.

Entonces se levantó la joven, y puso á la lumbré una sartén de cobre rojo, y echó en ella aceite y queso blando. Aguardó á que el queso se derretiera en el aceite, y luego volvió hacia mí, que seguía tendido en tierra, sujeto por las esclavas. Se inclinó y me desató en seguida el calzón, y á este contacto sentí grandes oleadas de terror y vergüenza. Adivinaba lo que iba á ocurrir. Y la joven, habiéndome dejado el vientre desnudo, me cogió los compañeros, me los ató por la misma raíz con una cuerda encerada, y dió á las esclavas los dos extremos de la cuerda, ordenándoles que tirasen todo lo que pudiesen. Y ella, mientras tanto, con una navaja muy afilada segó fieramente mi zib, de un solo golpe, causando mi infortunio.

Figúrate, ¡oh príncipe Diadema! si el dolor y la



desesperación no me harían desmayarme. Todo lo que sé después de eso, es que cuando volví de mi desmayo me hallé con el vientre tan liso como el de una mujer. Y las esclavas aplicaban á mi herida el aceite hervido con el queso blando, lo cual no tardó en restañarme la sangre. Hecho esto, se me acercó la joven, me dió un vaso de jarabe para apagar mi sed, y me dijo despreciativamente: «¡Vuelve al sitio de donde viniste! ¡Mi deseo está saciado! ¡Ya no eres nada para mí, ni puedes servir á nadie, pues me he apoderado de la única cosa que necesitaba!» Y me rechazó con el pie, y me echó de casa, diciéndome como despedida: «¡Tente por dichoso porque aún sientes la cabeza sobre los hombros!»

Entonces me arrastré dolorosamente hasta la morada de mi joven esposa, y llegado á la puerta, que encontré abierta todavía, entré silenciosamente y fui á caer consternado sobre los almohadones del salón. En seguida acudió mi esposa, que al verme tan pálido me examinó atentamente, haciendo que le contase mi desventura y que le mostrase mi individualidad mutilada. Pero no pude soportar el verme así, y caí de nuevo desvanecido.

Al volver de mi desmayo, me vi tendido en la calle, al pie de la puerta; pues mi esposa, al encontrarme como una mujer, me había expulsado de su morada.

Y en aquel miserable estado me encaminé á mi casa, y fui á echarme en brazos de mi madre, que me lloraba desde hacía muchísimo tiempo, creyén-



dome perdido por algún extremo de la tierra. Me recibió sollozando, y al verme en aquella extrema palidez y debilidad...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ  
LA 127.<sup>a</sup> NOCHE*

Ella dijo:

...y al verme en aquella extrema palidez y debilidad, lloró más todavía. Entonces me asaltó el recuerdo de mi pobre y dulce Aziza, muerta de pena por mi culpa, y la eché de menos por primera vez, vertiendo por ella lágrimas de desesperación y arrepentimiento. Y cuando me hube calmado un momento, me dijo mi madre, con los ojos llenos de llanto: «¡Oh pobre hijo mío! Las desdichas habitan nuestra casa, porque has de saber lo peor que podías saber: ¡tu padre ha muerto!» Al oírlo, se me atravesaron los sollozos en la garganta, quedé inmóvil, y caí después cara al suelo, y así estuve durante toda la noche.

Por la mañana me obligó á levantarme mi madre, y se sentó á mi lado. Pero yo estaba como clavado en mi sitio, mirando el rincón donde acostumbraba á sentarse mi pobre Aziza, y las lágrimas



corrían silenciosas por mis mejillas. Y mi madre me dijo: «¡Ah, hijo mío! Ya hace diez días que estoy sola en esta casa vacía y sin dueño; diez días hace que tu padre murió en la misericordia de Alah.» Y yo dije: «¡Oh madre! En estos momentos estoy dominado completamente por el recuerdo de mi pobre Aziza, y no podría consagrar mi dolor á otra memoria que la suya. ¡Pobre Aziza! ¡Tan abandonada por mí, tú que me querías de veras! ¡Perdona á este miserable que te atormentó, y que está excesivamente castigado por sus culpas y traiciones!»

Ahora bien; mi madre notaba lo profundo y verdadero de mi dolor, pero seguía callando. Por lo pronto, se apresuró á curarme las heridas y á traerme con qué recuperar las fuerzas. Después de estos cuidados, siguió prodigándome sus ternuras y velaba á mi lado, diciéndome: «¡Bendito sea Alah, ¡oh hijo mío! porque no te han sobrevenido peores calamidades, y has salvado la vida!» Y así hasta que estuve completamente restablecido, aunque seguía enfermo del alma y consternado por los recuerdos.

Un día, después de comer, mi madre vino á sentarse á mi lado, y me dijo: «¡Oh hijo mío! Creo que ha llegado la ocasión de entregarte el recuerdo que me confió la pobre Aziza antes de morir, pues me encargó que no te lo diese hasta que te condolieses por ella y hubieras abandonado definitivamente los malos lazos que te sujetaban.» En seguida abrió un cofrecillo, y sacó de un paquete esa tela preciosa



en que está bordada la segunda gacela que tienes delante de los ojos, ¡oh príncipe Diadema! Y mira los versos que se entrelazan en las orillas:

*¡Llenaste mi corazón de tu deseo para sentarte encima y triturarlo; acostumbraste á mis ojos á velar, y en cambio tú dormías!*

*¡Ante mi vista y ante los latidos de mi corazón, tuviste sueños extraños á mi amor, cuando mi corazón y mis ojos se derretían de deseo por ti!*

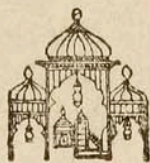
*¡Por Alah! Hermanas mías, cuando me haya muerto, escribid en el mármol de mi tumba:*

*«¡Oh tú que marchas por el camino de Alah! ¡he aquí la tierra en que descansa por fin una esclava de amor!»*

Al leer estas estrofas, lloré abundantes lágrimas, y me golpeé las mejillas. Y al desenrollar la tela, cayó un papel, en el cual aparecían estas líneas, escritas por la propia mano de Aziza...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.





*PERO CUANDO LLEGÓ  
LA 128.<sup>a</sup> NOCHE*

Ella dijo:

...Y al desenrollar la tela, cayó un papel, en el cual aparecían estas líneas, escritas por la propia mano de Aziza:

«¡Oh mi primo muy amado! Sabe que fuiste para mí más querido y máspreciado que mi propia sangre y mi vida. Así es que después de mi muerte seguiré suplicando á Alah que te haga feliz y puedas vencer á todas las que elijas. ¡Conozco las muchas desgracias que ha de acarrearle la hija de Dalila la Taimada! Sirvante de lección, ¡y ojalá puedas alejar para siempre el amor nefasto de las mujeres infames! ¡Ojalá aprendas á librarte de ellas! ¡Bendito sea Alah, que se me lleva antes que á ti, para no obligarme al dolor de presenciar todos tus sufrimientos!

»Te ruego, por Alah, que conserves como recuerdo de mi despedida esa tela en que aparece bordada una gacela. Me ha acompañado durante tus ausencias. Me la envió la hija de un rey, la princesa de las Islas del Alcanfor y el Cristal, llamada Sett-Donia.

»Cuando te veas agobiado por las desgracias,



acude en busca de la princesa Donia, en el reino de su padre, en las Islas del Alcanfor y el Cristal. Pero sabe, ¡oh Aziz! que no están destinados á ti la hermosura ni los encantos incomparables de esa princesa. No vayas á inflamarte de amor por ella, porque no ha de ser para ti mas que la causa que te saque de tus aflicciones y ponga fin á las tribulaciones de tu alma.

»¡Uassalam, ¡oh Aziz!»

Al leer esta carta de Aziza, ¡oh príncipe Diadema! me conmovió más hondamente la ternura, y lloré todas las lágrimas de mis ojos. Mi madre lloró conmigo, y aquello duró hasta que cayó la noche. Permanecí un año entero sumido en esta tristeza, sin encontrar alivio.

Entonces pensé en la partida, dispuesto á buscar á la princesa Donia en las Islas del Alcanfor y el Cristal. Y mi madre me alentó mucho, diciéndome: «Ese viaje te distraerá, y hará que se alivien tus pesares. Y he aquí que va á salir de nuestra ciudad una caravana de mercaderes que se está preparando para la marcha. Únete, pues, á ella, compra mercaderías, y vete. Pasados tres años, podrás regresar con esta misma caravana. ¡Y habrás olvidado toda la amargura que pesa sobre tu corazón! Y entonces, al ver desahogado tu corazón, me consideraré feliz.»

Hice, pues, lo que me había indicado mi madre, y después de comprar excelentes mercancías, me



uní á la caravana, y viajé con ella por todas partes, pero sin tener ánimos para exhibir mis géneros. ¡Al contrario! Todos los días me sentaba aparte, y cogía la tela recuerdo de Aziza, la extendía delante de mí y la miraba durante largo rato, llorando. Y así siguieron las cosas, hasta que después de un año llegamos á las fronteras en que reinaba el padre de la princesa Donia. Eran las Siete Islas del Alcanfor y el Cristal.

Ahora bien; el rey de ese país, ¡oh príncipe Diadema! se llama el rey Schahramán. Y es, efectivamente, el padre de la princesa Donia, que sabe bordar con tanto arte esas gacelas que envía á sus amigas.

Pero al llegar á este reino, pensé: «¡Oh Aziz! ¿de qué pueden servirte, ¡oh pobre lisiado! todas las princesas y todas las jóvenes del mundo? ¿De qué han de servirte, cuando te han dejado el vientre tan liso como el de una mujer?»

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y con su acostumbrada discreción, aplazó el relato para el otro día.





*PERO CUANDO LLEGÓ  
LA 129.<sup>a</sup> NOCHE*

Ella dijo:

...¿de qué pueden servirte, ¡oh pobre lisiado! todas las princesas y todas las jóvenes del mundo? ¿De qué han de servirte, cuando te han dejado el vientre tan liso como el de una mujer?»

Pero recordando las palabras de Aziza, me decidí á emprender las investigaciones necesarias y á recoger los datos que me pudieran servir para ver á la princesa. Todos mis trabajos resultaron baldíos; nadie me supo indicar el medio que yo buscaba, y ya empezaba á sentirme completamente desesperado, cuando un día, paseándome por los jardines que rodean la ciudad, queriendo olvidar mis pesares con el espectáculo de aquel delicioso verdor, llegué á la puerta de un espléndido jardín de árboles magníficos, con cuya sola contemplación hallaba descanso el alma dolorida. Y en la tarima de entrada estaba sentado el guarda del jardín, un venerable jeque, de simpático aspecto, en cuyo rostro se adivinaba la bendición. Entonces me adelanté hacia él, y después de las zalemas acostumbradas, le dije: «¡Oh jeque! ¿de quién es este jardín?» Y él contestó: «De Sett-Donia, la hija del rey. Puedes, ¡oh hermoso joven! entrar y pasearte un



momento, y respirar el perfume de las flores y las plantas.» Y yo dije: «¡Cuánto te lo agradezco! Pero ¿no podrías permitirme, ¡oh venerable jeque! que aguardase, oculto detrás de un macizo de flores, la llegada de la princesa, y así alegraría mi vista con una sola mirada que le dirigiesen mis párpados?» Él dijo: «¡Por Alah! ¡Eso no!» Entonces lancé un gran suspiro. Y el jeque me miró con ternura, me cogió de la mano y entró conmigo en el jardín.

Así anduvimos juntos hasta un sitio encantador al que daban sombra unos hermosos árboles. Cogió frutas de las más maduras y de las más deliciosas, y me las ofreció de este modo: «¡Refréscate! ¡Y te advierto que sólo la princesa Donia conoce su sabor!» Después dijo: «¡Siéntate, que ahora vuelvo!» Y me dejó un instante, para volver cargado con un cordero asado, y me convidó á comerlo con él, y cortaba para mí los pedazos más sabrosos y me los ofrecía con la mejor voluntad. Y yo estaba confundido con tantas bondades y no sabía cómo darle las gracias.

Ahora bien; mientras estábamos comiendo y charlando amistosamente, oímos que se abría la puerta del jardín. Y el jeque se apresuró á decirme, muy alarmado: «¡Levántate en seguida y escóndete en ese macizo! ¡Y sobre todo, no te muevas!» Y yo me apresuré á obedecerle.

Apenas estaba en mi escondrijo, vi que asomaba por la puerta la cabeza de un eunuco negro. Y preguntó en alta voz: «¡Oh jeque! ¿hay alguien por ahí?



¡Porque llega la princesa Donia!» El jeque contestó: «¡Oh mi buen eunuco! ¡No hay nadie en el jardín!» Y se apresuró á abrir las dos hojas de la puerta.

Entonces vi llegar á la princesa Donia, y creí que era la misma luna que bajaba á la tierra. Tal era su hermosura, que me quedé clavado en el sitio, aturdido, sin movimiento, muerto. La seguía con la mirada, sin poder respirar, á pesar del afán que sentía por háblarle. Y permanecí inmóvil durante todo el paseo de la princesa, lo mismo que el sediento del desierto que cae sin fuerzas á orillas del lago y no puede arrastrarse hasta la onda líquida.

Comprendí entonces, ¡oh mi señor! que ni la princesa Donia ni ninguna otra mujer correrían peligro junto á mí.

Aguardé, pues, que se alejase la princesa, me despedí del jeque, y marché en busca de los mercaderes de la caravana, diciendo para mí: «¡Oh Aziz! ¿Qué han hecho de ti, Aziz? ¡Un vientre liso que ya no puede domar á las enamoradas! ¡Vuelve junto á tu pobre madre, y allí podrás morir en paz, en la casa vacía y sin dueño! ¡Porque la vida ya no tiene ningún objeto para ti!» Y á pesar de los trabajos que había pasado para llegar á aquel reino, fué tal mi desesperación, que no quise poner en práctica las palabras de Aziza, aunque me había asegurado formalmente que la princesa Donia sería la causa de mi felicidad.

Sali, pues, con la caravana, encaminándome á



mi tierra. Y así he llegado á este país, que está bajo el poder de tu padre, ¡oh príncipe Diadema!

¡Y tal es mi historia!»

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ  
LA 130.<sup>a</sup> NOCHE*

Ella dijo:

He llegado á saber, ¡oh rey afortunado! que el gran visir Dandán, luego de contar esta historia al rey Daul'makán durante el sitio de Constantinia, comenzó á relatarle su continuación, en la que Aziz está íntimamente mezclado con todas las cosas maravillosas y sorprendentes que vamos á ver.







## Historia de la princesa Donia con el príncipe Diadema



«Cuando el príncipe Diadema hubo oído esta admirable historia, y se enteró de cuán deseable y cuán interesante era la princesa Donia, y de cuán bellas cualidades poseía, así como su sapiencia en el arte del bordado, sintió dominado su corazón por un amor desbordante, y resolvió hacer todo lo posible para llegar junto á la princesa.

Y llevó con él al joven Aziz, del cual ya no quería separarse. Montó otra vez á caballo, y emprendió nuevamente el camino de la ciudad de su padre el rey Soleimán-Schah, señor de la Ciudad Verde y de las montañas de Ispahán.

Lo primero que hizo fué poner á disposición de su amigo Aziz una hermosa casa que de nada carecía. Y cuando se cercioró de que Aziz tenía cuanto pudiera convenirle, marchó al palacio, se encerró en su habitación, negándose á recibir á nadie, y



lloró amargamente. Porque las cosas que se oyen impresionan tanto como las que se ven ó se sienten.

Cuando su padre el rey Soleimán-Schah le vió tan pálido y tan acongojado, comprendió que Diadema tenía el alma llena de pesares y zozobras. Y le preguntó: «¿Qué tienes, ¡oh hijo mío! para cambiar así de color y estar tan afligido?»

Y el príncipe Diadema le contó que estaba enamorado de la princesa Donia, profundamente enamorado, aunque no la había visto jamás, pues para su pasión bastaba el relato de Al... al describirle su andar gracioso, sus perfecciones, sus ojos y su maravilloso arte de bordar animales y flores.

Al recibir esta noticia, el rey Soleimán-Schah llegó al límite de la inquietud, y dijo al príncipe: «Hijo mío, esas Islas del Alcanfor y el Cristal son un país muy lejano del nuestro, y aunque sea tan maravillosa esa princesa Donia, advierte que en nuestra ciudad y en el palacio de tu madre encontrarás jóvenes hermosísimas y esclavas atrayentes, originarias de todas las comarcas del mundo. Llégate, pues, al aposento de las mujeres, y entre las quinientas esclavas que allí verás, más hermosas que lunas, elige las que más te agraden. Y si á pesar de todo ninguna de esas mujeres llegase á gustarte, pediré para ti como esposa á una hija entre las hijas de los reyes de los países vecinos. ¡Y te prometo que será mucho más bella y mucho más instruída que la misma princesa Donia!» Pero el príncipe insistió: «¡Oh padre mío! Sólo deseo por esposa



á la princesa Donia, la que sabe dibujar y bordar gacelas tan admirablemente sobre el brocado. Mi amor no tiene remedio, y si no la consigo, huiré de mi país, de mis amigos y de mi casa, y me suicidaré por causa de ella.»

Entonces, su padre, viendo que era muchísimo peor contrariarle, le dijo: «En ese caso, ¡oh hijo mío! ten un poco de paciencia, y dame tiempo para que pueda enviar al rey de las Islas del Alcanfor y el Cristal una embajada que vaya á pedirle la mano de su hija, según el ceremonial que desde antiguamente se acostumbra, y que se empleó para mí cuando me casé con tu madre. Y si se negase, abriré la tierra por debajo de él y haré que caiga sobre su cabeza todo su reino en ruinas, invadiendo y devastando sus comarcas con un ejército tan numeroso, que al desplegarse llegaría su vanguardia á las Islas del Alcanfor, cuando la retaguardia estuviera todavía detrás de las montañas de Ispahán, frontera de mi Imperio.»

Después de esto, el rey mandó llamar al joven mercader Aziz, amigo de Diadema, y le dijo: «¿Conoces el camino de las Islas del Alcanfor y el Cristal?» El otro contestó: «Lo conozco.» Y el rey dijo: «Me alegraría muchísimo que acompañases á mi gran visir, al cual envío de embajador cerca del rey de aquella comarca.» Y Aziz contestó: «¡Oh rey del tiempo! ¡Escucho y obedezco!»

Entonces el rey Soleimán llamó al gran visir, y le dijo: «Arregla este asunto como te parezca me-



jor; pero es indispensable que vayas á las Islas del Alcanfor y el Cristal para pedir á la princesa Donia por esposa de Diadema.» Y el visir respondió oyendo y obedeciendo. Y mientras tanto, el principe se retiró á su morada, recitando estos versos del poeta sobre los pesares de amor:

*¡Interrogad á la noche! ¡Os dirá mi dolor y os cantará la elegía llena de lágrimas que modula en mi corazón la tristeza!*

*¡Interrogad á la noche! ¡Os dirá que soy el pastor cuyos ojos cuentan las estrellas, mientras que por sus mejillas cae el granizo del llanto!*

*¡Aunque mi corazón se desborde en deseos, me veo solo en el mundo, como la mujer de caderas fecundas que no halla la simiente de gloria!*

Y el principe pasó muy pensativo toda la noche, negándose á tomar alimento y no pudiendo dormir.

En cuanto apareció el dia, se apresuró el rey á ir en su busca, y al ver cuán desmejorado estaba, mandó apresurar los preparativos de la marcha, colmando á Aziz y al visir de ricos presentes para el rey de las Islas del Alcanfor y el Cristal, y para todos los de su séquito. Y en seguida se pusieron en camino.

Y viajaron días y noches, hasta que llegaron á la vista de las Islas del Alcanfor y el Cristal. Entonces armaron las tiendas á orillas de un río, y el visir despachó un correo para anunciar al rey su



llegada. Y aún no había acabado el día, cuando vieron venir á los chambelanes y emires del rey, que después de las zalemas y saludos de bienvenida, los acompañaron hasta el palacio.

Y el visir y Aziz entraron en palacio, y se presentaron al rey, haciéndole entrega de los regalos de su señor Soleimán, y el rey los apreció mucho, diciéndoles: «¡Los agradezco con todo el corazón de amigo, y sobre mi cabeza y mis ojos!» Y en seguida, según costumbre, se retiraron Aziz y el visir, y pasaron cinco días en palacio descansando de las fatigas del viaje.

A la mañana del quinto día, el visir se vistió su traje de honor y se presentó ante el trono del rey, y le sometió la petición de su señor el rey Soleimán, aguardando respetuosamente la respuesta.

Al oír las palabras del visir, el rey quedó muy pensativo, bajó la cabeza muy inquieto y meditabundo, y permaneció largo rato sin saber qué contestar al enviado del poderoso rey de la Ciudad Verde y de las montañas de Ispahán.

Pues sabía por experiencia que su hija odiaba el matrimonio y que la petición iba á ser rechazada, como ya lo habían sido otras que le habían dirigido los principales príncipes de los reinos vecinos y de todas las tierras de los alrededores.

Por fin el rey acabó por levantar la cabeza, hizo una seña al jefe de los eunucos para que se acercase, y le dijo: «Ve á buscar á tu señora la princesa Donia, preséntale los respetos del visir y



los regalos que nos trae, y repítele lo que acabas de oír de su boca.» Y el eunuco besó la tierra entre las manos del rey y desapareció.

Al cabo de una hora volvió con una nariz tan larga que le llegaba á los pies, y dijo: «¡Oh rey de los siglos y del tiempo! Me he presentado ante mi ama la princesa Donia, y apenas formulé la petición, se le llenaron de ira los ojos, se incorporó, cogió una maza y corrió hacia mí para romperme la cabeza. Y me apresuré á huir á toda prisa, pero me persiguió á través de los corredores, gritando: «¡Si mi padre quiere obligarme al matrimonio, sepa que mi marido no tendrá tiempo para verme la cara, pues le mataré antes con mis propias manos, y en seguida me mataré yo!»

Al oír estas palabras del jefe de los eunucos...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y discretamente, aplazó el relato hasta el otro día.



*PERO CUANDO LLEGÓ  
LA 131.<sup>a</sup> NOCHE*

Ella dijo:

He llegado á saber, ¡oh rey afortunado! que después de estas palabras del jefe de los eunucos, el rey dijo al visir: «Acabas de oír con tus propios



oídos lo que ha pasado. Transmite, pues, mis zalemas al rey Soleimán-Schah, y repítele lo ocurrido, diciéndole que á mi hija le horroriza el matrimonio. ¡Y Alah haga que llegues á tu país con toda seguridad!»

Entonces el visir y Aziz se apresuraron á regresar á la Ciudad Verde, y á repetir al rey Soleimán-Schah lo que había ocurrido.

Esta noticia encolerizó al rey, que quiso llamar á los emires y á los lugartenientes para reunir las tropas é invadir inmediatamente las comarcas de las Islas del Alcanfor y el Cristal.

Pero el visir pidió permiso para hablar, y dijo: «¡Oh soberano! No debes proceder de ese modo, pues en realidad la culpa no la tiene el padre, sino la hija, y el impedimento procede de ella sola. Y su mismo padre está tan contrariado como todos nosotros. Ya te he repetido las terribles palabras que la princesa Donia dijo al espantado jefe de los eunucos.»

Cuando el rey Soleimán-Schah hubo oído al visir, acabó por darle la razón, y se asustó al pensar en las amenazas de la princesa. Y se dijo: «Aunque invadiese su país y la redujese á ella á la esclavitud, de nada nos serviría, puesto que ha jurado matarse.»

Entonces mandó llamar al príncipe Diadema, y muy afligido por el disgusto que iba á darle, le puso al corriente de todo. Pero el príncipe Diadema, lejos de desesperarse, dijo firmemente: «¡Oh padre



mío! No creas que voy á dejar esto en tal estado. ¡Lo juro por Alah! ¡Sett-Donia será mi esposa! Llegaré hasta ella, aunque haya de arriesgar la vida.» Y el rey dijo: «Pero ¿de qué manera?» Y respondió el príncipe: «Iré en calidad de mercader.» Y dijo el rey: «En ese caso, lleva contigo al visir y á Aziz.» Y en seguida mandó comprar mercaderías por valor de cien mil dinares, y que vaciasen en los sacos los tesoros encerrados en sus propios armarios. Y le dió cien mil dinares de oro, caballos, camellos, mulos y tiendas suntuosas forradas de seda y de colores admirables.

Entonces el príncipe Diadema besó las manos á su padre, se puso su ropa de viaje, fué en busca de su madre, y le besó igualmente las manos. Y su madre le dió cien mil dinares, y lloró mucho, é invocó sobre él la bendición de Alah, é hizo votos por la satisfacción de su alma y por su buen regreso entre los suyos. Y las quinientas damas de palacio, que rodeaban á la madre de Diadema, se echaron también á llorar, mirándole en silencio, con respeto y ternura.

Y el príncipe Diadema salió de la habitación de su madre, llamó á su amigo Aziz y al anciano visir, y dió la orden de marcha. Y como Aziz se echase á llorar, le preguntó el príncipe: «¿Por qué lloras, hermano Aziz?» Y éste dijo: «¡Oh hermano mío! Ya sé que no puedo separarme de ti, pero ¡hace tanto tiempo que dejé á mi pobre madre! Y ahora, cuando llegue la caravana sin mí, ¿qué pensará mi madre



al no verme entre los mercaderes?» El príncipe dijo: «¡Tranquilízate, hermano Aziz! Volverás á tu tierra en cuanto quiera Alah, después de habernos facilitado los medios de conseguir nuestro objeto.» Y se pusieron en camino.

Y viajaron en compañía del sabio y prudente visir, que, para distraerlos y para que Diadema lo sobrellevase todo con paciencia, les contaba historias admirables. Y también Aziz recitaba á Diadema inspirados poemas, é improvisaba versos llenos de encanto, hablando del amor y de los amantes. Como éstos, entre otros mil:

*¡Vengo á contaros mi locura, y cómo el amor ha podido hacerme niño, rejuveneciendo mi vida!*

*¡Tú á quien lloro! ¡La noche ariva en mi alma tu recuerdo! ¡La mañana brota sobre mi frente, que no ha conocido el sueño! ¡Oh! ¿Cuándo vendrá el regreso después de la ausencia?*

Al cabo de un mes de viaje llegaron á la capital de las Islas del Alcanfor y el Cristal, y al entrar en el gran zoco de los mercaderes, notó el príncipe Diadema que disminuían sus preocupaciones, animándose su corazón con alegres latidos. Hicieron alto, por consejo de Aziz, en el gran khan, y alquilieron para ellos todos los almacenes de abajo y todas las habitaciones de arriba, mientras el visir iba á buscarles una casa de la ciudad. Colocaron los fardos en los almacenes, y después de haber



descansado cuatro días, fueron á visitar á los mercaderes del gran zoco de la seda.

Y por el camino dijo el visir: «Se me ocurre una cosa para que podamos alcanzar el fin deseado.» Y el príncipe contestó: «Habla como gustes, pues los ancianos tienen inspiraciones, y sobre todo cuando poseen como tú la experiencia de los negocios.» Y el visir dijo: «Mi idea es que, en vez de dejar las mercaderías encerradas en el khan, donde los parroquianos no pueden verlas, abramos para ti, ¡oh príncipe! una gran tienda en el zoco de la sedería. Y tú, en calidad de mercader, te sentarás á la entrada de la tienda para vender y mostrar los géneros, mientras que Aziz estará en el fondo para darte todas las telas y desenrollarlas. Y de esta suerte, como eres tan hermoso, y como Aziz no lo es menos que tú, he aquí que la tienda llegará á ser inmediatamente la más concurrida del zoco.» Y Diadema contestó: «¡La idea es admirable!» Y vestido con un magnífico traje de gran mercader, entró en el zoco de la seda, seguido de Aziz, del visir y de sus servidores.

Cuando le vieron pasar los mercaderes, quedaron completamente deslumbrados por su belleza. Y todos dejaron de atender á los parroquianos en aquel momento. Los que estaban cortando telas se quedaron con las tijeras en alto. Los que compraban abandonaron sus compras. Y todos se decían á un tiempo: «¿Será que el portero Raduán, aquel que tiene las llaves de los jardines del cielo, se habrá



olvidado de cerrar las puertas, y así ha podido bajar á la tierra este joven celestial?» Y otros exclamaban al verle: «¡Ya Alah! ¡Nos envías un ángel de entre tus ángeles para que veamos cuán hermosos son!»

Llegados al centro del zoco, preguntaron dónde estaba el gran jeque de los mercaderes, y se dirigieron hacia su tienda. Y cuando entraron en ella, se levantaron en honor suyo cuantos estaban sentados allí. Y pensaban: «¡Este venerable anciano es el padre de esos dos jóvenes tan hermosos!» El visir, después de hacer sus zalemas, preguntó: «¡Oh mercaderes! ¿Cuál de vosotros es el jefe del zoco?» Y le contestaron: «Helo aquí.» El visir miró al mercader que le señalaban, y vió que era un anciano muy alto, de barba blanca y de aspecto venerable, que se apresuró á hacerles los honores de su tienda, con un cordial saludo de bienvenida, é invitándoles á sentarse en la alfombra á su lado. Y exclamó: «¡Estoy dispuesto á todos los servicios que deseéis!»

Entonces el visir dijo: «¡Oh jeque, el más amable de todos! Hace años que viajo con estos dos jóvenes por ciudades y comarcas para completar su instrucción, mostrándoles los diversos pueblos, para que aprendan á vender y comprar, sacando al mismo tiempo provecho de los diversos usos y costumbres. Y con este propósito venimos á establecernos en esta ciudad durante algún tiempo, pues deseo que mis hijos regocijen su vista con todas las cosas hermosas que contiene, y aprendan de los que



viven en ella los buenos modales y la cortesía. Te rogamos, pues, que nos alquilen una buena tienda, bien situada, para que expongamos las mercaderías de nuestro país.»

Y el jeque respondió: «Tendré mucho gusto en satisfaceros.» En seguida, volviéndose hacia los jóvenes para examinarlos mejor, sintió un pasmo sin límites sólo con aquella ojeada, pues tanto le asombró su hermosura. Porque aquel jeque adoraba hasta la locura y sin ningún reparo los bellos ojos de los jóvenes, y su predilección se encaminaba al amor de los muchachos, anteponiéndolo al de las doncellas, y prefiriendo con mucho el ácido sabor de los pequeños.

Dijo, pues, para sí: «¡Gloria y loor al que ha creado y modelado á estos dos jóvenes, formando semejante belleza de una materia sin vida!» Y se levantó, les sirvió mejor que un esclavo á sus amos, y se puso por completo á sus órdenes, apresurándose á mostrarles las tiendas disponibles, y acabando por elegir para ellos una que estaba precisamente en el centro del zoco. Aquella tienda era la más hermosa de todas, la más clara, la más amplia, la de mejor exposición, y estaba construída con mucho arte, adornándola escaparates de madera labrada y anaquelierías de marfil, ébano y cristal. La calle estaba bien regada y barrida en su alrededor, y de noche se colocaba en su puerta el guarda del zoco. Por lo tanto, el jeque, en cuanto se ajustó el precio, entregó las llaves de la tienda al visir, y le



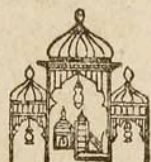
dijo: «¡Haga Alah de esta tienda en manos de tus hijos un comercio próspero y abundante, bajo los auspicios de este día bendito!»

Entonces el visir mandó colocar en la tienda las mercaderías de valor, las hermosas telas, los brocados, todos los tesoros inestimables que habían guardado los armarios del rey Soleimán. Y terminado este trabajo, se llevó á los dos jóvenes á tomar un baño al hammam, muy próximo á la puerta del zoco, y que tenía fama por su limpieza y por sus mármoles relucientes. Entrábase á él subiendo tres peldaños, donde se colocaban ordenadamente los zuecos de madera.

Y los dos amigos, terminado el baño, no quisieron aguardar al visir, pues tenían mucha prisa por ocupar su sitio en la tienda. Salieron, pues, muy alegres, y la primera persona con quien se encontraron fué el jeque del zoco, que los aguardaba, lleno de pasión, en los peldaños del hammam. Y el baño había dado mayor esplendor á la belleza de los jóvenes y más frescura á su tez, y...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.





*PERO CUANDO LLEGÓ  
LA 132.<sup>a</sup> NOCHE*

Ella dijo:

...Y el baño había dado mayor esplendor á la belleza de los jóvenes y más frescura á su tez, y el anciano los comparó, dentro de su alma, con dos cervatillos esbeltos y gentiles. Y vió cuán sonrosadas tenían ahora las mejillas, cuánto se habían oscurecido sus ojos, y cómo se habían iluminado sus semblantes. Y al contemplarlos tan tiernos como dos ramas á las que dan color sus frutos, ó cual dos lunas blancas y delicadas como la leche, pensó en estos versos del poeta:

*¡Sólo con tocar su mano me estremezco, y todos  
mis sentidos se excitan! ¿Qué me pasaría si viese su  
cuerpo, donde se unen la limpidez del agua y el oro de  
la luz?*

Corrió, pues, á su encuentro, y les dijo: «¡Oh mis hijos! ¡ojalá os haya deleitado el baño! ¡Nunca os prive de él Alah y os lo renueve eternamente!» Y el príncipe, con un ademán encantador y una voz muy afable, contestó: «¡Habríamos deseado compartir contigo ese placer!» Y ambos le atendieron respetuosamente, y por deferencia á su edad y á su ca-



tegoría, fueron delante de él, abriéndole camino y dirigiéndose hacia la tienda.

Ahora bien; como iban delante los dos jóvenes, el jeque pudo observar cuán graciosamente caminaban y cómo oscilaban sus caderas por debajo de la ropa, estremeciéndose al compás de los pasos. Entonces, no pudiendo reprimir sus arranques, le centellearon los ojos, resolló, sopló y recitó estas estrofas de complicado sentido:

*¡No es asombroso que al contemplar las formas que  
encantan á nuestro corazón las veamos estremecerse,  
aunque sean macizas!*

*¡Todas las esferas del cielo vibran al girar, y todos  
los globos se estremecen con el movimiento!*

Pero los dos jóvenes, aunque oyeron estos versos, no podían acertar su sentido ni sospechar la lujuria del jeque. ¡Al contrario! Creyeron ver en ellos una delicada alabanza hacia sus personas, y se lo agradecieron mucho, y á la fuerza quisieron llevarle con ellos al hammam, por ser aquella la mayor muestra de amistad. Y el viejo, después de oponer por pura fórmula algunos obstáculos, aceptó, echando chispas de deseo dentro de su alma, y emprendió con ellos nuevamente el camino del hammam.

Cuando hubieron entrado, los vió el visir, que se estaba secando en una de las salas, y corrió hacia el estanque, en el cual se habían parado, é invitó al jeque á entrar en el cuarto de él. Pero



el jeque dijo que no quería abusar de tanta bondad, tanto más cuanto que Diadema y Aziz le tenían sujeto cada uno por una mano, y le arrastraban hacia la sala que habían reservado para ellos. Entonces el visir no insistió más, y se volvió á su cuarto para secarse.

Diadema y Aziz, en cuanto estuvieron solos, desnudaron al venerable jeque, y ellos se desnudaron también, y empezaron por darle un enérgico masaje, mientras que el viejo les dirigía furtivas miradas. Después juró Diadema que á él le correspondería el honor de enjabonarle, y Aziz dijo que á él le correspondía echarle agua con la jarrita de cobre. Y el anciano jeque, entre ambos, se creía transportado al Paraíso.

Y no cesaron de friccionarle, enjabonarlo y echarle agua hasta que el visir volvió junto á ellos, con gran desolación del jeque. Entonces le secaron con las grandes toallas calientes y perfumadas, le vistieron y le sentaron en la tarima, donde le ofrecieron sorbetes de almizcle y agua de rosas.

Y el jeque fingía seguir con gran interés la conversación del visir, pero en realidad toda su atención y todas sus miradas no eran mas que para los dos jóvenes, que iban y venían muy solícitos por servirle. Cuando el visir le dirigió el saludo de costumbre después del baño, el jeque contestó: «¡Qué bendición ha entrado con vosotros en nuestra ciudad! ¡Qué dicha tan grande nos ha producido vuestra llegada!» Y recitó esta estrofa:



*¡Al venir ellos, han reverdecido nuestras colinas!  
¡Nuestro suelo se ha estremecido y ha dado nuevas flores!  
Y la tierra y los habitantes de la tierra han exclamado: «¡Dulce bienestar y dulce amistad para nuestros encantadores huéspedes!»*

Y los tres le dieron gracias por sus bondades. Y el jeque replicó: «¡Que Alah os asegure á todos la vida más agradable! ¡Y que preserve del mal de ojo, ¡oh mercader ilustre! á tus hermosos hijos!» El visir dijo: «¡Y que el baño sea para ti, por gracia de Alah, un aumento de fuerza y de salud! Porque ¡oh venerable jeque! ¿no es cierto que el agua es el bien verdadero de la vida en este mundo, y el hammam una morada de delicias?» El jeque contestó: «¡Sí, por Alah! ¡Y cuántos poemas admirables ha inspirado el hammam á los grandes poetas! ¿No recordáis alguno de ellos?» Y Diadema se apresuró á contestar: «Sí los recuerdo; oid éstos:

*¡Vida del hammam, es maravillosa tu dulzura! ¡Oh hammam, cuán breve es tu duración! ¿Por qué no podré pasar toda mi vida en tu seno? ¡Hammam admirable, hammam de mis sentidos!*

*¡Cuando se te tiene, haces odioso hasta al mismo Paraíso! ¡Si fueses el infierno, con qué dicha me precipitaría en él!»*

Cuando el príncipe hubo recitado este poema, exclamó Aziz: «¡Yo también sé versos acerca del



hammam!» Y el jeque dijo: «Déjanos saborearlos.» Y Aziz recitó los siguientes:

*¡Es una morada que robó sus bordados á las rocas floridas! ¡Su calor te haría creerte en una boca del infierno, si no experimentases en seguida sus delicias, y no vieras en su centro tantas lunas y soles!*

Cuando Aziz hubo acabado esta estrofa, se sentó al lado de Diadema. Entonces, el jeque, maravillado completamente, exclamó: «¡Por Alah! ¡Habéis sabido unir la elocuencia con la belleza! Dejadme ahora deciros á mi vez algunos versos exquisitos. O más bien, os los voy á cantar, pues sólo el canto puede expresar las bellezas de estos ritmos.» Y el jeque apoyó la mejilla en la mano, entornó los ojos, movió la cabeza, y cantó acompasadamente:

*¡Oh fuego del hammam, tu calor es nuestra vida!  
¡Oh fuego del hammam, devuelves la vida á nuestros cuerpos y aligeras nuestras almas, que se confortan gracias á ti!*

*¡Oh hammam! ¡oh amigo! ¡Tibieza del aire, frescura de la pila, rumor del agua, luz de lo alto, mármoles puros, salas umbrosas, olores de incienso y de cuerpos perfumados, os adoro!*

*¡Ardes con una llama que nunca se extingue, y permaneces frío en la superficie y lleno de suaves tinieblas!  
¡Eres umbrío, hammam, á pesar del fuego, como mis deseos y como mi alma! ¡Oh hammam!*



Después miró á los jóvenes, dejó que su alma vagara un instante por el jardín de su belleza, é inspirándose en ella les dedicó estas dos estrofas:

*¡Fuí á su morada, y desde la puerta me recibieron  
con afable semblante y ojos llenos de sonrisas!*

*¡Gusté todas las delicias de su hospitalidad, y sentí  
la dulzura! ¿Cómo no he de ser esclavo de sus encantos?*

Al oír estos versos y la anterior canción, quedaron maravillados del arte del jeque. Le dieron las gracias, y como ya anochecía, le acompañaron hasta la puerta del hammam, y aunque insistió mucho para que fuesen á cenar á su casa, se excusaron, y se alejaron después de despedirse, mientras el jeque permanecía inmóvil mirándolos todavía.

Llegados á la casa, comieron y se acostaron con perfecta felicidad hasta el día siguiente. Entonces se levantaron, hicieron sus abluciones, cumplieron los deberes de la oración, y en cuanto se abrió el zoco, marcharon á su tienda y la abrieron por primera vez.

Ahora bien; los servidores la habían arreglado perfectamente, demostrando su buen gusto. La habían tapizado con telas de seda, colocando en el mejor lugar dos regios tapices que bien valdrían cada uno cien dinares. Y en las anaqueleras de marfil, ébano y cristal aparecían muy bien puestas las mercaderías de valor y los tesoros inestimables.

Entonces Diadema se sentó en una de las alfom-



bras, Aziz en otra y el visir entre ambos, en el mismo centro de la tienda. Y los servidores los rodearon, dispuestos á cumplir sus órdenes.

Así es que pronto se hizo famosa aquella tienda, y los parroquianos afluyeron desde todas partes. Y todos porfiaban por recibir sus compras de manos de aquel joven llamado Diadema, cuya hermosura hacía enloquecer todas las cabezas y perder todas las razones. Y el visir, habiendo comprobado que los negocios marchaban maravillosamente, encargó de nuevo á Diadema y á Aziz una gran discreción, y volvió á su casa á descansar tranquilamente.

Y esta situación se prolongó cierto tiempo, terminado el cual, Diadema, al no ver aparecer á nadie que conociese á la princesa Donia, empezó á impacientarse y hasta á perder el sueño. Pero un día, mientras hablaba de sus penas con su amigo Aziz á la puerta de su tienda...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.





*PERO CUANDO LLEGÓ  
LA 133.<sup>a</sup> NOCHE*

Ella dijo:

...un día, mientras hablaba de sus penas con su amigo Aziz á la puerta de su tienda, acertó á pasar por el zoco una anciana, que iba envuelta muy dignamente en un gran manto de raso negro. Y no tardó en llamarle la atención la tienda maravillosa, así como la belleza del joven mercader sentado en la alfombra. Y tanta fué su emoción, que se le mojaron los calzones. Después dirigió sus miradas al joven, y pensó: «¡Ese no es un hombre, sino un ángel ó algún rey de un país de ensueño!» Entonces se acercó á la tienda y saludó al joven, que le devolvió el saludo, y Aziz la saludó también desde el fondo de la tienda. Por su parte, el príncipe se levantó, le sonrió con su más agradable sonrisa, la invitó á sentarse en la alfombra á su lado, y se puso á abanicarla hasta que hubo descansado.

Entonces la vieja dijo á Diadema: «¡Oh tú, hijo mío, que reunes todas las perfecciones y todas las gracias! ¿eres de este país?» Y Diadema, con su palabra gentil y atrayente, contestó: «¡Por Alah! ¡oh mi señora! Hasta el presente no había puesto los pies en estas comarcas, á las cuales he venido sin más objeto que distraerme visitándolas. Y para ocu-



par parte del tiempo, vendo y compro.» La vieja dijo: «¡Bien venido sea el gracioso huésped de nuestra ciudad! ¿Y qué mercaderías de los países lejanos traes contigo? ¡Enséñame lo más hermoso, porque lo bello trae belleza!» Diadema sonrió para darle las gracias, y dijo: «Sólo tengo cosas que pueden servirte y agradarte, pues son dignas de princesas y de personas como tú.» Y la vieja dijo: «Precisamente desearia comprar una buena tela para la princesa Donia, hija de nuestro rey Schahramán.»

Al oír el nombre de aquella á quien tanto amaba, ya no pudo vencer su emoción Diadema, y gritó: «¡Aziz, tráeme lo más bello y lo más rico que haya entre nuestras mercaderías!» Y Aziz abrió un armario en el cual sólo había un paquete, ¡pero qué paquete! La envoltura exterior era de terciopelo de Damasco, con flecos de borlas de oro y bordados de colores representando flores y pájaros, con un elefante borracho que bailaba en medio. Y de aquel paquete salía un perfume que exaltaba el alma. Aziz se lo entregó á Diadema, que lo desató y sacó de él la única tela que encerraba, hecha para un vestido de alguna huri ó de alguna princesa maravillosa. Enumerar las pedrerías con que la habían enriquecido, y los bordados bajo los cuales desaparecía la trama, sólo podrían hacerlo los poetas inspirados por Alah. Lo menos que podría valer, sin la envoltura, serían cien mil dinares de oro.

Y el príncipe desenrolló lentamente la tela, ante



el asombro de la vieja, que no sabía qué mirar preferentemente, si la magnificencia de aquel tejido ó la cara adorable y los negros ojos del joven. Y he aquí que, al mirar los juveniles encantos del mercader, notaba que su vieja carne trepidaba y que sus muslos se juntaban febriles, sintiendo gran deseo de rascarse lo que le picaba.

Y en cuanto pudo hablar, dijo á Diadema, mirándole con ojos humedecidos por la pasión: «La tela me conviene. ¿Cuánto he de darte por ella?» Y él, inclinándose, contestó: «Estoy pagado de sobra con la dicha de haberte conocido.» Entonces la vieja exclamó: «¡Oh joven adorable! ¡Dichosa la mujer que pueda tenderse en tu regazo y enlazar con sus brazos tu cintura! Pero ¿en dónde están las mujeres que tú te mereces? ¡Por mi parte, no conozco mas que una! Dime, joven cervatillo, ¿cuál es tu nombre?» Y él contestó: «Me llamo Diadema.» Entonces la vieja dijo: «¡Pero si ese nombre sólo se da á los hijos de los reyes! ¿Cómo es posible que un mercader se llame Corona de los Reyes?»

Entonces, Aziz, que no había hablado ni una sola palabra, se apresuró á intervenir para sacar á su amigo del apuro. Y explicó á la vieja: «Es hijo único, y sus padres lo quieren tanto, que le han dado un nombre como se les da á los hijos de reyes.» Ella dijo: «¡Verdaderamente, si la Belleza hubiera de elegir un rey, escogería á Diadema! Y sabe, ¡oh Diadema! que desde este instante esta vieja es tu esclava. ¡Y Alah es fiador de mi devo-



ción hacia tu persona! Pronto sabrás lo que voy á hacer por ti. ¡Que Alah te proteja y te guarde de la mala suerte y de los ojos malditos!» Después cogió el precioso paquete y se fué.

Y llegó muy conmovida á casa de la princesa Donia, á la que había amamantado y á la cual servía de madre. Y al entrar llevaba el envoltorio debajo del brazo, muy solemnemente. Entonces Donia le preguntó: «¡Oh mi nodriza! ¿qué otra cosa me traes? ¡Enséñamela!» La vieja dijo: «¡Oh mi amada Donia! ¡Toma y admírate!» Y desenrolló rápidamente la tela. Entonces, Donia, brillándole los ojos de alegría, exclamó: «¡Oh mi buena Dudú! ¡oh qué vestido tan admirable! ¡Esta tela no es de nuestro país!» Y la vieja dijo: «¡En verdad, es muy hermosa! ¿Pero qué dirías si vieras al joven mercader que me la ha dado para ti? ¡Cuánta es su hermosura! ¡El portero Raduán se olvidó de cerrar las puertas del Edén para dejarle salir á fin de que alegre el hígado de las criaturas! ¡Oh mi señora! ¡Cuánto desearía ver á ese joven radiante dormirse en tus pechos y...!» Pero Donia exclamó: «¡Basta! ¿Cómo te atreves á hablarme de un hombre? ¿Qué humareda oscurece tu razón? ¡Cállate, por Alah! Y dame ese vestido para examinarlo de cerca.» Y cogiendo la tela, se puso á acariciarla y á plegarla sobre su cintura. Y entonces la nodriza le dijo: «¡Oh mi señora! ¡cuán hermosa estás así! ¡Pero cuán preferible es una bella pareja á la unidad! ¡Oh gentil Diadema!» Y la princesa exclamó: «¡Endemoniada



Dudú! ¡Pérfida Dudú! ¡No me hables más de eso! Pero marcha en busca de ese mercader, y dile que si desea algo que lo pida, que mi padre se lo satisfará.» La vieja se echó á reir entonces, y dijo guiñando un ojo: «¡Un deseo! ¡Por Alah! ¿Quién no desea algo?» Y se levantó á toda prisa, y corrió á la tienda del príncipe.

Al verla llegar, sintió el príncipe que su corazón estallaba de alegría, y le cogió la mano, la hizo sentar junto á él, y le sirvió sorbetes y dulces. Entonces la vieja le dijo: «¡Vengo á anunciarte una buena nueva! Mi señora la princesa Donia te saluda y te dice: «Has honrado la ciudad con tu venida y la has iluminado. Y si tienes algún deseo que manifestar, exprésalo.»

Al oir estas palabras, sintió el príncipe que su corazón volaba de alegría, y se dilató su pecho, y pensó para su alma: «El asunto va muy bien.» Y dijo á la vieja: «Sólo tengo un anhelo: ¡que hagas llegar á manos de la princesa Donia una carta que voy á escribirle, y que me traigas la contestación!» Y ella dijo: «¡Escucho y obedezco!» Entonces Diadema dijo á su amigo Aziz: «¡Tráeme la escribanía de cobre, el papel y el cálamo!» Y habiéndoselo llevado Aziz, escribió estos versos:

*«¡Este papel te lleva ¡oh altísima! las mil cosas, las cosas diversas que he hallado en un corazón enfermo por el mal de aguardar!*

*»En el primer renglón van las señales del fuego que*



*me quema interiormente; en el segundo, todo mi deseo y todo mi amor;*

*»En el tercer renglón, mi vida y mi paciencia; en el cuarto, mi ardor entero; en el quinto, el extremado anhelo de mis ojos, su ansia de tu alegría;*

*»¡Y en el sexto renglón, la petición de una cita!»*

Después, en la parte de abajo, puso á manera de firma lo siguiente:

*«Esta carta en versos á tu belleza es de mano del esclavo de sus grandes deseos, del prisionero en la cárcel de su dolor, del enfermo por sus tormentos, del postulante de tus miradas,*

*»EL MERCADER DIADEMA»*

Releyó la carta, le echó arenilla, la dobló, la cerró y se la entregó á la vieja, deslizándole en la mano un bolsillo con mil dinares como pago á sus buenos servicios. Y la vieja, deseándole un buen éxito, volvió en seguida junto á su señora. Y la princesa le preguntó: «¡Oh mi buena Dudú! Cuéntame qué desea ese mercader, para pedirle á mi padre que lo satisfaga.» Y la vieja dijo: «¡Oh señora! No sé ciertamente lo que pide, pues he aquí una carta cuyo contenido ignoro.» Y le entregó la carta.

Cuando la princesa la hubo leído, exclamó: «¡Cuán desvergonzado es ese mercader! ¿Cómo se atreve el audaz á levantar los ojos hasta mí?» Y rabiosa, se golpeó la cara, y dijo: «¡Debería mandar



que lo ahorcasen á la puerta de su tienda!» Y la vieja, ingenuamente, preguntó: «¿Qué contiene de espantoso esa carta? ¿Es que reclama algún precio exorbitante por su tela?» Y la princesa dijo: «No trata para nada de eso, sino únicamente de amor.» Y la vieja hizo como que se asombraba, exclamando: «¡Deberías contestar á su insolencia, amenazándole para que no persista!» La princesa dijo: «¡Tengo miedo de que eso contribuya á alentarle!» Y la vieja repuso: «¡Lo que hará es que recobre la razón!» Entonces ordenó la princesa: «Dame mi escribanía y mi pluma.» Y escribió estos versos:

*«¡Ciego de tus ilusiones, solicitas llegar al astro,  
como si algún mortal hubiera podido alcanzar el astro  
de la noche!*

*»¡Para abrirte los ojos, juro por la verdad de Aquel  
que te formó de un gusano de la tierra, y que creó desde  
el infinito la virginidad de los astros inmaculados,*

*»Que si te atreves á repetir tu desvergüenza, te cru-  
cificarán en un tablón cortado del tronco de algún árbol  
maldito! ¡Y servirás de ejemplo á los insolentes!»*

Después de haber cerrado la carta, se la entregó á la vieja. Y la vieja corrió á llevársela al príncipe, que ardía de impaciencia. El príncipe se apresuró á abrir la carta, y en cuanto la hubo leído, se sintió morir de pesar, y dijo amargamente á la vieja: «Me amenaza con la muerte, pero nada me importa la vida cuando es tan penosa. ¡Y aun arriesgándome



á morir, quiero escribirle!» Y la vieja exclamó: «¡Por tu vida, que es para mí tan preciada! ¡Sabe que quiero ayudarte con todo mi poder y compartir contigo los peligros! ¡Escribe, pues, tu carta, y dámela!» Entonces Diadema gritó á Aziz: «¡Da á nuestra buena madre mil dinares! ¡Y confiemos en Alah Todopoderoso!» Y escribió en un papel las siguientes estrofas:

*«¡He aquí que por anhelar la noche me amenaza  
Ella con el luto y la muerte, ignorando que la muerte  
es el reposo y que las cosas no suceden mas que al señalarlo el Destino!*

*»¡Por Alah! ¡Su mano piadosa debería dirigirse hacia aquellos que consagran su amor á las muy altas y muy puras, á las que no se atreven á mirar los ojos de los humanos!*

*»¡Oh mis deseos! ¡mis vanos deseos! ¡No deseéis más, y dejad que mi alma se sepulte en la pasión sin esperanza!*

*»¡Pero tú, mujer de duro corazón, no creas que ha de dominarme la tiranía! ¡Antes que sufrir una vida sin objeto y toda doliente, dejaré que mi alma vuele con mis esperanzas!»*

Y con lágrimas en los ojos, entregó la carta á la vieja, diciéndole: «¡Te molestó inútilmente! ¡ay de mí! ¡Comprendo de sobra que sólo me resta morir!» Y la vieja dijo: «Abandona esos tristes presentimientos y contéplate, ¡oh hermoso joven! ¿No



eres el mismo sol? ¿Y no es ella la luna? ¿Cómo dudas que yo, que me he pasado toda la vida en intrigas de amor, no sepa unir vuestras hermosuras? ¡Tranquiliza tu alma y calma las zozobras que te desconsuelan! ¡Pronto te traeré buenas noticias!» Y dichas estas palabras, se alejó...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ  
LA 134.<sup>a</sup> NOCHE*

Ella dijo:

...Y dichas estas palabras, se alejó; y después de haber escondido la carta entre sus cabellos, fué á buscar á su ama. Entró en su aposento, le besó la mano, y se sentó sin decir palabra. Pero pasados unos instantes, dijo: «¡Hija mía muy amada! Se me ha enredado el pelo, y ya no tengo fuerzas para trenzarlo. Te ruego que mandes á una de tus esclavas que venga á peinarme.» Pero la princesa exclamó: «¡Oh mi buena Dudú! Yo misma te peinaré, ya que lo has hecho tantas veces conmigo.» Y la princesa deshizo las blancas trenzas de su nodriza y se dispuso á peinarlas. Pero entonces cayó la carta sobre la alfombra.

Y la princesa, sorprendida, se apresuró á co-ger-



la, pero la vieja exclamó: «¡Oh hija mía! Dame ese papel. ¡Ha debido enredárseme entre el pelo en casa de ese mercader maldito! ¡Voy á devolvérselo inmediatamente!» La princesa no le hizo caso y se puso á leer su contenido. Después, frunciendo el ceño, exclamó: «¡Ah malvada Dudú! Este es uno de tus ardides. Pero ¿quién habrá enviado á ese desvergonzado mercader? ¿De qué tierra se atreverá á venir hasta mí? ¿Cómo podría mirar á ese hombre que no es de mi raza ni de mi sangre? ¡Ah, Dudú! ¿No te había dicho que ese insolente cobraría más alientos con mi carta?» Y la vieja dijo: «¡Es verdaderamente el Cheitán! ¡Su audacia es una audacia del infierno! Pero ¡oh hija y señora mía! Escríbele por última vez, y salgo fiadora de que ha de someterse á tu voluntad. ¡Y si no, que sea sacrificado, y yo con él!» Entonces la princesa Donia cogió la pluma, y rítmicamente escribió estas palabras:

*«¡Insensato que duermes confiadamente, cuando la desventura y el peligro se ciernen en el aire que respiras!*

*»¿Ignoras que hay ríos cuya corriente no se puede remontar y que hay soledades que nunca pisará ningún pie humano?*

*»¿Piensas tocar las estrellas de lo infinito, cuando todos los hombres unidos no podrían llegar á los primeros astros de la noche?*

*»¿Te atreverás aún en tus sueños á acariciar entre tus brazos la cintura de las huries?*



*»¡No te forjes ilusiones, ¡oh ingenuo! ¡Cree y obedece á tu reina! ¡O si no, los cuervos del negro espanto graznarán la muerte sobre tu cabeza, y batiendo sus alas, más oscuras que la noche, girarán en torno de tu tumba!»*

Después de doblar y sellar el papel, se lo entregó á la vieja, que á la mañana siguiente se apresuró á entregárselo al príncipe.

Y al leer aquellas palabras tan duras, Diadema comprendió que la esperanza moría en su corazón, y volviéndose hacia Aziz, le dijo: «¡Oh hermano Aziz! ¿qué haremos ahora? ¡Me falta inspiración para escribirle una respuesta decisiva!» Y Aziz dijo: «¡Voy á tratar de hacerlo en tu lugar y en tu nombre!» Y cogió un papel, y dispuso en él estas estrofas:

*«¡Señor Dios! ¡por los Cinco Justos, socórreme en este exceso de mis pesares, y alivia mi corazón ensombrecido por las zozobras!*

*»¡Conoces el secreto cuya llama me abrasa; conoces también la tiranía de la joven cruel que me niega su misericordia!*

*»¡Inclino la cabeza y cierro los ojos pensando en la adversidad en que estoy sumido, sin esperanza alguna de redención!*

*»¡Mi paciencia y mis energías se han acabado ya! ¡Las ha consumido el desencanto de un amor que me rechaza!*



*»¡Oh implacable, la de la cabellera como la noche!  
¡Cuán segura estás contra los golpes del Destino y contra los caprichos de la suerte, cuando así te gozas en torturar al desdichado que te llama!*

*»¡Contempla á un desdichado que por tu belleza acaba de abandonar á su padre, su casa, su patria y los ojos de las favoritas!»*

Y Aziz tendió á Diadema el papel en que acababa de trazar esta composición rimada. Y habiéndolos recitado para apreciar la tonalidad de los versos, se declaró satisfechísimo, y dijo á Aziz: «Es excelente tu carta, ¡oh hermano mío!» Y la entregó á la anciana, que corrió á llevarla á la princesa.

Apenas la hubo leído, la princesa sintió estallar su ira, y exclamó: «¡Maldita Dudú de todas las calamidades! ¡tú eres la única causante de estas humillaciones! ¡Sal pronto de aquí, si no quieres que te destrocen á latigazos mis esclavas! ¡Márchate, ó te rompo los huesos con mis talones!» Y la vieja salió corriendo, al ver que Donia se disponía efectivamente á llamar á las esclavas. Y se apresuró á ir en busca de los dos amigos, para contarles lo que había pasado.

Diadema se afectó entonces mucho, y dijo á la vieja, acariciándole la barbilla: «¡Oh buena madre! ¡Ahora se aumentan mis amarguras al ver lo que te ocurre por mi causa!» Pero ella respondió: «Tranquilízate, ¡oh hijo mío! No desconfío ni mucho me-



nos de la victoria. Porque nunca se dirá que una vez en mi vida no he podido unir á los enamorados. ¡Y esta dificultad anima mi astucia para hacerte lograr tus deseos!» Entonces Diadema preguntó: «Pero ¿cuál es la causa que impulsa á la princesa á sentir ese horror hacia todos los hombres?» Y contestó la vieja: «Es un sueño que tuvo.» Diadema exclamó: «¿Un sueño? ¿Nada más que eso?» Y prosiguió la vieja: «Sencillamente eso, y hételo aquí:

»Una noche, durmiendo la princesa Donia, vió en sueños á un pajarero que tendía las redes en el campo, y que después de haber echado granos de trigo alrededor, se quedaba en acecho esperando su suerte.

»Y en seguida, de todos los puntos del bosque acudieron las aves y se precipitaron sobre las redes. Entre aquellas aves que picoteaban los granos de trigo había dos palomos, macho y hembra. Y el macho, mientras picoteaba, hacía la rueda alrededor de su hembra, sin advertir los lazos que le acechaban. Y en uno de sus movimientos, se le enredó una pata entre las mallas, que se apretaron y le hicieron prisionero. Y las aves, asustadas de sus aleteazos, volaron ruidosamente.

»Entonces, la hembra, abandonándolo todo, no tuvo otra preocupación que la de libertarle. Y tanto trabajó y tan bien, que desgarró la red con el pico y acabó por libertar al palomo, antes que el pajarero tuviera tiempo para atraparlo. Y ella se remontó



con él y volaron juntos, para volver luego á picotear los granos extendidos en torno de los lazos.

»El macho empezó nuevamente á dar vueltas alrededor de la hembra, que al retroceder para evitar sus incansables escarceos, se aproximó inadvertidamente á las mallas, en las cuales quedó presa á su vez. Y el macho, lejos de preocuparse por la suerte de su compañera, voló veloz con las demás aves, dejando que el pajarero se apoderase de la cautiva y la degollara.

»Este sueño sobrecogió de tal modo á la princesa, que se despertó llorando á mares, y me llamó para referirme, toda temblorosa, su amarga visión. Y me dijo: «Todos los machos se parecen, ¡oh mi Dudú! y los hombres deben ser peores que los animales; por lo cual nada bueno puede esperar de su egoísmo la mujer. ¡Por eso juro ante Alah que evitaré con toda mi alma el horror de que se me acerquen!»

Entonces el príncipe Diadema dijo: «Pero ¡oh buena madre! ¿no le advertiste que todos los hombres no son como aquel palomo infame, y que tampoco son todas las mujeres como su fiel y desventurada compañera?» La vieja contestó: «Nada de eso ha podido convencerla después. Vive solitaria, adorando únicamente su hermosura.» Y el príncipe dijo: «¡Oh mi buena madre! Te ruego de todos modos que me la dejes ver, aunque me exponga á morir. Verla aunque sólo sea una vez, y que penetre en



mi alma una sola de sus miradas. ¡Oh buena señora! Haz eso por mí, discurriendo el medio que te dicte tu fértil sabiduría.»

Y la vieja dijo: «Sabe, ¡oh luz de mis ojos! que junto al palacio en que vive la princesa Donia hay un jardín, reservado únicamente para ella. Va allí una vez al mes, acompañada de sus esclavas, y entra por una puerta secreta para evitar las miradas de los transeuntes. Precisamente dentro de una semana bajará al jardín, y entonces vendré á servirte de guía y á ponerte en presencia del ser amado. Creo que, á pesar de todas sus prevenciones, sólo con que te vea la vencerá tu hermosura. Porque el amor es un don de Alah, y viene cuando á Él le place.»

Entonces Diadema respiró más á gusto, y dió gracias á la vieja, y la invitó, puesto que ya no podía presentarse á su señora, á aceptar la hospitalidad de su casa. Y en seguida cerró la tienda, y marcharon los tres hacia la morada del príncipe.

Y por el camino, Diadema se volvió hacia Aziz y le dijo: «¡Oh hermano Aziz! Como no tendré tiempo de ir á la tienda, tè la cedo completamente. ¡Y harás de ella lo que te parezca mejor!» Y contestó Aziz: «¡Escucho y obedezco!»

Y llegaron á la casa, y refirieron al visir toda la historia, como también lo del sueño de la princesa y lo del jardín en que debían encontrarse. Y le pidieron su parecer sobre el asunto.

Entonces el visir reflexionó un buen rato, y des-



pués levantó la cabeza y dijo: «¡Ya he encontrado la solución! ¡Vamos ahora al jardín para examinar bien el terreno!» Y dejó á la vieja en la casa, y se dirigió acompañado de Diadema y Aziz al jardín de la princesa. Cuando llegaron á él vieron sentado á la puerta al viejo guarda, á quien saludaron. El guarda les devolvió el saludo, y entonces el visir empezó por deslizar cien dinares en la mano del viejo, y le dijo: «¡Oh mi buen jeque! Desearíamos refrescarnos el alma en ese hermoso jardín y tomar un bocado entre las flores y los arroyos. Somos forasteros que buscamos para nuestro regocijo los sitios agradables.» Entonces el jeque contestó: «Entrad, pues, huéspedes míos, y acomodaos mientras voy á comprar lo necesario para comer.» Y los hizo penetrar en el jardín, y marchó al zoco, no tardando en volver con un carnero asado y pasteles. Y se sentaron en corro á la orilla de un riachuelo y comieron á satisfacción. Entonces el visir dijo al guarda: «¡Oh jeque! Ese palacio que se ve desde aquí se halla en muy mal estado. ¿Por qué no lo mandan arreglar?» Y el guarda exclamó: «¡Por Alah! Es el palacio de la princesa Donia, que lo dejaría caerse á pedazos antes que ocuparse de él. Vive demasiado retirada para atender á tales cosas.» Y el visir dijo: «¡Qué lástima, mi buen jeque! Siquiera el piso bajo deberían arreglarlo un poco, pues es lo que se ve más. Si quieres, yo pagaré todos los gastos.» Y el guarda dijo: «¡Que Alah te oiga!» Y contestó el visir: «Toma entonces estos



cien dinares por tu trabajo, y ve á buscar albañiles y un pintor que sepa bien el manejo de los colores.»

Y el guarda se apresuró á ir en busca de los albañiles y del pintor, á quienes el visir dió las instrucciones necesarias. Y cuando el salón del piso bajo estuvo bien reparado y bien blanqueado, el pintor se puso á trabajar, siguiendo las órdenes del visir. Y pintó una selva con unas redes en las cuales estaba presa una paloma que daba aletazos. Y cuando acabó, le dijo el visir: «Pinta ahora en el otro lado la misma cosa, pero figurando un palomo que va á libertar á su compañera, y que entonces es cogido por el pajarero y muere, víctima de su abnegación.» Y el pintor ejecutó fielmente el dibujo, y después se fué, generosamente retribuido. Entonces el visir, los dos jóvenes y el guarda se sentaron un momento para juzgar bien el efecto y la perspectiva. Y el príncipe Diadema seguía muy triste, y miraba todo aquello muy pensativo. Y después dijo á Aziz: «¡Oh hermano mío! Dime algunos versos que aparten las torturas que me matan.» Y Aziz dijo:

*Ibn-Sina, en sus escritos sobre medicina, indica lo siguiente como remedio supremo:*

*«¡El mal de amores no tiene otro remedio que el canto melodioso y la copa bien servida en los jardines!»*

*¡He seguido las prescripciones de Ibn-Sina, y no he obtenido resultado, ¡ay de mí! ¡Entonces corrí á otros*



*amores, y vi que el Destino me sonreía y me otorgaba la curación!*

*¡Te equivocaste, pues, Ibn-Sina! ¡La única medicina del amor es otro amor!*

Entonces Diadema dijo: «Puede que el poeta tenga razón. Pero ¡cuán difícil es ese remedio cuando se ha perdido la voluntad!» Y después de esto se levantaron, saludaron al viejo guarda, y volvieron á la casa, donde se reunieron con la anciana nodriza.

Como había transcurido la semana, la princesa quiso, según costumbre, dar su paseo por el jardín, y comprendió entonces la falta que le hacía su anciana nodriza. Y desolada por esto, recapacitó y se dió cuenta de que había obrado muy mal con aquella que le había servido de madre. En seguida envió un esclavo al zoco, y otro esclavo á todas las casas donde pudiera estar Dudú. Y precisamente la nodriza, que acababa de repetir á Diadema las recomendaciones necesarias para el encuentro en el jardín, se dirigía sola hacia palacio. Entonces la vió uno de los esclavos, y se le acercó para rogarle respetuosamente, en nombre de su ama, que fuese á reconciliarse con ella. Verificada la reconciliación, después de algunas dificultades de pura fórmula, la princesa la besó en las mejillas, y Dudú le besó las manos, y seguidas de las esclavas, franquearon la puerta secreta y entraron en el jardín.

Por su parte, el príncipe se atuvo por completo á las instrucciones de su protectora. Entonces el



visir y Aziz le vistieron un traje magnífico, que seguramente valdria cinco mil dinares, le abrocharon un cinturón de oro afiligranado, incrustado de pedrería, con una hebilla de esmeraldas, y le pusieron un turbante de seda blanca con finos dibujos de oro y un airón de brillantes. Después invocaron sobre él las bendiciones de Alah, y habiéndole acompañado hasta el jardín, se volvieron para dejarle penetrar solo.

El príncipe, al llegar á la puerta, encontró sentado al viejo guarda, que al verle se levantó en honor suyo, y le devolvió su zalema con respeto y cordialidad. Y como ignoraba que la princesa Donia hubiese entrado en el jardín por la puerta secreta, dijo á Diadema: «¡El jardín es tu jardín y yo soy tu esclavo!» Y abrió la puerta en seguida, rogándole que la franqueara. La cerró después, y volvió á sentarse en el lugar acostumbrado, alabando á Alah, que se miraba en tales criaturas.

Y Diadema hizo cuanto la vieja le había indicado, ocultándose en un bosquecillo por donde tenía que pasar la princesa. Esto en cuanto á él.

Pero en cuanto á la princesa Donia, he aquí lo que pasó. La vieja, mientras se paseaban, le dijo: «¡Oh señora mía! Tengo que decirte algo que contribuirá á hacerte más deliciosa la contemplación de estos hermosos árboles, estas frutas y estas flores.» Y Donia dijo: «Estoy dispuesta á escucharte, mi buena Dudú.» Y la anciana dijo: «Deberías mandar que se retirasen todas estas esclavas, para que te



dejen gozar libremente de esta encantadora frescura. Son realmente una molestia para ti.» Donia dijo: «Tienes razón, nodriza.» Y despidió con una seña á sus esclavas. Y así sola con su nodriza, avanzó la princesa Donia hacia el bosquecillo en que estaba oculto el príncipe Diadema.

Y el príncipe, al verla, quedó tan sobrecogido de su hermosura, que se desmayó en el acto. Y Donia prosiguió su camino, y llegó á la sala en que había mandado pintar el visir la escena del pajarrero. A petición de Dudú penetró en ella por primera vez en su vida, pues antes jamás había tenido la curiosidad de visitar aquel local, reservado á la servidumbre de palacio.

Al ver aquella pintura, la princesa Donia llegó al límite de la perplejidad, y dijo: «¡Mira, mi buena Dudú! ¡Es mi sueño de tiempo atrás, pero todo al revés! ¡Qué conmovida está mi alma!» Y apretándose el corazón, se sentó en la alfombra, y dijo: «¡Oh Dudú! ¿me habré engañado? ¿El maldito Eblis se habrá reído de mi credulidad en los sueños? Y la nodriza dijo: «¡Pobre hija mía! Mi experiencia ya te había avisado de tu error. Pero vámonos á pasear, ahora que descende el sol y la frescura es más suave.» Y salieron al jardín.

Y ya Diadema, vuelto en sí, se había puesto á pasear lentamente, según le había encargado Dudú, como si sólo atendiese á la belleza del paisaje.

Y al desembocar en una alameda, la princesa le vió, y entonces dijo: «¡Oh nodriza! ¡Mira qué her-



moso es ese joven, y qué alto, y qué gallardo! ¿Lo conoces por casualidad?» Y la vieja repuso: «No lo conozco, pero á juzgar por su apostura debe de ser el hijo de algún rey. ¡Ah, mi señora! ¡cuán maravilloso es, en efecto!» Y Sett-Donia repuso: «¡Es extremadamente hermoso!» Y la vieja asintió: «¡Extremadamente! ¡Cuán dichosa será su amada!» Y á hurtadillas hizo señas al príncipe para que saliera del jardín y regresara á su casa. Y el príncipe así lo hizo, mientras que la princesa le seguía con la mirada, y decía á su nodriza: «¿Adviertes, ¡oh Dudú! el cambio que se ha verificado en mí? ¿Es posible que yo pueda sufrir tal turbación al ver á un hombre? ¡Comprendo que estoy enamorada, y que ahora me toca á mí solicitar el favor de tu ayuda!» Y la vieja dijo: «¡Confunda Alah al Tentador maldito! ¡Hete aquí, ¡oh señora! cogida en sus redes! ¡Pero realmente es muy hermoso el varón que va á libertarte de ellas!» Y Donia dijo: «¡Oh Dudú mi buena Dudú! No tienes más remedio que traerme á ese hermoso joven. ¡No lo quiero recibir mas que de tus manos, mi querida nodriza! ¡Por favor, ve á buscarle! Y he aquí para ti mil dinares y un vestido de mil dinares. ¡Y si te niegas, me moriré!» La vieja contestó: «Vuelve entonces á palacio y déjame obrar á mi gusto, y te prometo que realizaré esa unión tan admirable.»

E inmediatamente dejó á la princesa y salió en busca del príncipe, que la recibió lleno de alegría y empezó por darle mil dinares de oro. Y la vieja



le dijo: «Ha pasado *tal y cual* cosa.» Y le contó la emoción sufrida por Donia y todo su diálogo. Y Diadema dijo: «Pero ¿cuándo nos uniremos?» Y la vieja respondió: «¡Mañana sin falta!» Entonces Diadema le dió otro vestido y regalos por valor de mil dinares de oro, que ella aceptó, diciéndole: «Yo misma vendré mañana á buscarte á la hora propicia »

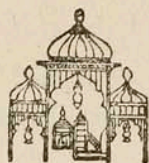
Y fué corriendo en busca de la princesa Donia, que la aguardaba muy impaciente, y le preguntó: «¿Qué noticias me traes, ¡oh Dudú?» Ella dijo: «He logrado encontrar su rastro y hablarle. Mañana te lo traeré de la mano.» Entonces la princesa llegó al colmo de la felicidad, y dió á su nodriza mil dinares de oro y regalos por valor de otros mil dinares. Y aquella noche durmieron los tres con el alma llena de alegría y de dulces esperanzas.

Y apenas llegó la mañana, la vieja fué á casa del príncipe, que la estaba esperando. Desató un paquete que había traído, sacó de él unas ropas de mujer, y vistió con ellas al príncipe, acabando por envolverle con el gran izar, cubriéndole la cara con un velillo tupido. Entonces dijo: «Ahora imita los movimientos de las mujeres, al andar balancea las caderas á derecha é izquierda, y camina á pasos cortos, como las jóvenes. Y sobre todo, déjame responder á mí sola todas las preguntas de la gente, y que bajo ningún pretexto se oiga tu voz, ¡oh mercader!» Diadema contestó entonces: «¡Escucho y obedezco!»



Salieron los dos, y echaron á andar hasta la puerta del palacio, cuyo guarda era precisamente el jefe de los eunucos en persona. Y al ver á aquella desconocida, el jefe de los eunucos preguntó á la vieja: «¿Quién es esta joven que nunca he visto? Haz que se acerque, para que la pueda examinar, pues las órdenes son terminantes. La he de palpar en todos sentidos, y la he de desnudar, si es preciso, porque están bajo mi responsabilidad estas esclavas nuevas. Y como á ésta no la conozco, déjame que la palpe con mis manos y que la mire con mis ojos.» Pero la vieja se escandalizó, y dijo: «¿Qué dices, ¡oh jefe de los eunucos!? ¿No sabes...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y discreta según costumbre, no prolongó más su relato aquel día.



*PERO CUANDO LLEGÓ  
LA 135.<sup>a</sup> NOCHE*

Ella dijo:

«¿Qué dices, ¡oh jefe de los eunucos!? ¿No sabes que esta esclava ha sido llamada por la princesa para utilizar su arte de bordadora? ¿No sabes que es una de las bordadoras de esos admirables dibujos de la princesa?» Pero el eunuco refunfuñó: «¡No hay bordados que valgan! ¡He de palpar á la recién



venida, y examinarla por todos lados, por delante, por detrás, por arriba y por abajo!»

Al oír estas palabras, la vieja desató su furor, se plantó delante del eunuco, y dijo: «¡Y yo que te había tenido siempre por modelo de cortesía y de buenos modales! ¿Qué te ha dado de repente? ¿Quieres que te expulsen del palacio?» Y volviéndose hacia Diadema, le gritó: «¡Hija mía, perdona á este jefe! ¡Son bromas tuyas! ¡Pasa, pues, sin temor!» Entonces Diadema franqueó la puerta moviendo las caderas y dirigiendo una sonrisa por debajo del velillo al jefe de los eunucos, que quedó asombrado ante la belleza que dejaba entrever la leve gasa. Y guiado por la vieja, atravesó un corredor, después una galería, inmediatamente otros corredores y otras galerías, y así hasta llegar á una sala que daba á un gran patio y que tenía seis puertas, cuyos amplios cortinajes estaban echados. Y la vieja dijo: «Cuenta esas puertas una tras otra, y entra por la séptima. ¡Y encontrarás, ¡oh joven mercader! lo que es superior á todas las riquezas de la tierra: la flor virgen, la carne juvenil, la dulzura que se llama Sett-Donia!»

Entonces el príncipe contó las puertas una tras otra, y entró por la séptima. Y al dejar caer de nuevo la cortina, se levantó el velillo que le tapaba la cara. La princesa, en aquel momento, estaba durmiendo sobre un magnífico diván. Y su único vestido era la transparencia de su piel de jazmín. De toda ella se desprendía como un impaciente lla-



mamiento á las caricias desconocidas. Entonces el príncipe se desembarazó rápidamente de las ropas que le estorbaban, y brincó hacia el diván, cogiendo en brazos á la princesa dormida. Y el grito de espanto de la joven, despertada de improviso, quedó ahogado por unos labios que la devoraban. Así se verificó el primer encuentro del hermoso príncipe Diadema y la princesa Donia, en medio de los muslos que se entrelazaban y de las piernas trepidantes. Y aquello duró del mismo modo durante todo un mes, sin que uno ni otro interrumpieran el estallido de los besos, ni el gorjeo de las risas, que bendecía el Ordenador de todas las cosas bellas. Esto en cuanto á ellos.

Pero respecto al visir y á Aziz, he aquí que estuvieron aguardando hasta la noche el regreso de Diadema. Y cuando vieron que no llegaba, empezaron á alarmarse seriamente. Y cuando apareció la mañana, sin que hubiesen tenido noticias del imprudente príncipe, ya no dudaron de su pérdida y quedaron completamente desconcertados. Y en su dolor y perplejidad, no supieron qué hacer. Y Aziz dijo, con voz ahogada: «¡Las puertas del palacio ya no volverán á abrirse para nuestro amo! ¿Qué haremos ahora?» El visir dijo: «¡Aguardar aquí, sin movernos!» Y así permanecieron durante todo el mes, sin comer ni dormir, lamentando aquella desgracia irremediable. Y como al cabo de un mes seguían sin saber nada del príncipe, el visir dijo: «¡Oh hijo mío! ¡qué situación tan difícil! Creo



que lo mejor es volver á nuestra tierra y enterar al rey de esta desgracia, porque si no, nos echaría en cara el haber dejado de avisarle.» Hicieron, pues, los preparativos del viaje, y partieron para la Ciudad Verde, que era la capital del rey Soleimán-Schah.

Y apenas hubieron llegado, se apresuraron á enterar al rey, relatándole toda la historia y el fin desdichado de la aventura. Y al terminar rompieron en sollozos.

Al oír aquella noticia tan terrible, el rey Soleimán creyó que el mundo entero se desplomaba sobre él, y cayó sin conocimiento. Pero ¿de qué servían ya las lágrimas? Así es que el rey, repimiendo aquel dolor que le roía el hígado y le ennegrecía el alma y toda la tierra ante su vista, juró que iba á vengar la pérdida de su hijo con una venganza sin precedentes. Y en seguida dispuso que los pregoneros llamaran á todos los hombres capaces de esgrimir la lanza y la espada, y á todo el ejército con sus jefes. Y mandó sacar todos los ingenios de guerra, las tiendas de campaña y los elefantes, y seguido de todo su pueblo, que lo quería extraordinariamente por su justicia y su generosidad, se puso en camino hacia las Islas del Alcanfor y el Cristal.

Mientras tanto, en el palacio iluminado por la dicha, los dos amantes se adoraban cada vez más, y sólo se levantaban de las alfombras para beber y cantar juntos. Esto duró por espacio de seis me



ses. Pero un día en que el amor le arrebató hasta el último límite, Diadema dijo: «¡Oh adorada de mis entrañas! ¡Aún nos falta una cosa para que nuestro amor sea completo!» Ella, asombrada, respondió: «¡Oh Diadema, luz de mis ojos! ¿Qué puedes desear más? ¿No posees mis labios y mis pechos, mis muslos y toda mi carne, y mis brazos que te enlazan, y mi alma que te desea? Si anhelas todavía otras cosas de amor que yo no conozca, ¿por qué tardas en hablarme de ellas? ¡Verás inmediatamente si tardo en ejecutarlas!» Diadema dijo: «¡Oh alma mía! No se trata de eso. Déjame revelarte quién soy. Sabe, ¡oh princesa! que soy un hijo de rey y no un mercader del zoco. Y el nombre de mi padre es Soleimán, soberano de la Ciudad Verde y de las montañas de Ispahán. Y él fué quien en otro tiempo envió su visir para pedir tu mano para mí. ¿No recuerdas que entonces rechazaste esta unión, y amenazaste al jefe de los eunucos que te hablaba de ella? Pues bien; realicemos hoy lo que nos negó el pasado, y marchemos juntos hacia la verde Ispahán.»

La princesa Donia, al oír estas palabras, se enlazó más alegre al cuello del hermoso Diadema, y efusivamente le contestó: «¡Escucho y obedezco!» Y ambos, aquella noche, dejaron que el sueño les venciese por primera vez, pues durante los diez meses transcurridos, el albor de la mañana los sorprendía entre abrazos, besos y otras cosas semejantes.

Y mientras dormían los dos amantes, cuando



ya había salido el sol, todo el palacio estaba en movimiento, y el rey Schahramán, sentado en los almohadones de su trono y rodeado de los emires y grandes del reino, recibía al gremio de joyeros con su jefe á la cabeza. Y el jefe de los joyeros ofreció como homenaje al rey un estuche maravilloso que contenía diamantes, rubíes y esmeraldas por valor de más de cien mil dinares. Y el rey Schahramán, habiendo quedado muy satisfecho del homenaje, llamó al jefe de los eunucos y le dijo: «¡Toma, Kafur, ve á llevar esto á tu ama la princesa Sett-Donia! Y vuelve para decirme si este regalo es de su agrado.» Y en seguida el eunuco Kafur se dirigió hacia el pabellón reservado en que vivía completamente sola la princesa.

Pero al llegar, el eunuco vió tendida sobre una alfombra, guardando la puerta, á la nodriza Dudú, y las puertas del pabellón estaban todas cerradas y los cortinajes echados. Y el eunuco pensó: «¿Cómo es posible que estén durmiendo á esta hora tan avanzada, cuando no es esa su costumbre?» Después, como no se atrevía á presentarse ante el rey sin haber cumplido su orden, saltó por encima de la vieja, empujó la puerta y entró en la sala. ¡Y cuál no sería su espanto al ver á Sett-Donia desnuda, dormida entre los brazos del joven, con una porción de señales de una fornicación extraordinaria!

Al ver esto, el eunuco Kafur recordó los malos tratos con que le había amenazado Sett-Donia, y pensó para su alma de eunuco: «¿Así es como abo-



mina del sexo masculino? ¡Ahora, si Alah quiere, me toca vengarme de la humillación!» Y salió sigilosamente, cerró la puerta, y se presentó al rey Schahramán. Y el rey le preguntó: «¿Qué ha dicho tu ama?» Y contestó el eunuco: «He aquí la caja intacta.» Y el rey, pasmado, exclamó: «¿Es que mi hija desdeña las pedrerías como desdeña á los hombres?» Pero el negro dijo: «¡Perdona, ¡oh rey! que no te conteste delante de toda esta asamblea!» Entonces el rey mandó desalojar la sala del trono, quedándose solo con el visir, y el eunuco dijo: «¡Mi ama Donia está en *tal y cual* postura! Pero en realidad, ¡el joven es muy hermoso!» Al oír estas palabras, el rey dió un salto, abrió desmesuradamente los ojos, y exclamó: «¡Eso es enorme!» Y añadió: «¿Los has visto tú, ¡oh Kafur!?» Y respondió el eunuco: «¡Con este ojo y con este otro!» Entonces el rey dijo: «¡Es verdaderamente enorme!» Y mandó al eunuco que llevara ante el trono á los dos culpables. Y el eunuco lo cumplió inmediatamente.

Cuando los dos amantes estuvieron en presencia del rey, éste, muy enfadado, exclamó: «¡De modo que es cierto!» Y no pudo decir más, pues agarró con las dos manos la espada, y quiso arrojarla sobre Diadema. Pero Sett-Donia rodeó á su amante con sus brazos, unió sus labios á los de él, y gritó á su padre: «¡Ya que es así, mátanos á los dos!» Entonces el rey volvió á su trono, mandó al eunuco que llevase á la princesa hasta su habitación, y después dijo á Diadema: «¿Quién eres, corruptor



maldito? ¿Y quién es tu padre? ¿Y cómo te has atrevido á llegar hasta mi hija?» Entonces Diadema contestó: «¡Sabe, ¡oh rey! que si es mi muerte lo que deseas, le seguirá la tuya, y tu reino quedará aniquilado!» Y el rey, fuera de sí, exclamó: «¿Y cómo es esc?» El otro repuso: «¡Soy hijo del rey Soleimán-Schah! ¡Y he tomado, según estaba escrito, lo que se me había negado! ¡Abre, pues, los ojos, ¡oh rey! antes de decretar mi muerte!»

Al oír estas palabras, el rey quedó perplejo, y consultó á su visir sobre lo que debía hacer. Pero el visir dijo: «No creas, ¡oh rey! las palabras de este impostor. ¡Sólo la muerte puede castigar la fechoría de semejante hijo de zorra! ¡Confúndalo y maldígalo Alah!» Entonces el rey ordenó al verdugo: «¡Córtale la cabeza!»

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y según su costumbre, se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ  
LA 136.<sup>a</sup> NOCHE*

Ella dijo:

Entonces el rey ordenó al verdugo: «¡Córtale la cabeza!» Y ya estaba perdido el príncipe, si en el momento en que el verdugo se disponía á ejecutar



la orden no hubieran anunciado al rey la llegada de dos enviados del rey Soleimán, que solicitaban su venia. Precisamente estos dos enviados precedían al rey y á todo el ejército. Y eran el visir y el joven Aziz. De modo que cuando les fué otorgada la entrada y conocieron al príncipe Diadema, hijo de su rey, les faltó poco para desmayarse de júbilo, y se echaron á sus pies y se los besaron. Y Diadema les obligó á levantarse y les abrazó, y en pocas palabras les expuso la situación; y ellos también le enteraron de lo que había ocurrido, y anunciaron al rey Schahramán la próxima llegada del rey Soleimán y de sus fuerzas.

Cuando el rey Schahramán comprendió el peligro que había corrido al ordenar la muerte del joven Diadema, cuya identidad era ya evidente, levantó los brazos y bendijo á Alah, que había detenido la mano del verdugo. Después dijo á Diadema: «¡Hijo mío, perdona á un anciano como yo, que no sabía lo que iba á hacer! ¡Pero la culpa la tiene mi malvado visir, al cual voy á mandar empalar ahora mismo!» Entonces el príncipe Diadema le besó la mano y le dijo: «Tú eres, ¡oh rey! como mi padre, y yo soy más bien el que debe pedirte perdón por las emociones que te he causado.» El rey dijo: «¡La culpa la tiene ese maldito eunuco, al cual voy á crucificar en un tablón podrido que no valga dos dracmas!» Entonces Diadema dijo: «¡En cuanto al eunuco, bien merece que le castigues; pero al visir perdónale, para que otra vez no juzgue tan de lige-



ro!» Entonces Aziz y el visir intercedieron para alcanzar también el perdón del eunuco, al cual el terror le había hecho orinarse encima. Y el rey, por consideración al visir, perdonó al eunuco. Entonces advirtió Diadema: «¡Lo más importante es tranquilizar á la princesa Donia, que es toda mi alma!» Y el rey dijo: «Ahora mismo voy á verla.» Pero antes mandó á sus visires, emires y chambelanes que escoltaran al príncipe Diadema hasta el hammam y le hicieran tomar un baño que le refrigerase agradablemente. Después corrió al pabellón de la princesa, y la halló á punto de clavarse en el corazón la punta de una espada cuyo puño apoyaba en el suelo.

Al ver esto, sintió el rey que se le escapaba la razón, y gritó á su hija: «¡Se ha salvado tu príncipe! ¡Ten piedad de mí, hija mía!» Al oír estas palabras, la princesa Donia arrojó la espada, besó la mano á su padre, y entonces el rey la enteró de todo. Y ella dijo: «¡No estaré tranquila hasta que vea á mi prometido!» Y el rey, apenas salió Diadema del hammam, se apresuró á llevarle al aposento de la princesa, que se arrojó á su cuello. Y mientras los dos amantes se besaban, el rey se alejó, después de cerrar discretamente la puerta. Y marchó á su palacio, ocupándose en dar las órdenes necesarias para la recepción del rey Soleimán, á quien se apresuró á enviar al visir y á Aziz, á fin de que le anunciaran el feliz arreglo de todas las cosas, y le envió como regalo cien caballos magní-



ficos, cien dromedarios de carrera, cien jóvenes, cien doncellas, cien negros y cien negras.

Y entonces fué cuando el rey Schahramán, ya terminados estos preliminares, salió en persona al encuentro del rey Soleimán-Schah, cuidando de que le acompañase el príncipe Diadema y una numerosa comitiva. Al verlos acercarse, el rey Soleimán salió á su encuentro, y exclamó: «¡Loor á Alah, que ha hecho lograr á mi hijo sus propósitos!» Después se abrazaron afectuosamente los dos reyes, y Diadema se echó al cuello de su padre llorando de alegría, y su padre hizo lo mismo. Y en seguida mandaron llamar á los kadíes y testigos, y en el acto se escribió el contrato de matrimonio de Diadema y Sett-Donia. Y con tal motivo se obsequió largamente á los soldados y al pueblo, y durante cuarenta días y cuarenta noches se adornó é iluminó la ciudad. Y en medio de toda la alegría y de todas las fiestas, Diadema y Donia pudieron amarse á su gusto hasta el último límite del amor.

Pero Diadema se guardó muy bien de olvidar los buenos servicios de su amigo Aziz, y después de enviarle con una comitiva en busca de su madre, que le lloraba desde mucho tiempo, ya no quiso separarse de él. Y al morir el rey Soleimán, heredó Diadema su reino de la Ciudad Verde y las montañas de Ispahán, y nombró á Aziz gran visir; al viejo guarda, intendente general del reino; y al jeque del zoco, jefe general de todos los gremios. ¡Y todos



vivieron muy felices hasta la muerte, única calamidad irremediable!»

Cuando acabó de contar esta historia de Aziz y Aziza y la de Diadema y Donia, el visir Dandán pidió al rey Daul'makán permiso para beber un vaso de jarabe de rosas. Y el rey Daul'makán exclamó: «¡Oh mi visir! ¿Hay alguien en el mundo tan digno como tú de hacer compañía á los príncipes y á los reyes? ¡Verdaderamente, esta historia me ha encantado en extremo, por lo deliciosa y por lo agradable!» Y entregó al visir el mejor ropón de honor del Tesoro real.

En cuanto al sitio de Constantinia...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ  
LA 137.<sup>a</sup> NOCHE*

Ella dijo:

...En cuanto al sitio de Constantinia, ya hacia cuatro años que se prolongaba sin ningún resultado decisivo. Los soldados y los jefes empezaban á sufrir mucho al verse tan lejos de sus familias y de sus amigos, y la rebelión era inminente.



De modo que el rey Daul'makán, dispuesto á tomar una resolución inmediata, llamó á los tres grandes jefes, Bahramán, Rustem y Turkash, en presencia del visir Dandán, y les dijo: «Bien sabéis lo que ocurre: os consta que la fatiga pesa sobre todos nosotros á consecuencia de este malhadado sitio. Conocéis las plagas que la Madre de todas las Calamidades ha hecho caer sobre nuestras cabezas, incluso la muerte de mi hermano el heroico Scharkán. Reflexionad, pues, sobre lo que nos queda que hacer y contestadme como debéis contestar.» Entonces los tres jefes del ejército bajaron la cabeza, recapitaron largamente, y dijeron después: «¡Oh rey! El visir Dandán es más experto que todos nosotros, pues ha encanecido en la sabiduría.» Y el rey Daul'makán se volvió hacia el visir y le dijo: «¡Aquí estamos todos aguardando tus palabras!»

Entonces el visir Dandán avanzó hasta el rey y exclamó: «Sabe, ¡oh rey del tiempo! que efectivamente es perjudicial que permanezcamos por ahora al pie de los muros de Constantinia. En primer lugar, tú mismo estarás deseando ver á tu hijo Kanmakán y á tu sobrina Fuerza del Destino, hija de nuestro difunto príncipe Scharkán, la cual está en Damasco, en el palacio, al cuidado de las esclavas. Y todos sufrimos, como tú, el gran dolor de vernos alejados de nuestro país y de nuestras casas. Mi opinión es que regresemos á Bagdad, para volver aquí más adelante y destruir entonces esta ciudad descreída, y que sólo puedan anidar en ella



los cuervos y los buitres.» Y el rey dijo: «¡Verdaderamente, mi visir, has contestado de acuerdo con mi parecer!» Y en seguida mandó anunciar á todo el campamento, por medio de los pregoneros, que al cabo de tres días se verificaría la partida.

Y en efecto, al tercer día se levantó el campo, y el ejército tomó el camino de Bagdad con las banderas desplegadas y haciendo sonar las trompetas. Y pasados días y noches, llegó á la Ciudad de Paz, donde le recibieron con grandes transportes de alegría todos los habitantes.

En cuanto al rey Daul'makán, lo primero que hizo fué abrazar á su hijo Kanmakán, que ya tenía siete años, y lo segundo, llamar á su antiguo amigo el viejo encargado del hammam. Y cuando lo vió, se levantó del trono en honor suyo, le abrazó, le hizo sentar á su lado, y lo elogió mucho delante de todos sus emires y de todos los presentes. Y durante todo aquel tiempo el encargado del hammam se había puesto desconocido á fuerza de reposo y de comer y beber, y había engordado hasta el límite de la gordura. Su cuello parecía el de un elefante, su vientre el de una ballena, y su cara estaba tan reluciente como un pan recién salido del horno.

Empezó por excusarse de aceptar la invitación del rey, que le ordenaba sentarse á su lado, y le dijo: «¡Oh mi señor! ¡que Alah me libre de cometer semejante abuso! ¡Ya hace mucho tiempo que pasaron los días en que me estaba permitido sentarme en tu presencia!» Pero el rey Daul'makán le dijo:



«Esos tiempos tienen que volver de nuevo para ti, ¡oh padre mío! pues fuiste quien me salvó la vida.» Y obligó al encargado á sentarse en los grandes almohadones del trono.

Entonces el rey dijo: «¡Quiero que me pidas un favor, pues estoy dispuesto á otorgarte cuanto desees, aunque fuese el compartir contigo mi reino! ¡Habla, pues, y Alah te oirá!» Entonces el anciano dijo: «¡Quisiera pedirte una cosa que deseo desde muchos años, pero temo parecerte indiscreto!» Y el rey se apresuró á contestar: «¡Tienes que hablar sin ningún temor!» Y el anciano dijo: «¡Tus órdenes están sobre mi cabeza! He aquí lo que deseo: ¡que me nombres presidente de los encargados de los hammames de la Ciudad Santa, que es mi ciudad!» Al oír estas palabras, el rey y todos los presentes se rieron en extremo; y el encargado, creyendo que su petición era exorbitante, se vió en el límite de la desolación. Pero el rey dijo: «¡Por Alah! ¡Pídeme otra cosa!» Y el visir Dandán se acercó sigilosamente al encargado, le pellizcó en una pierna y le guiñó un ojo, como diciéndole: «¡Pide otra cosa sin ningún reparo!» Y el anciano dijo: «¡Entonces, ¡oh rey del tiempo! desearía que me nombrases jeque principal de la corporación de basureros de la Ciudad Santa, que es mi ciudad!» Al oír estas palabras, el rey y los presentes se vieron acometidos de una risa loca, que les hizo levantar las piernas al aire. Después el rey exclamó: «¡Vamos, padre mío! Es forzoso que me pidas algo que sea digno de ti y que



verdaderamente valga la pena.» Y el anciano dijo: «¡Temo que no me la puedas otorgar!» Y el rey contestó: «¡Nada hay imposible para Alah!» Y dijo el anciano: «¡Nómbrame, entonces, sultán de Damasco, en lugar del difunto príncipe Scharkán!» Y el rey Daul'makán exclamó: «¡Sobre mis ojos!» E inmediatamente mandó escribir el decreto, dándole, como nuevo rey, el nombre de Zablakán El-Mujahed. Después ordenó al visir Dandán que acompañase al nuevo soberano con una magnífica comitiva, y que al regreso trajese á la hija del difunto príncipe Scharkán, Fuerza del Destino. Y antes de la partida se despidió del encargado del hammam, y le recomendó que fuese bueno y fuese justo con sus súbditos. Después dijo á los presentes: «¡Cuantos me tengan afecto, manifiesten su alegría al sultán Zablakán con regalos!» Y en seguida afluyeron los presentes al nuevo rey, que fué revestido por el mismo Daul'makán con el traje regio; y cuando terminaron todos los preparativos, le dió para su guardia cinco mil jóvenes mamalik, y le entregó además un palanquín regio que era rojo y dorado. Y así fué como el encargado del hamman, convertido en sultán Zablakán El-Mujahed, y seguido de toda su guardia, del visir Dandán, de los emires Rustem, Turkash y Bahramán, salió de Bagdad y llegó á Damasco, su reino.

Y la primera diligencia del nuevo rey fué disponer en seguida una comitiva espléndida que acompañase hasta Bagdad á la joven princesa de ocho



años Fuerza del Destino, hija del difunto príncipe Scharkán. Y puso á su servicio diez doncellas y diez negros, y les entregó muchos regalos, especialmente esencia pura de rosas, dulce de albaricoque en cajas bien resguardadas contra la humedad, sin olvidar los deliciosos pastelillos, tan frágiles, que probablemente no llegarían enteros á Bagdad. Y también les dió veinte tarros llenos de dátiles cristalizados con jarabe perfumado de clavo, veinte cajas de pasteles de hojaldre, veinte cajas de dulces, encargados especialmente en las mejores dulcerías de Bagdad. Y todo se cargó en cuarenta camellos, sin contar los grandes fardos de sedas y telas de oro tejidas por los tejedores más hábiles del país de Scham, y armas preciosas, vasijas de cobre y de oro repujado, y bordados.

Terminados estos preparativos, el sultán Zablakán quiso hacer un espléndido regalo en dinero al visir, pero éste le dijo: «¡Oh rey! Todavía eres nuevo en este reino, y necesitarás hacer mejor uso de ese dinero que el de dármelo.» Después se puso en marcha la comitiva, y al cabo de un mes, porque Alah lo quiso, llegaron todos á Bagdad con buena salud.

Entonces el rey Daul'makán recibió con grandes transportes de alegría á la niña Fuerza del Destino, y la entregó á su madre Nozhatú y á su esposo el gran chambelán. Y le dió los mismos maestros que á Kanmakán; y ambos niños llegaron á ser inseparables, y experimentaron el uno por el



otro un afecto que fué creciendo con la edad. Y tal estado de cosas duró diez años, durante los cuales el rey no perdía de vista los armamentos y preparativos para la guerra contra los descreídos rumís.

Pero á consecuencia de todas las fatigas y todas las penas de su malograda juventud, la fuerza y la salud del rey Daul'makán declinaban diariamente. Y como su estado empeoraba de una manera alarmante, mandó llamar al visir Dandán, y le dijo: «¡Oh mi visir! Voy á someterte un proyecto que deseo realizar. ¡Respóndeme con toda tu rectitud!» El visir dijo: «¿Qué hay, ¡oh rey del tiempo!?» Y dijo el rey: «¡He resuelto abdicar en favor de mi hijo Kanmakán! ¡Me alegraría verlo reinar antes de mi muerte! ¿Cuál es tu opinión, ¡oh visir lleno de sabiduría!?»

El visir Dandán besó la tierra entre las manos del rey, y con voz muy conmovida, dijo: «El proyecto que me sometes, ¡oh rey afortunado y dotado de prudencia y equidad! no es realizable ni oportuno por dos motivos: el primero, porque tu hijo el príncipe Kanmakán es todavía muy joven; y el segundo, porque es cosa cierta que el rey que hace reinar á su hijo en vida suya tiene desde entonces contados sus días en el libro del ángel.» Pero el rey insistió: «En cuanto á mi vida, comprendo verdaderamente que ha terminado; pero respecto á mi hijo Kanmakán, puesto que todavía es tan joven, nombraré tutor suyo para el reinado al gran chambelán, esposo de mi hermana Nozhatú.»



Y en seguida mandó reunir á sus visires, emires y grandes del reino, y nombró al gran chambelán tutor de su hijo Kanmakán, encargándole muy encarecidamente que lo casase con Fuerza del Destino cuando llegasen á la mayor edad. Y el gran chambelán contestó: «¡Estoy abrumado por tus beneficios, y sumido en la inmensidad de tus bondades!» Entonces el rey se volvió hacia su hijo Kanmakán, y con los ojos arrasados en lágrimas, le dijo: «¡Oh hijo mío! Sabe que después de mi muerte el gran chambelán será tu tutor y consejero, pero el visir Dandán será tu padre, ocupando mi lugar cerca de ti. Porque he aquí que adivino que me voy de este mundo perecedero hacia la morada eterna. Y quiero decirte que me queda un solo deseo en la tierra: vengarnos de aquella que fué la causante de la muerte de tu abuelo el rey Omar Al-Nemán y de tu tío el príncipe Scharkán, la malhadada y maldita vieja Madre de todas las Calamidades.» Y el joven Kanmakán contestó: «¡Tranquiliza tu alma, ¡oh padre mío! pues Alah os vengará á todos por mi mediación!» Entonces el rey sintió que una gran tranquilidad le refrescaba el alma, y se tendió lleno de quietud en el lecho, del cual ya no había de levantarse.

Efectivamente, al poco tiempo, como toda criatura sometida á la mano que la creó, volvió á ser lo que había sido en el más allá insondable, y fué como si nunca hubiese sido. ¡Porque el tiempo lo siega todo y nada recuerda!...



En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y discreta como siempre, se calló hasta el otro día.



*PERO CUANDO LLEGÓ  
LA 138.<sup>a</sup> NOCHE*

Ella dijo:

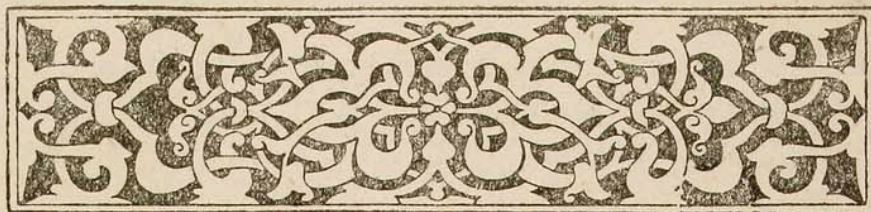
...y fué como si nunca hubiese sido. ¡Porque el tiempo lo siega todo y nada recuerda! ¡Y aquel que quiera saber el destino de su nombre en lo futuro, aprenda á mirar el destino de quienes le precedieron en el morir!

Tal es la historia del rey Daul'makán, hijo del rey Omar Al-Nemán y hermano del príncipe Schar-kán. ¡Téngalos Alah en Su misericordia infinita!

Pero á contar de aquel día, y para no desmentir el proverbio que dice: «¡Quien deja posteridad no muere!», empezaron las aventuras del joven Kan-makán, hijo de Daul'makán.







### Aventuras del joven Kanmakán, hijo de Daul'makán



En efecto, ¡oh rey afortunado!—prosiguió Schahrazada—en cuanto al joven Kanmakán y su prima Fuerza del Destino, ¡cuán hermosos se habían hecho! La armonía de sus facciones llegó á ser más exquisita; sus perfecciones germinaron en su plenitud; y realmente, sólo se les podía comparar con dos ramas llenas de frutos y con dos lunas esplendorosas. Y para hablar particularmente de cada uno de ellos, hay que decir que Fuerza del Destino reunía todo lo necesario para volver loco á cualquiera, pues en su regia soledad, y aislada de todas las miradas, la blancura de su tez se había hecho sublime, su cintura se había adelgazado lo precisamente necesario, y aparecía derecha como la letra *aleph*; sus caderas eran absolutamente adorables en su maciza pompa, y en cuanto al sabor de su saliva, ¡oh leche, oh vinos, oh dulces! ¿qué sois? Y para decir algo res-



pecto á sus labios, que eran del color de las granadas, ¡hablad vosotras, delicias de las frutas maduras! Y en cuanto á sus mejillas, ¡sus mejillas! hasta las mismas rosas habrían reconocido su superioridad. Así son verdaderas estas palabras del poeta en honor suyo:

*¡Embriágate, corazón mío! ¡Bailad de júbilo en vuestras órbitas, ojos míos! ¡Hela aquí! ¡Constituye las delicias del mismo que la creó!*

*¡Sus párpados desafían al kohl á que los haga más oscuros! ¡Siento que sus miradas atraviesan mi corazón, como si fueran la espada del Emir de los Creyentes!*

*¡En cuanto á sus labios! ¡Oh jugo que brotas de las uvas maduras antes de pisarlas! ¡Jarabe que filtras bajo la prensa de sus perlas!*

*¡Y vosotras, ¡oh palmeras que sacudís á la brisa los racimos de vuestros cabellos! he aquí su cabellera!*

Así era la princesa Fuerza del Destino, hija de Nozhatú. Pero en cuanto á su primo el príncipe Kanmakán, era otra cosa. Los ejercicios y la caza, la equitación y los torneos con lanza y azagaya, el tiro al arco y las carreras de caballos, habían dado flexibilidad á su cuerpo, y habían aguerrido su alma, y se había convertido en el jinete más hermoso de los países musulmanes y en el más valeroso entre los guerreros de las ciudades y las tribus. Y con todo eso, su tez había seguido tan fresca como la de una virgen, y su cara era más bella á la vista



que las rosas y los narcisos, como dice el poeta hablando de él:

*¡Apenas circuncidado, la seda adornó amorosamente la dulzura de su barbilla, para luego, con la edad, sombrear sus mejillas con un terciopelo negro de tejido muy apretado!*

*¡Ante los ojos encantados de quienes le miraban, parecía el cervatillo que ensaya una danza tras los pasos de su madre!*

*¡Para las almas atentas que le seguían, sus mejillas, dispensadoras de la embriaguez, ofrecían el rojo color de una sangre tan delicada como la miel de su saliva!*

*¡Pero á mí, que consagro mi vida á la adoración de sus encantos, lo que me arrebató el alma es el color verde de su calzón!*

Hay que saber que hacía algún tiempo que el gran chambelán, tutor de Kanmakán, á pesar de las amonestaciones de su esposa Nozhatú y de los beneficios que debía al padre de Kanmakán, se había apoderado completamente del poder, y hasta se había hecho proclamar sucesor de Kanmakán por cierta parte del pueblo y del ejército. En cuanto á la otra parte del pueblo y del ejército, había permanecido fiel al nombre y al descendiente de Omar Al-Nemán, y cumplía sus deberes bajo la dirección del anciano visir Dandán. Pero el visir Dandán, ante las amenazas del gran chambelán, había acabado por alejarse de Bagdad, y se había retirado á



una ciudad vecina, aguardando que el Destino ayudase al huérfano á quien se quería desposeer de sus derechos.

Así es que el gran chambelán, no teniendo nada que temer, había obligado á Kanmakán y á su madre á que se encerraran en sus habitaciones, y hasta había prohibido á Fuerza del Destino que tuviese relación alguna con el hijo de Daul'makán; de suerte que la madre y el hijo vivían muy retirados, aguardando que Alah se dignara devolver sus derechos á aquel á quien correspondían.

Pero de todos modos, á pesar de la vigilancia del gran chambelán, Kanmakán podía ver en ocasiones á su prima y hasta hablarle, pero sólo furtivamente. Y un día que no pudo verla, y que su amor le torturaba el corazón, cogió un pliego de papel y le escribió estos versos apasionados:

*«¡Andabas, ¡oh amada mía! entre tus esclavas, bañada en toda tu belleza! ¡Al pasar tú, las rosas se secaban de envidia en sus tallos, al compararse con tus mejillas!*

*»¡Los lirios guiñaban el ojo ante tu blancura; las manzanillas floridas sonreían ante la sonrisa de tus dientes!*

*»¿Cuándo acabará mi destierro, cuándo se curará mi corazón de los dolores de la ausencia, cuándo mis labios dichosos se acercarán por fin á los de mi muy amada?*

*»¿Podré saber por fin si es posible nuestra unión,*



*aunque sólo fuese por una noche, para ver si compar-  
tes las sensaciones que en mí se desbordan?*

*»¡Concédame Alah paciencia en mis males, como el  
enfermo que soporta el cauterio pensando en la cura-  
ción!»*

Cerrada la carta, se la entregó al eunuco, cuya primera diligencia fué ponerla en manos del gran chambelán. Así es que al leer esta declaración, el gran chambelán juró que iba á castigar al joven insolente. Pero pensó después que valía más no propalar la cosa, y hablar solamente de ella con Nozhatú. Fué, pues, en su busca, y después de haber despedido á la joven Fuerza del Destino, indicán-  
dole que bajase á respirar el aire del jardín, dijo á su esposa...

En este momento de su narración, Schahrazada  
vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ  
LA 139.<sup>a</sup> NOCHE**

Ella dijo:

El gran chambelán dijo á su esposa Nozhatú:  
«Has de saber que el joven Kanmakán ha llegado  
á la pubertad hace tiempo, y siente inclinación  
hacia tu hija Fuerza del Destino. Por consiguiente,



hay que separarlos desde ahora, porque es muy peligroso acercar la leña al fuego. Así, pues, tu hija no saldrá de las habitaciones de las mujeres, ni se descubrirá la cara, porque ya no está en la edad en que las muchachas pueden salir descubiertas. ¡Y sobre todo cuida de que no se vean, pues en cuanto haya el menor motivo, impediré para siempre á ese joven que se deje llevar de los instintos de su perversidad!»

Nozhatú, en cuanto su marido se marchó, se puso á llorar, buscó á su sobrino Kanmakán, y le enteró de todo. Después dijo: «¡Sabe, ¡oh sobrino mio! que sin embargo te facilitaré que puedas hablar con Fuerza del Destino, pero con una puerta por medio! ¡Por lo tanto, ten paciencia hasta que Alah se compadezca de ti!» Pero Kanmakán sintió que toda su alma se trastornaba al oír aquella noticia. Y exclamó: «¡No viviré ni un momento más en un palacio en el cual debería ser yo el único que mandase! ¡Y tampoco sufriré por más tiempo que las piedras de esta casa presencien mis humillaciones!» En seguida se despojó de su traje, se cubrió la cabeza con un gorro de saaluk, se echó sobre los hombros un viejo manto de nómada, y sin tomarse tiempo para despedirse de su madre ni de su tía, se dirigió apresuradamente hacia las puertas de la ciudad. Y como provisiones para el camino, sólo llevaba en el saco un pan de tres días. Apenas se abrieron las puertas de la ciudad, fué el primero que las franqueó, y se alejó á muy buen



paso, recitando estas estrofas á manera de despedida:

*¡Ya no te temo, corazón mío; puedes latir hasta romperte dentro de mi pecho! ¡Mis ojos ya no pueden enternecerse, ni en mi alma puede tener asiento la piedad!*

*¡Corazón agobiado por el amor, mi voluntad, á pesar tuyo, no ha de doblegarse ni ha de aceptar más humillaciones, aunque viese que se derretía por completo mi cuerpo!*

*¡Perdóname! Si me apiadara de ti, corazón mío, ¿qué sería de mi energía? ¡El que se deja vencer por los ojos de fuego, no podrá quejarse de caer herido de muerte!*

*¡Quiero brincar libremente por la tierra sin límites, la buena tierra amplia y maternal, para salvar mi alma de todo cuanto pudiera apagar su vigor!*

*¡Combatiré con los héroes y con las tribus, me enriqueceré con el botín tomado á los vencidos, y poderoso con mi gloria y mi fuerza, volveré triunfal y todas las puertas se me abrirán solas!*

*¡Porque sábelo bien, corazón inocente: para tener los preciados cuernos del animal, hay que empezar por domar al animal ó matarlo!*

Mientras el joven Kanmakán huía de la ciudad, su madre, no habiéndole visto en todo el día, le buscó por todas partes sin encontrarle. Entonces se echó á llorar y esperó impaciente su regreso, muy alarmada. Pero pasaron el primer día, el segundo,



el tercero y el cuarto, y nadie tuvo noticias de Kanmakán. Entonces su madre se encerró para llorar en su aposento, y decía desde lo más profundo de su dolor: «¡Oh hijo mío! ¿Hacia dónde dirigiré mis llamamientos? ¿Hacia qué país correré á buscarte? ¿Qué pueden estas lágrimas que derramo por ti? ¿En dónde estás, hijo mío?» Y la pobre madre no quiso beber ni comer, y su dolor fué conocido por toda la ciudad y compartido por todos los habitantes, que querían mucho al joven Kanmakán y al rey, su difunto padre. Y todos clamaban: «¿Dónde estás, ¡oh pobre Daul'makán! rey bueno y justo? ¡Se ha perdido tu hijo, y ninguno de los que colmaste de beneficios sabe encontrar su rastro! ¡Pobre descendencia de Omar Al-Nemán! ¿Qué ha sido de ti?»

Y en cuanto á Kanmakán, he aquí que caminó durante tódo el día, y no descansó hasta que cerró la noche. Al otro día y los siguientes caminó también, alimentándose de las plantas que cogía y bebiendo en los manantiales y en los arroyos. Al cabo de cuatro días llegó á un valle cubierto de bosques, por donde corrían las aguas y cantaban las aves y las palomas. Y allí se detuvo, hizo sus abluciones y después su plegaria, y habiendo cumplido de tal suerte sus deberes, como llegaba la noche se tendió bajo un árbol y se durmió. Permaneció dormido hasta medianoche. Entonces, en medio del silencio del valle, surgió una voz de entre las rocas y lo despertó. Y la voz cantaba:



*¡Vida del hombre! ¿Qué valdrías si no relampaguease la sonrisa en los labios de la amada, si no tuvieses el bálsamo de su rostro?*

*¡Oh muerte! ¡Serías deseable si mis días hubiesen de transcurrir siempre lejos de mi amiga, aquella que ni las amenazas ni el destierro me harían olvidar!*

*¡Oh alegría de los amigos que se reúnen en la pradera para beber los vinos exquisitos de manos del copero! ¡Oh qué alegría la suya; cómo los abrasa la pasión cuando toman la copa de manos del copero!*

*¡Primavera! ¡Tus flores, al abrirse al lado de la muy amada, curan en mi alma las durezas pasadas, los dolores de la suerte ciega! ¡Oh primavera, tus flores en la pradera...!*

*¡Y tú, amigo, que bebes el licor rojo y perfumado, mira! ¡Debajo de tu mano se extiende la tierra, alegre con sus aguas, sus colores y su fecundidad!*

Después de este canto admirable, que se elevaba entre la noche, se levantó Kanmakán y quiso descubrir entre las tinieblas el sitio de donde salía la voz; pero sólo pudo distinguir vagamente los troncos de los árboles que se recortaban sobre el río. Descendió hasta la misma orilla del río, y la voz se hizo más distinta, cantando este poema en medio de la noche:

*¡Entre ella y yo hay juramentos de amor! ¡Y por eso he podido dejarla en la tribu!*

*¡Mi tribu es la más rica en caballos veloces y en muchachas de ojos negros! ¡Es la tribu de Taim!*



*¡Brisa! ¡Su soplo llega hasta mí viniendo de entre los Beni-Taim! ¡Pacifica mi hígado y me embriaga!*

*Dime, esclavo Saad: ¿aquella cuyo tobillo se ciñe con el cascabel sonoro se acuerda alguna vez de mis juramentos de amor? ¿Y qué dice?*

*¡Ah, pulpa de mi corazón, un escorpión te ha picado! ¡Ven, amiga! ¡Me curaré con el antídoto de tus labios, aspirando tu saliva y su frescura!*

Cuando Kanmakán hubo oído por segunda vez este canto misterioso, quiso de nuevo ver en las tinieblas; pero como no lo pudo lograr, se subió á la cima de un peñasco, y con toda su voz, clamó...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ  
LA 140.<sup>a</sup> NOCHE**

Ella dijo:

...se subió á la cima de un peñasco, y con toda su voz, clamó: «¡Oh caminante entre las tinieblas de la noche! ¡Por favor! ¡Acércate aquí! ¡Oiga yo tu historia, que debe parecerse á la mía! ¡Y nos consolaremos mutuamente!» Después se calló.

Pasados algunos momentos, la voz que habia cantado dijo: «¡Oh tú que me llamas! ¿Quién eres?



¿Hombre de la tierra ó genio subterráneo? ¡Si eres genio, sigue tu camino; pero si eres hombre, aguarda la aparición de la luz, porque la noche está llena de emboscadas y traiciones!»

Oídas estas palabras, Kanmakán dijo para sí: «¡Por mi alma, el que ha hablado es un hombre cuya aventura se parece extraordinariamente á la mía!» Y permaneció allí sin moverse hasta la aparición de la mañana.

Entonces vió avanzar hacia él, á través de los árboles del bosque, un hombre vestido como los beduinos del desierto, alto y armado de un alfanje y un escudo. Se levantó y le saludó, y el beduino le devolvió el saludo, y después de las fórmulas acostumbradas, le preguntó el beduino, pasmado de su juventud: «¡Oh joven á quien no conozco! ¿Quién eres? ¿A qué tribu perteneces? ¿Cuáles son tus parientes entre los árabes? Verdaderamente, á tu edad no se acostumbra á viajar solo por la noche y por estas comarcas en que no se ven mas que grupos armados. Cuéntame, pues, tu historia.» Y Kanmakán dijo: «Mi abuelo era el rey Omar Al-Nemán; mi padre, el rey Daul'makán, y yo soy Kanmakán, que se abrasa de amor por su prima la princesa Fuerza del Destino.» Entonces el beduino dijo: «Pero ¿cómo es que siendo rey, ¡hijo de rey! vas vestido como un saaluk y viajas sin una escolta digna de tu categoría?» El otro respondió: «Porque he de crear-me esa escolta yo mismo, y empiezo por rogarte que seas el primero que formes parte de ella.» Oídas



estas palabras, el beduino se echó á reir y le dijo: «Hablas, muchacho, como si fueras un guerrero invencible ó un héroe famoso por cien combates. Y para demostrarte tu inferioridad, ahora mismo voy á apoderarme de ti para que me sirvas de esclavo. ¡Y luego, si verdaderamente tus padres son reyes, tendrán con qué pagar tu rescate!» Kanmakán sintió entonces que el furor le brotaba de los ojos, y dijo al beduino: «¡Por Alah! ¡Nadie pagará mi rescate mas que yo mismo! ¡Guárdate, pues, beduino! ¡Tus versos me habían hecho creer que tenías otros modales!»

Y Kanmakán se lanzó contra el beduino, el cual, pensando que vencerle era cosa de juego, le aguardaba sonriente. ¡Pero cuán equivocado estaba! Efectivamente, Kanmakán se había erguido, bien afirmado sobre sus piernas, más sólidas que montañas y más aplomadas que alminares. Y con sus brazos poderosos apretó contra sí al beduino, hasta hacerle crujir la osamenta y vaciarle las entrañas. Y súbitamente, lo levantó á pulso, y llevándolo de este modo corrió hacia el río. Y el beduino, espantado al ver semejante fuerza en un niño, exclamó: «Pero ¿qué vas á hacer?» Kanmakán contestó: «¡Voy á precipitarte en ese río, que te llevará hasta el Tigris; el Tigris te llevará hasta el Nahr-Issa; el Nahr-Issa hasta el Eufrates, y el Eufrates hasta tu tribu, para que pueda juzgar tu valentía y tu heroísmo!» Y el beduino, en el momento en que Kanmakán lo levantaba más aún en el aire para echarlo al río,



exclamó: «¡Oh joven heroico! ¡por los ojos de tu amada Fuerza del Destino te ruego que me perdones la vida! ¡Si lo haces así, seré el más sumiso de tus esclavos!» Entonces Kanmakán lo dejó en tierra, y le dijo: «¡Me has desarmado con ese juramento!» Y se sentaron ambos á la orilla del río. Entonces el beduino sacó de su alforja un pan de cebada, lo partió, dió la mitad á Kanmakán con un poco de sal, y su amistad se consolidó para siempre. En seguida Kanmakán le preguntó: «Compañero: ahora que sabes quién soy, ¿quieres decirme tu nombre y el de tus padres?» Y el beduino dijo:

«Soy Sabah ben-Remah ben-Hemam, de la tribu de Taim, en el desierto de Scham. Y he aquí mi historia en pocas palabras:

»Era yo de muy corta edad cuando murió mi padre. Y fui recogido por mi tío y criado en su casa, al mismo tiempo que su hija Nejma. Y me enamoré de mi prima Nejma, y Nejma se enamoró de mí. Y cuando tuve edad para casarme, la quise por esposa; pero su padre, al verme pobre y sin recursos, no consintió nuestra boda. Y ante las amonestaciones de los principales jefes de la tribu, mi tío se allanó á prometerme á Nejma por esposa, con la condición de ofrecerle una dote compuesta de cincuenta caballos, cincuenta camellos, diez esclavas, cincuenta cargas de trigo y cincuenta de cebada, y más bien más que menos. Entonces comprendí que la única manera de constituir la dote de Nejma era salir de mi tribu é irme lejos para atacar á los mer-



caderes y saquear las caravanas. Y tal es la causa de que anoche estuviese en el sitio donde me oíste cantar. Pero ¡oh compañero! ¿qué vale esa canción si se la compara con la belleza de mi prima Nejma? Porque el que ve á Nejma, aunque sólo sea una vez, se siente con el alma llena de bendición para toda la vida.» Y dichas estas palabras, calló el beduino.

Entonces le dijo Kanmakán: «¡Ya sabía yo, ¡oh compañero! que tu historia debía parecerse á la mía! ¡Así es que en adelante vamos á combatir juntos y á conquistar á nuestras amantes con el fruto de nuestras hazañas!»

Y al acabar de decir estas palabras, se alzó á lo lejos una polvareda que se acercó rápidamente; y ya disipada, apareció ante ellos un jinete cuya cara estaba amarilla como la de un moribundo, y cuyo traje estaba manchado de sangre. Y el jinete exclamó: «¡Oh musulmanes! Un poco de agua para lavar mi herida. ¡Sostenedme, porque voy á exhalar el alma! ¡Auxiliadme, y si muero, será para vosotros mi caballo!» Y efectivamente, el caballo no tenía igual entre todos los caballos de las tribus, y su perfección dejaba asombrados á cuantos lo miraban, pues reunía todas las cualidades de un buen caballo del desierto. Y el beduino, que como todos los de su raza entendía de caballos, exclamó: «¡Verdaderamente, tu caballo es uno de esos que ya no se ven en nuestro tiempo!» Y Kanmakán dijo: «¡Oh jinete! Alárgame el brazo para que te ayude á bajar.» Y cogiéndolo lo colocó suavemente en el cés-



ped, y después le preguntó: «¿Pero qué tienes, y qué herida es esa?» Y el jinete se despojó el traje y mostró la espalda, que era toda ella una herida enorme, de la cual se escapaban oleadas de sangre. Entonces Kanmakán se inclinó junto á él y le lavó solícitamente las heridas, cubriéndolas con hierba fresca. Después le dió de beber, y le dijo: «¿Pero quién te ha puesto así, ¡oh hermano en infortunio!?» Y el hombre dijo:

«Sabe, ¡oh tú el de la mano caritativa! que ese hermoso caballo que ahí ves es la causa de que me halle en este estado. Ese caballo era propiedad del rey Afridonios, señor de Constantinia, y su reputación había llegado á todos nosotros los árabes del desierto. Pero un caballo de esta clase no debía permanecer en las cuadras de un rey descreído, y fui designado por los de mi tribu para apoderarme de él en medio de los guardias que lo cuidaban, velando noche y día. Partí en seguida y llegué de noche á la tienda donde guardaban el caballo. Me hice amigo de los guardias, y aproveché que me preguntaran mi opinión acerca de él, y que rogaran que lo probase, para montarlo de un brinco y hacerlo salir al galope dándole latigazos. Pasada su sorpresa, me persiguieron los guardias á caballo, lanzándome flechas, varias de las cuales me hirieron en la espalda. Pero mi caballo seguía galopando, más rápido que las estrellas errantes, y acabó por ponerme completamente fuera del alcance de mis persegui-



dores. Hace tres días que estoy montado en él; ¡pero he perdido la sangre, se han agotado para siempre mis fuerzas, y siento que la muerte me cierra los párpados! Y puesto que me has socorrido, el caballo te corresponde á ti en cuanto yo muera. Se llama El-Katul El-Majnún, y es el ejemplar más bello de la raza de El-Ajuz.

»Pero antes, ¡oh joven cuyo traje es tan pobre como noble tu cara! hazme el favor de subirme á la grupa y llevarme hasta mi tribu, para que muera en la tienda en que nací.»

Al oír estas palabras, dijo Kanmakán: «¡Oh hermano del desierto! Pertenezco á un linaje en que la nobleza y la bondad son una costumbre. ¡Y aunque el caballo no fuera para mí, te haría el favor que me pides!» Se acercó en seguida al árabe para levantarlo, pero exhaló un largo suspiro, y dijo: «Aguarda por favor: temo que el alma se me desangre, y voy á decir mi acto de fe.» Y cerró á medias los ojos, extendió la mano con la palma hacia el cielo, y dijo:

«¡Afirmo que no hay más Dios que Alah! ¡Y afirmo que nuestro señor Mahomed es el enviado de Alah!»

Y después de haberse preparado á la muerte, entonó este canto, que fueron sus últimas palabras:

*¡He recorrido el mundo al galope de mi caballo,  
sembrando por el camino la sangre y la carnicería!  
¡He franqueado torrentes y montañas para el robo, el  
homicidio y el libertinaje!*



*¡Muero como viví, errante á lo largo de los caminos, herido por aquellos á quienes acabo de vencer! ¡Abandono el fruto de mis trabajos á orillas de un torrente muy lejano de mi suelo natal!*

*¡Y sabe, ¡oh extranjero que heredas el único tesoro del beduino! que mi alma se tranquilizaría si supiese que mi corcel Katul ha de tener en ti un jinete digno de su belleza!*

Apenas el árabe hubo acabado este canto, abrió convulsivamente la boca, exhaló un estertor profundo y cerró los ojos para siempre.

Y Kanmakán y su compañero abrieron una huesa y enterraron al muerto. Después de rezar las oraciones de costumbre, partieron juntos en busca de su destino por el camino de Alah.

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y aplazó para el otro día la continuación de su relato.



**PERO CUANDO LLEGÓ  
LA 141.<sup>a</sup> NOCHE**

Ella dijo:

...en busca de su destino por el camino de Alah. Y Kanmakán había montado en el caballo *Katul*, y el beduino Sabah se había contentado con seguirle



á pie, por haberle jurado amistad y sumisión, reconociéndole como amo para siempre, y habiéndolo jurado por el santo templo de la Kaaba, mansión de Alah.

Entonces empezó para ellos una vida llena de hazañas y aventuras, cacerías, viajes, luchas contra las fieras, combates con los bandoleros, noches pasadas al acecho de bestias salvajes, días dedicados á pelear contra las tribus y amontonar botín. Y á costa de muchos peligros, reunieron así una incalculable cantidad de rebaños, caballos, esclavos y tiendas. Y Kanmakán habia encargado á su compañero Sabah de la vigilancia de todo. Y cuando se sentaban ambos para descansar, se contaban mutuamente sus penas y sus esperanzas, hablando uno de su prima Fuerza del Destino y el otro de su prima Nejma. Y esta vida duró por espacio de dos años. Y he aquí, entre otras mil, una de las hazañas del joven Kanmakán:

Un día, montado en su caballo *Katul*, iba á la ventura, precedido por su fiel Sabah, que abría la marcha con la espada desnuda en la mano, lanzando gritos terribles, abriendo unos ojos como cavernas, y rugiendo, aunque la soledad del desierto fuera absoluta: «¡Abrid camino! ¡A la derecha! ¡A la izquierda!» Y he aquí que habían terminado de almorzar, habiéndose comido entre los dos una gacela asada, y bebido agua de un fresco manantial que estaba próximo. Pasado un rato, llegaron á una montaña á cuyos pies se extendía un valle cubierto de



camellos, camellas, carneros, vacas y caballos; y más allá, en una tienda, estaban unos esclavos que iban armados. Al verlos, Kanmakán dijo á Sabah: «¡Quédate ahí! Voy á apoderarme yo solo de todo el rebaño y de esos esclavos.» Y dichas estas palabras, puso al galope su corcel, como el rayo súbito de una nube que revienta, y se arrojó sobre ellos, entonando este himno guerrero:

*¡Somos de la raza de Omar Al-Nemán, de los hombres de grandes designios, de los héroes!*

*¡Somos señores que herimos en el corazón á las tribus hostiles cuando brilla el día del combate!*

*¡Protegemos á los débiles contra los poderosos! ¡Las cabezas de los vencidos nos sirven para adornar nuestras lanzas!*

*¡Guardad vuestras cabezas! ¡He aquí á los héroes, los de los grandes designios, los de la raza de Omar Al-Nemán!*

Los esclavos, al verle, empezaron á dar grandes gritos, pidiendo socorro, creyendo que todos los árabes del desierto les atacaban de improviso. Entonces salieron de las tiendas tres guerreros, que eran los dueños de los rebaños; saltaron sobre sus caballos y se precipitaron al encuentro de Kanmakán, gritando: «¡Es el ladrón del caballo *Katul*! ¡Ya es nuestro! ¡Sus al ladrón!» Oídas estas palabras, Kanmakán les gritó: «¡Efectivamente, éste es el propio *Katul*, pero los ladrones sois vosotros, ¡oh hijos de



zorra!» Y se bajó hacia las orejas de *Katul*, hablándole para darle ánimos; y *Katul* brincó como un ogro sobre su presa. Y para Kanmakán la victoria fué un juego, pues al primer bote hundió la punta de su lanza en el vientre del primero que se presentó y la hizo salir por el otro lado con un riñón en el extremo. Después hizo sufrir la misma suerte á los otros dos jinetes. Y al otro lado de sus espaldas un riñón adornaba la lanza perforadora. Después se volvió hacia los esclavos. Pero cuando éstos vieron la suerte sufrida por sus amos, se precipitaron de bruces al suelo, pidiendo que los dejaran con vida. Y Kanmakán les dijo: «¡Id, y sin perder tiempo, llevad por delante de mí ese rebaño y conducidlo á tal sitio, en donde están mi tienda y mis esclavos!» Y llevando por delante animales y esclavos, emprendió su camino, alcanzándolo prontamente Sabah, que, según la orden recibida, no se había movido durante el combate.

Y mientras caminaban de tal modo, llevando por delante esclavos y rebaño, vieron elevarse de pronto una polvareda, que al disiparse dejó aparecer á cien jinetes armados á la manera de los rumís de Constantinia. Entonces Kanmakán dijo á Sabah: «¡Cuida de los rebaños y de los esclavos, y déjame habérmelas con esos descreídos!» Y el beduino se retiró en seguida, detrás de una colina, sin ocuparse de otra cosa que de vigilar lo que le habían encargado. Y Kanmakán se lanzó él solo al encuentro de los jinetes rumís, que le rodearon en seguida



por todas partes. Entonces, su jefe, avanzando hacia él, dijo: «¿Quién eres tú, ¡oh encantadora joven! que sabes regir tan diestramente un corcel de batalla, siendo tus ojos tan tiernos y tus mejillas tan lisas y floridas? ¡Acércate, que te bese los labios, y luego veremos! ¡Ven! ¡Te haré reina de todas las tierras por donde se pasean las tribus!»

Al oír estas palabras, Kanmakán sintió que una gran vergüenza se le subía á la cara, y exclamó: «¿Con quién crees que estás hablando, ¡oh perro, hijo de perra!? Si mis mejillas no tienen pelo, mi brazo, que vas á experimentar, te probará tu error, ¡oh ciego rumí que no sabes distinguir los guerreros de las muchachas!» Entonces el jefe de los rumís se acercó á Kanmakán, y se cercioró de que, en efecto, á pesar de la suavidad y blancura de su tez y de lo aterciopelado de sus mejillas, vírgenes de vello, era, á juzgar por lo relampagueante de sus ojos, un guerrero difícil de dominar.

Y el jefe le preguntó á Kanmakán: «¿A quién pertenece ese rebaño? ¿Adónde vas tú tan lleno de insolencia y fanfarronería? ¡Ríndete á discreción, ó eres muerto!» Y ordenó á uno de sus mejores jinetes que se acercase al joven y le hiciese prisionero. Pero apenas había llegado el jinete cerca de Kanmakán, cuando de un solo tajo de su alfanje le cortó en dos mitades el turbante, la cabeza y el cuerpo, así como la silla y el vientre del caballo. Después sufrieron igual suerte el segundo jinete que avanzó, y el tercero, y el cuarto.



Al ver esto, el jefe de los rumís ordenó á sus jinetes que se retirasen, y avanzando hacia Kanmakán, le gritó: «¡Tu juventud es muy bella, ¡oh guerrero! y tu valentía la iguala! ¡Pues bien; yo soy Kahrudash, cuyo heroísmo es famoso en todo el país de los rumís, y te voy á otorgar la vida, precisamente por tu valor! ¡Retírate, pues, en paz, porque te perdono la muerte de mis hombres por tu belleza!» Pero Kanmakán le gritó: «¡Poco me importa que seas Kahrudash! ¡Lo que me importa es que ceses en tu palabrería y vengas á probar la punta de mi lanza! ¡Y sabe también que ya que te llamas Kahrudash, yo soy Kanmakán ben-Daul'makán ben-Omar Al-Nemán!» Entonces el rumí dijo: «¡Oh hijo de Daul'makán! ¡He conocido en las batallas la valentía de tu padre! ¡Y tú has sabido unir la fuerza de tu padre á una elegancia perfecta! ¡Retírate, pues, llevándote todo el botín! ¡Así lo quiero!» Pero Kanmakán le gritó: «¡No es mi costumbre, ¡oh rumí! hacer volver las riendas á mi caballo! ¡Guárdate!» Dijo, y acarició á su caballo *Katul*, que comprendió el deseo de su amo, y se precipitó, bajando las orejas y levantando la cola. Y entonces lucharon los dos guerreros, y los caballos chocaron como dos carneros que se cornean ó dos toros que se despanzurran. Y varios ataques terribles fueron infructuosos. Después, súbitamente, Kahrudash con toda su fuerza dirigió la lanza contra el pecho de Kanmakán, pero éste, con una vuelta rápida de su caballo, supo evitarla á tiempo,



y girando bruscamente, extendió el brazo, lanza en ristre. Y con aquel bote perforó el vientre del cristiano, haciendo que le saliera por la espalda el hierro chorreando. Y Kahrudash dejó para siempre de figurar entre el número de los guerreros descreídos.

Al ver esto, los jinetes de Kahrudash se confiaron á la rapidez de sus caballos, y desaparecieron en lontananza entre una nube de polvo que acabó por cubrirlos. Entonces, Kanmakán, limpiando su lanza, siguió su camino, haciendo seña á Sabah de que siguiera hacia adelante con el rebaño y los esclavos.

Y después de esta hazaña, Kanmakán encontró á una negra muy vieja, errante del desierto, que contaba de tribu en tribu historias y cuentos á la luz de las estrellas. Y Kanmakán, que había oído hablar de ella, le rogó que se detuviese para descansar en su tienda y le contara algo que le hiciera pasar el tiempo y le alegrase el espíritu ensanchándole el corazón. Y la vieja vagabunda contestó: «¡Con mucha amistad y con mucho respeto!» Después se sentó á su lado en la estera, y le refirió esta HISTORIA DEL AFICIONADO AL HASCHISCH:

«Sabe que la cosa más deliciosa que ha alegrado mis oídos, ¡oh mi joven señor! es esta historia que he llegado á saber de un haschasch entre los haschaschín.

»Había un hombre que adoraba la carne de las vírgenes...



En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ  
LA 142.<sup>a</sup> NOCHE*

Ella dijo:

»Había un hombre que adoraba la carne de las vírgenes y que no pensaba en otra cosa. De modo que como esa carne es de precio tan elevado, singularmente cuando es escogida y de encargo, y como no hay fortuna que pueda resistir indefinidamente unas aficiones tan costosas, el hombre consabido, que nunca se cansaba de ellas y se dejaba llevar de la intemperancia de sus deseos—porque sólo el exceso es reprehensible—, acabó por arruinarse completamente.

»Un día en que, vestido con su traje todo destrozado y descalzo, iba por el zoco mendigando el pan para alimentarse, le entró un clavo en la planta del pie, y lo hizo sangrar abundantemente. Entonces se sentó en el suelo, trató de restañar la sangre, y acabó por vendarse el pie con un pedazo de trapo. Pero como la sangre seguía corriendo, se dijo: «¡Vamos al hammam, á lavarnos el pie y á sumergirlo en el agua, que le sentará admirablemente.» Y fué al hammam, y entró en la sala común á la cual van los pobres, y que ostentaba una limpieza exquisita,



reluciendo de manera encantadora. Y se acurrucó en el estanque central y se puso á lavarse el pie.

»A su lado estaba un hombre que acababa de bañarse y mascaba algo con los dientes. Y el herido se sintió muy excitado por la masticación del otro, y se apoderó de él una ansia ardiente de mascar también aquello. Entonces preguntó al otro: «¿Qué mascas, vecino?» El otro contestó en voz baja, para que nadie le oyera: «¡Cállate! ¡Es haschisch! ¡Si quieres, te daré un pedazo!» El herido dijo: «¡Verdad es que quisiera probarlo, pues hace tiempo que lo deseo!» Entonces el hombre que mascaba se sacó un trozo de la boca y se lo dió al herido, diciéndole: «¡Ojalá te libre de todas tus preocupaciones!» Y nuestro hombre cogió el pedazo y lo mascó, y se lo tragó entero. Y como no estaba acostumbrado al haschisch, en cuanto se produjo el efecto en su cerebro por la circulación de la droga, empezó á sentir una hilaridad extraordinaria, y esparció enormes carcajadas por toda la sala. Pasado un momento, se desplomó sobre el mármol y fué presa de diversas alucinaciones, de las cuales te contaré una de las más deliciosas.

»Primeramente creyó verse desnudo del todo y bajo el dominio de un terrible amasador y dos negros vigorosos que se habían apoderado por completo de su persona, siendo como un juguete entre sus manos. Le daban vueltas y lo manipulaban en todos sentidos, clavándole en las carnes sus dedos nudosos é infinitamente expertos. Y gemía bajo el



peso de sus rodillas cuando se las apoyaban en el vientre para darle masaje con toda su destreza. Después le lavaron, á fuerza de lanzarle jofainas de cobre, y le frotaron con fibras vegetales. Luego el amasador mayor quiso lavarle personalmente ciertas partes delicadas, pero como le hacía muchas cosquillas, hubo de decirle: «¡Yo mismo lo haré!» Terminado el baño, el amasador le rodeó la cabeza, los hombros y los riñones con tres paños más blancos que el jazmín, y le dijo: «¡Oh mi señor! ¡ha llegado el momento de entrar en la habitación de tu esposa, que te aguarda!» Pero él exclamó: «¿Qué esposa es esa? ¡Yo soy soltero! ¿Te habrá mareado el haschisch para disparatar de ese modo?» Pero el amasador dijo: «¡Basta de bromas! ¡Vamos á ver á tu esposa, que está impaciente!» Y le echó sobre los hombros un gran velo de seda blanca, y abrió la marcha, mientras los dos negros le sostenían por los hombros, haciéndole de cuando en cuando cosquillas en el trasero, sólo por broma. Y él se reía en extremo.

»Así llegaron á una sala medio oscura y perfumada con incienso; y en el centro había una gran bandeja con frutas, pasteles, sorbetes y jarrones llenos de flores. Y después de haberle hecho sentar en un escabel de ébano, el amasador y los dos negros le pidieron la venia para retirarse, y desaparecieron.

»Entonces entró un muchacho, que se quedó de pie aguardando sus órdenes, y le dijo: «¡Oh rey del



tiempo, soy tu esclavo!» Pero él, sin hacer caso de la gentileza del muchacho, soltó una carcajada que hizo retemblar toda la sala, y exclamó: «¡Por Alah! ¡Todos estos son aficionados al haschisch! ¡He aquí que ahora me llaman rey!» Y dijo después al muchachito: «Ven aquí, y córtame la mitad de una sandía bien colorada y bien tierna. Es lo que más me gusta. No hay nada como la sandía para refrescarme el corazón.» Y el muchacho le llevó la sandía, admirablemente cortada en rajas. Entonces le dijo: «¡Márchate, que no me sirves! Ve á traerme lo que además de la sandía me gusta más, ó sea carne virgen de primera.» Y el muchacho desapareció.

»Y de pronto entró en la sala una muchacha muy joven, que avanzó hacia él moviendo las caderas, que apenas se dibujaban por lo muy infantiles que eran todavía. Y él, al verla, se puso á resollar con alegría, y cogió á la chiquilla en brazos, se la puso entre los muslos y la besó con ardor. Y la hizo deslizarse debajo de él; sacó el zib y se lo puso en la mano. Y quién sabe lo que iría á hacer, cuando bajo la sensación de un frío intensísimo despertó de su sueño.

»En este momento, y después de reflexionar que todo aquello no era mas que el efecto del haschisch en el cerebro, se vió rodeado por todos los bañistas, que le miraban burlescamente, riéndose con toda su alma y abriendo unas bocas como hornos. Y le señalaban con el dedo su zib desnudo, que se erguía



en el aire hasta el límite de la erección, y parecía tan enorme como el de un borrico ó el de un elefante. Y le echaban encima grandes cubos llenos de agua fría, dirigiéndole chanzas como las que suelen darse en el hammam.

»Y el hombre se quedó muy confuso, se echó una toalla sobre las piernas, y dijo amargamente á los que se reían: «¡Oh buena gente! ¿Por qué me habéis quitado la chiquilla, cuando iba á poner las cosas en su lugar?» Y los otros, al oir estas palabras, palmotearon de alegría y comenzaron á gritar: «¿No te da vergüenza decir semejantes cosas, ¡oh borracho de haschisch! después de gozar todo lo que has gozado?»

Y Kanmakán, al oir estas palabras de la negra, no pudo contenerse más, y se echó á reir de tal modo, que se convulsionó de alegría. Después dijo á la negra: «¡Qué historia tan deliciosa! ¡Apresúrate por favor á decirme la continuación, que debe ser admirable para el oído y exquisita para el espíritu!» Y la negra dijo: «¡Verdaderamente, mi señor, la continuación es tan maravillosa que olvidarás cuanto acabas de oir; y es tan pura, tan sabrosa y tan extraña, que hasta los sordos se estremeceían de placer!» Y Kanmakán dijo: «¡Ah! ¡Prosigue entonces! ¡Estoy encantadísimo!»

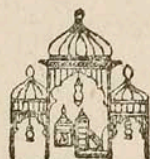
Pero cuando la negra se aprestaba á narrar la continuación de su historia, Kanmakán vió llegar delante de su tienda un correo á caballo, que, ha-



biendo echado pie á tierra, le deseó la paz. Y Kanmakán le devolvió la zalema. Entonces el correo dijo: «¡Oh señor! Soy uno de los cien correos que el gran visir Dandán ha enviado en todas direcciones para encontrar el rastro del príncipe Kanmakán, que hace tres años se marchó de Bagdad. Porque el gran visir Dandán ha logrado sublevar á todo el ejército y á todo el pueblo contra el usurpador del trono de Omar Al-Nemán, y ha hecho prisionero al usurpador, y lo ha encerrado bajo tierra, en el calabozo más hondo, de suerte que á estas horas el hambre, la sed y la vergüenza han debido arrancarle el alma. ¿Querrias decirme, ¡oh señor! si por acaso no te encontraste algún día con el príncipe Kanmakán, á quien corresponde el trono de su padre?»

Cuando el príncipe Kanmakán...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ  
LA 143.<sup>a</sup> NOCHE*

Ella dijo:

Cuando el príncipe Kanmakán hubo oído esta noticia tan inesperada, se volvió hacia su fiel Sabah, y con voz muy tranquila, le dijo: «¡Ya ves,



¡oh Sabah! que todo ocurre cuando llega su hora!  
¡Levántate y vamos á Bagdad!»

Al oír estas palabras, el correo comprendió que se encontraba en presencia de su nuevo rey, y en seguida se prosternó y besó la tierra entre sus manos, lo mismo que Sabah y la negra. Y Kanmakán dijo á la negra: «¡Vendrás también conmigo á Bagdad, donde acabarás de contarme esa historia del desierto!» Y Sabah dijo: «¡Permíteme, entonces, ¡oh rey! que vaya delante para anunciar tu llegada al visir Dandán y al pueblo de Bagdad!» Y Kanmakán se lo permitió. Después, para recompensar al correo por la buena nueva, le cedió, como regalo, todas las tiendas, todo el ganado y todos los esclavos que había conquistado en sus aventuras de tres años. Y precedido por el beduino Sabah y seguido por la negra, montada en un camello, salió para Bagdad al galope de su caballo *Katul*.

Y como el príncipe Kanmakán había cuidado de que se le adelantase una jornada su fiel Sabah, éste alborotó en pocas horas toda la ciudad de Bagdad. Y todos los habitantes y todo el ejército, con el visir Dandán y los tres jefes Rustem, Turkash y Bahramán á la cabeza, habían salido fuera de las puertas para aguardar la llegada de aquel Kanmakán á quien tanto querían y á quien habían temido no volver á ver. Y hacían votos por la prosperidad y la gloria de la raza de Omar Al-Nemán.

De modo que en cuanto apareció el príncipe Kanmakán á todo galope de su caballo *Katul*, los



gritos de alegría surcaron el espacio, lanzados por millares de hombres y mujeres que le aclamaban por rey. Y el visir Dandán, á pesar de su avanzada edad, se apeó en seguida y fué á dar la bienvenida y á jurar fidelidad al descendiente de tantos reyes. Después entraron en Bagdad, mientras la negra, montada en el camello y rodeada de una muchedumbre considerable, contaba una historia de entre sus historias.

Y lo primero que hizo Kanmakán al llegar á palacio fué abrazar al gran visir Dandán, el más fiel á la memoria de sus reyes, y luego á los jefes Rustem, Turkash y Bahramán. Y lo segundo que hizo Kanmakán fué ir á besar las manos de su madre, que sollozaba de alegría. Y la tercera cosa fué decir á su madre: «¡Oh madre mía! ¡Dime por favor cómo está mi amada prima Fuerza del Destino!» Y su madre contestó: «¡Oh hijo mío! No puedo contestarte, porque desde que te perdí no he pensado mas que en el dolor de tu ausencia.» Y Kanmakán dijo: «¡Te suplico, ¡oh madre mía! que vayas á saber noticias tuyas y de mi tía Nozhatú!» Y la madre salió y fué á las habitaciones de Nozhatú y su hija Fuerza del Destino, y volvió con ellas al gran salón en que las aguardaba Kanmakán. Y entonces fué el desbordamiento de la alegría, y se dijeron los versos más bellos, y entre más de mil los siguientes:

*¡Oh sonrisa de perlas en los labios de la amada,  
sonrisa bebida en las perlas mismas!*



*¡Mejillas de los amantes! ¡Cuántos besos conocisteis,  
cuántas caricias sobre vuestra seda!*

*¡Caricias de la cabellera deshecha por la mañana,  
caricias de los dedos que hormiguean numerosos!*

*¡Y tú, espada que brillas como el acero fuera de la  
vainá, espada sin reposo, espada de la noche!...*

Y como con auxilio de Alah su felicidad llegó al límite, nada hay que decir de ella. Desde entonces las desdichas se alejaron de la morada en que vivía la descendencia de Omar Al-Nemán y fueron á caer sobre los que habían sido enemigos suyos.

Efectivamente, el rey Kanmakán, después de pasar largos meses de dicha en brazos de la joven Fuerza del Destino, convertida en su esposa, reunió un día, en presencia del gran visir Dandán, á todos sus emires y jefes de tropa y á los principales de su Imperio, y les dijo: «¡La sangre de mi padre no está aún vengada, y ya han llegado los tiempos! He aquí que he sabido que han muerto Afridonios y Hardobios de Kaissaria, pero la vieja Madre de todas las Calamidades vive aún, y según dicen nuestros correos, ella es quien rige y gobierna los países de los rumís. Y el nuevo rey de Kaissaria se llama Rumzán, y no se le conoce padre ni madre. Conque, ¡oh vosotros todos, guerreros míos! desde mañana reanudaremos la guerra contra los descreídos. ¡Y juro por la vida de Mahomed (¡sean con Él la paz y la plegaria!) que no volveré á nuestra ciudad de



Bagdad hasta que haya arrancado la vida á la malhadada vieja y vengado á todos nuestros hermanos muertos en los combates!» Y todos los presentes mostraron su conformidad. Y al día siguiente el ejército estaba en marcha para Kaissaria.

Llegados ya al pie de las murallas enemigas y dispuestos al asalto, para llevarlo todo á sangre y fuego en aquella ciudad descreída, vieron avanzar hacia la tienda del rey á un joven tan bello que no podía ser mas que hijo de un rey, y detrás de él á una mujer de aspecto respetable y con el rostro descubierto. En aquel momento estaban en la tienda del rey el visir Dandán y la princesa Nozhatú, tia de Kanmakán, que había querido acompañar al ejército de los creyentes, como acostumbrada á las fatigas de los viajes.

Y aquel joven y aquella mujer pidieron audiencia, que les fué otorgada en seguida. Pero apenas habían entrado, cuando Nozhatú dió un gran grito y cayó desmayada, y la mujer también dió otro grito y cayó desvanecida. Y en cuanto volvieron en sí, se echaron una en brazos de otra, besándose, pues la mujer no era otra que la antigua esclava de la princesa Abriza, la fiel Grano de Coral.

En seguida, Grano de Coral se volvió hacia el rey Kanmakán y le dijo: «¡Oh rey! Ya veo que llevas al cuello una gema preciosa, blanca y redonda. Y la princesa Nozhatú lleva otra también. Recordarás que la reina Abriza tenía la tercera. Pues esa tercera hela aquí.» Y la fiel Grano de Coral, vol-



viéndose hacia el joven que había entrado con ella, mostró, atada á su cuello, la tercera gema; y después, con los ojos brillantes de júbilo, exclamó: «¡Oh rey, y tú mi ama Nozhatú! Este joven es el hijo de mi pobre señora Abriza. Y yo le he criado desde que nació. Y es él, ¡oh todos vosotros! quien á la hora actual reina en Kaissaria. Pues es Rumzán, hijo de Omar Al-Nemán. Por lo tanto, es tu hermano, ¡oh mi señora Nozhatú! y tu tío, ¡oh rey Kanmakán!»

Al oír estas palabras de Grano de Coral, el rey Kanmakán y Nozhatú se levantaron y abrazaron al joven rey Rumzán, llorando de alegría. Y el visir Dandán también abrazó al hijo de su señor el rey Omar Al-Nemán (¡téngalo Alah en Su misericordia infinita!). Después el rey Kanmakán preguntó al rey Rumzán, señor de Kaissaria: «Dime, ¡oh hermano de mi padre! ¿Eres rey de un país cristiano y vives entre los cristianos? ¿Eres también nusraní?» Pero el rey Rumzán alargó la mano, y levantando el índice, exclamó: «¡*La ilah ill Alah, ua Mahomed rassul Alah!*» (1).

Entonces la alegría de Kanmakán, Nozhatú y el visir Dandán llegó al límite más extremo, y exclamaron: «¡Loor á Alah, que escoge á los suyos y los reune!» Después Nozhatú preguntó: «¿Pero cómo has podido guiarte por el camino recto, ¡oh

---

(1) Acto de fe musulmán. Basta decirlo una vez, para probar que se es musulmán. Y nadie pensará pedir otras demostraciones. Respecto á la circuncisión, se recomienda, pero no es necesaria para hacerse musulmán.



hermano mío! en medio de todos esos descreídos que niegan á Alah y no conocen á su enviado?» Rumzán contestó: «¡La buena Grano de Coral fué quien me inculcó los principios sencillos y admirables de nuestra fe! Ella se había convertido en una buena musulmana, al mismo tiempo que mi madre Abriza, durante los días que estuvieron en Bagdad, en el palacio de mi padre Omar Al-Nemán. ¡Así es que Grano de Coral ha sido para mí, no sólo la que me recogió al nacer y me educó, sustituyendo en todo á mi madre, sino también quien me ha convertido en un verdadero creyente, cuyo destino está en manos de Alah, Señor de reyes!»

Oidas estas palabras, Nozhatú mandó sentar á Grano de Coral á su lado, en la alfombra, y la quiso mirar desde entonces como á hermana.

En cuanto á Kanmakán, dijo á su tío Rumzán: «Tío, á ti te corresponde, por derecho de primogenitura, el trono del Imperio de los musulmanes. ¡Y desde este momento me considero fiel súbdito tuyo!» Pero el rey de Kaissaria dijo: «¡Oh sobrino mío! Lo que Alah ha hecho, bien hecho está. ¿Cómo me atrevería yo á perturbar el orden establecido por el Ordenador?» En este momento intervino el visir Dandán, que dijo: «¡Oh reyes! Lo más acertado es que reinéis alternativamente un día cada uno, siendo reyes ambos.» Y ellos contestaron: «Tu idea es admirable, ¡oh venerable visir de nuestro padre!»



En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ  
LA 144.<sup>a</sup> NOCHE*

Ella dijo:

...Y ellos contestaron: «Tu idea es admirable, ¡oh venerable visir de nuestro padre!» Y convinieron cómo había de ser la cosa. Entonces, para festejar aquel día tan feliz, volvió sobre sus pasos el rey Rumzán y regresó á la ciudad, cuyas puertas mandó abrir al ejército musulmán. Después dispuso que los pregoneros publicasen que desde entonces el Islam sería la religión oficial de aquel pueblo, y que á todos los cristianos se les permitiría perseverar en su error. Pero ninguno de los habitantes quiso seguir siendo descreído, y en un día solo, el acto de fe se pronunció por mil y mil nuevos creyentes. ¡Glorificado sea para siempre Aquel que envió á su Profeta para ser símbolo de paz entre todas las criaturas de Oriente y Occidente!

Ambos reyes dieron grandes fiestas y banquetes con tal motivo, reinando alternativamente un día cada uno. Y así permanecieron durante algún tiempo en Kaissaria, en el límite de la alegría y de la satisfacción.

Después pensaron en vengarse de la vieja Ma-



dre de todas las Calamidades. A este efecto, el rey Rumzán, con anuencia del rey Kanmakán, se apresuró á enviar un correo á Constantinia, con una carta para la Madre de todas las Calamidades, que ignoraba aquel nuevo estado de cosas y seguía creyendo que el rey de Kaissaria era cristiano como su abuelo materno, el difunto rey Hardobios, padre de Abriza. Y esta carta decía lo siguiente:

«A LA GLORIOSA Y VENERABLE DAMA SCHAUUHI OMM EL-DAUHI, LA FORMIDABLE, LA TERRIBLE, EL AZOTE PESADO DE CALAMIDADES SOBRE LAS CABEZAS ENEMIGAS, EL OJO QUE VELA SOBRE LA CIUDAD CRISTIANA, LA PERFUMADA DE VIRTUDES Y SABIDURÍA, LA OLOROSA DEL SANTO INCIENSO SUPREMO Y VERÍDICO DEL GRAN PATRIARCA, LA COLUMNA DE CRISTO EN MEDIO DE CONSTANTINIA.

»DE PARTE DEL SEÑOR DE KAISSARIA, RUMZÁN, DE LA POSTERIDAD DE HARDOBIOS EL GRANDE, DE FAMA EXTENDIDA POR EL UNIVERSO.

»He aquí, ¡oh madre de todos nosotros! que el Señor del cielo y la tierra ha hecho triunfar nuestras armas contra las de los musulmanes, y hemos aniquilado su ejército, haciendo prisionero á su rey en Kaissaria, y reduciendo igualmente á cautiverio al visir Dandán y á la princesa Nozhatú, hija de Omar Al-Nemán y de la reina Safia, hija del difunto rey Afridonios de Constantinia.

»Aguardamos, pues, tu venida entre nosotros para festejar juntos nuestra victoria y mandar cor-



tar, delante de ti, la cabeza al rey Kanmakán, al visir Dandán y á todos los jefes musulmanes.

»Y puedes venir á Kaissaria sin escolta numerosa, pues desde hoy todos los caminos están seguros y todas las provincias pacificadas desde el Irak hasta el Sudán y desde Mossul y Damasco hasta los límites extremos de Oriente y Occidente.

»Y no dejes de traer contigo de Constantinia á la reina Safia, madre de Nozhatú, para darle la alegría de volver á ver á su hija, á quien se honra, como mujer, en nuestro palacio.

»¡Y que el Cristo, hijo de Mariam, te guarde y conserve como una esencia pura preciadamente contenida en oro inalterable!»

Después firmó la carta, le puso su sello regio, y la entregó á un correo, que salió en seguida para Constantinia.

Y hasta el momento de llegar la malhadada vieja pasaron algunos días, durante los cuales los dos reyes tuvieron el gusto de saldar cuentas atrasadas. He aquí, en efecto, lo que ocurrió:

Un día que los dos reyes, el visir Dandán y la dulce Nozhatú, que nunca se tapaba la cara en presencia del visir Dandán, al cual consideraba como un padre, estaban sentados hablando de la próxima llegada de la vieja calamitosa y de la suerte que se le reservaba, entró uno de los chambelanes para anunciar á los reyes que estaba allí fuera un an-



ciano mercader á quien habían asaltado unos bandideros, los cuales habían sido encadenados después de su fechoría. Y el chambelán dijo: «¡Oh reyes! Este mercader solicita audiencia de vuestra magnanimidad, pues tiene dos cartas que entregaros. Y contestaron los dos reyes: «¡Dejadle entrar!»

Entonces entró un anciano, cuya cara ofrecía las huellas de la bendición. Besó la tierra entre las manos de los reyes, y dijo: «¡Oh reyes del tiempo! ¿Es posible que un musulmán no sea respetado y lo despojen en un país en que reinan la concordia y la justicia?» Y los reyes preguntaron: «Pero ¿qué te ha sucedido, ¡oh respetable mercader!?» Y él contestó: «¡Oh señores! Sabed que tengo dos cartas que siempre me han atraído el respeto y la consideración en todos los países musulmanes, pues me sirven de salvoconducto y me eximen de pagar los diezmos y derechos de entrada sobre mis mercancías. Y una de estas cartas, ¡oh señores míos! además de esa virtud preciosa, me sirve también de consuelo en la soledad, pues está escrita en versos tan admirables, que preferiría perder el alma á separarme de ella.» Entonces los dos reyes exclamaron: «¡Oh mercader! ¿quieres permitirnos el ver esa carta ó leernos siquiera su contenido?» Y el anciano mercader, muy tembloroso, alargó las dos cartas á los reyes, que se las entregaron á Nozhatú, diciéndole: «¡Tú que sabes leer las letras más complicadas y dar á los versos entonación más propia, apresúrate por favor á deleitarnos con esta lectura!»



Pero apenas hubo Nozhatú desatado la cinta que sujetaba el rollo y echado una mirada á las dos cartas, exhaló un gran grito, se puso más amarilla que el azafrán y cayó desmayada. Entonces se apresuraron á rociarla con agua de rosas, y cuando volvió en sí, se levantó inmediatamente, y arrasados sus ojos en lágrimas, corrió hacia el mercader, y cogiéndole la mano, se la besó. Entonces todos los presentes llegaron al límite de la estupefacción ante aquel acto tan contrario á las costumbres de los reyes y de los musulmanes. Y el anciano mercader, emocionadísimo, vaciló y estuvo á punto de caer de espaldas. La reina Nozhatú se apresuró á sostenerle, y llevándole de la mano, le hizo sentar en la misma alfombra en que ella estaba sentada, y le dijo: «¿Ya no me conoces, padre mío? ¿Tan vieja estoy?»

Al oír estas palabras, el mercader creyó soñar, y exclamó: «¡Conozco la voz! Pero ¡oh mi señora! mis ojos tienen muchos años, y ya no pueden distinguir nada.» Y la reina dijo: «¡Oh padre mío! Soy la misma que te escribió la carta en verso, soy Nozhatú'zamán.» Y el anciano mercader se desmayó entonces por completo. Y mientras el visir Dandán rociaba con agua de rosas la cara del anciano mercader, Nozhatú, volviéndose hacia su hermano Rumzán y su sobrino Kanmakán, les dijo: «¡Éste es el buen mercader que me arrancó de las manos de aquel bárbaro beduino que me robó en las calles de la Ciudad Santa!»



Y cuando el mercader volvió en sí, los dos reyes se levantaron en honor suyo y lo abrazaron; y á su vez, él besó las manos de la reina Nozhatú y al visir Dandán; y todos se felicitaron mutuamente por aquel suceso, y dieron gracias á Alah que los había reunido. Y el mercader levantó los brazos y exclamó: «¡Bendito y glorificado sea Aquel que modela los corazones que no olvidan y los perfuma con el admirable incienso de la gratitud!»

Después de lo cual los dos reyes nombraron al anciano mercader jeque de todos los khanes y zócos de Kaissaria y Bagdad, y le dieron entrada libre en palacio de noche y de día. Después le dijeron: «¿Pero quiénes te han atacado?» Y el mercader contestó: «Unos bandidos del desierto, de los que despojan á los mercaderes sin armas, me asaltaron súbitamente. ¡Eran más de ciento! Pero sus jefes son tres. Uno es un negro horrible; otro, un kurdo espantoso, y el tercero un beduíno muy forzado. Me habían atado á un camello y me arrastraban, cuando quiso Alah que les atacasen vuestros soldados y los capturaran, y á mí con ellos.»

Oídas estas palabras, los dos reyes dijeron á uno de los chambelanes: «¡Que entre primero el negro!» Y el negro entró. Era más feo que el trasero de un mono viejo, y sus ojos más feroces que los del tigre. Y el visir Dandán le preguntó: «¿Cómo te llamas? ¿Y por qué eres bandolero?» Pero antes de que el negro tuviese tiempo de contestar, Grano de Coral,



la antigua doncella de la reina Abriza, entró entonces para llamar á su ama Nozhatú, y sus ojos se encontraron con los del negro; y en seguida lanzó un grito horrible, y se precipitó como una leona sobre el negro, le hundió los dedos en los ojos, se los sacó de un tirón, y dijo: «¡Éste es el bandido que mató á mi pobre señora Abriza!» Después, arrojando al suelo los dos ojos ensangrentados que acababa de hacer saltar de las órbitas del negro como si fuesen huesos de fruta, añadió: «¡Loado sea el Justo y el Altísimo, que me permite por fin vengar á mi ama con mis manos!» Entonces el rey Rumzán hizo una seña, y en seguida avanzó el verdugo, y de un solo tajo hizo dos negros de uno. Y los eunucos arrastraron el cuerpo por los pies y fueron á arrojarlo á los perros, sobre los montones de basura, fuera de la ciudad.

Después los reyes dijeron: «¡Que entre el kurdo!» Y el kurdo entró. Era más amarillo que un limón, y estaba más sarnoso que un burro de molino, y seguramente más piojoso que un búfalo que se pasase un año sin sumergirse en el agua. Y el visir Dandán le preguntó: «¿Cómo te llamas? ¿Y por qué eres bandolero?» Y el otro respondió: «Yo era camellero de oficio en la Ciudad Santa. Y un día me encargaron que transportase al hospital de Damasco á un joven enfermo...» Al oír estas palabras, el rey Kanmakán, y Nozhatú, y el visir Dandán, sin darle tiempo para seguir, exclamaron: «¡Éste es el



camellero traidor que abandonó al rey Daul'makán sobre el montón de estiércol á la puerta del hamam!» Y de pronto el rey Kanmakán se levantó y dijo: «¡Se debe devolver mal por mal, y duplicado! ¡Si no, aumentaría el número de impí s y malhechores que infringen las leyes! ¡Y para los malos no debe haber piedad en la venganza, pues la piedad como la entienden los cristianos es virtud de eunucos, enfermos é impotentes!» Y el rey Kanmakán, con su propia mano, de un solo tajo hizo de un camellero dos. Luego mandó á los esclavos que enterraran el cuerpo según los ritos religiosos.

Entonces los dos reyes dijeron al chambelán: «¡Que entre ahora el beduino!»

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ  
LA 145.<sup>a</sup> NOCHE*

Ella dijo:

Entonces los dos reyes dijeron al chambelán: «¡Que entre ahora el beduino!» Y fué introducido el beduino. Pero apenas apareció por la abertura de la puerta su cabeza de bandido, cuando la reina Nozhatú exclamó: «¡Ese es el beduino que me ven-



dió á este buen mercader!» Al oír estas palabras, el beduino dijo: «¡Soy Hamad! ¡Y no te conozco!» Entonces Nozhatú se echó á reír y exclamó: «¡Verdaderamente es él, pues nunca se verá un loco semejante á éste! Mirame, pues, ¡oh beduino Hamad! ¡Soy aquella á quien robaste en las calles de la Ciudad Santa, y á quien maltrataste tanto!»

Cuando el beduino oyó estas palabras, exclamó: «¡Por Alah! ¡Es la misma! ¡Mi cabeza va á desaparecer ahora mismo de encima de mi cuello!» Y Nozhatú se volvió hacia el mercader, que estaba sentado, y le preguntó: «¿Le conoces ahora, mi buen padre?» El mercader dijo: «¡Es el mismo! ¡Y está más loco que todos los locos de la tierra!» Entonces dijo Nozhatú: «Pero este beduino, á pesar de todas sus brutalidades, tenía una buena cualidad: le gustaban los bellos versos y las hermosas historias.» En seguida el beduino exclamó: «¡Oh mi señora! Así es, ¡por Alah! Y sé una buena historia, sobremanera extraña, que me ha ocurrido á mí. Ahora bien; si la cuento y agrada á todos los circunstantes, ¿me perdonarás y me concederás el indulto de mi sangre?» Y la dulce Nozhatú sonrió y dijo: «¡Sea! Cuéntanos tu historia, ¡oh beduino!»

Entonces el beduino Hamad dijo:

«¡Verdaderamente, soy un gran bandido, la corona de la cabeza de todos los bandidos! Pero la cosa más sorprendente de mi vida en las ciudades y el desierto es la que vais á oír.



»Una noche que estaba echado sobre la arena junto á mi caballo, sentí oprimida mi alma por el peso de los maléficos hechizos de mis enemigas las brujas. Fué para mí una noche terrible entre todas las noches, pues tan pronto ladraba como un chacal, ó rugía como un león, ó me quejaba sordamente, echando baba como un camello. ¡Qué noche! ¡Y con qué impaciencia aguardaba yo su fin y la aparición de la mañana! Y cuando se aclaró el cielo se calmó mi inquietud. Entonces, para librarme de los últimos vestigios de aquellos sueños malditos, me levanté en seguida, me ceñí el alfanje, cogí mi lanza, salté sobre mi corcel y lo lancé al galope, más rápido que la gacela.

»Y mientras galopaba de tal suerte, vi delante de mí un avestruz que me miraba. Estaba plantado muy tranquilo frente á mi caballo, y me disponía á llegar sobre él; pero cuando iba á darle con la lanza, se volvió rápidamente, abrió sus grandes alas, y salió como una saeta á través del desierto. Le perseguí de aquella manera, y me arrastró hasta una soledad toda desolada y llena de espanto, pues allí no había más presencia que la de Alah. Sólo se veían las piedras peladas. No se oía mas que el silbido de las víboras, los gritos de los genios del aire y de la tierra, y los aullidos de los vampiros que buscan una presa. ¡Y el avestruz desapareció como por un agujero invisible ó por algún sitio que yo no podía ver! ¡Y se estremeció toda mi carne! ¡Mi caballo se encabritó en seguida y retrocedió resollando!



»Entonces sentí una inquietud y un terror muy grandes, y quise volver riendas para retroceder. Pero ¿adónde podía ir, cuando el sudor brotaba de los flancos de mi caballo y el calor de mediodía era insoportable? Una sed atormentadora me abrasaba la garganta y hacía jadear al caballo, cuyo vientre subía y bajaba como un fuelle de fragua. Y pensé: «¡Oh Hamad, aquí morirás! ¡Y tu carne servirá de alimento á los cachorros de los vampiros y á las fieras del espanto! Aquí está la muerte, ¡oh beduino!» Pero cuando me disponía á decir mi acto de fe y á morir, vi dibujarse á lo lejos una línea de frescura poblada de palmeras. Y mi caballo relinchó, sacudió la cabeza y se lanzó hacia adelante. Y en un galope me vi fuera del horror de aquel pelado y ardoroso desierto de piedra. Y delante de mí, cerca de un manantial que corría al pie de las palmeras, se levantaba una tienda magnífica, junto á la cual dos yeguas soberbias pacían la hierba húmeda y gloriosa.

»Me apresuré á apearme y á abreviar mi caballo, cuyo hocico echaba fuego, y á beber también aquella agua límpida y dulce hasta hacer morir. Después saqué de mi alforja una cuerda muy larga, y até mi caballo para que pudiese refrescarse libremente en aquella pradera. Y hecho esto, me incitó la curiosidad hacia la tienda para ver lo que era aquello. Y he aquí lo que vi:

»Sobre una estera muy blanca estaba sentado un joven de imberbes mejillas, tan hermoso como la



luna en cuarto creciente; y á su derecha se hallaba en todo el esplendor de su hermosura una joven deliciosa, de cintura tan fina y flexible como la rama tierna del sauce. En aquel mismo momento me enamoré hasta el límite más extremo de la pasión, pero no sé exactamente si de la joven ó del imberbe muchacho. Porque ¡por Alah! ¿qué es más hermoso, la luna ó el cuarto creciente?

»Y les dije: «¡La paz con vosotros!» En seguida la muchacha se cubrió el rostro, y el joven se volvió hacia mí, se levantó, y dijo: «¡Y sobre ti la paz!» Entonces proseguí: «¡Soy Hamad ben-El-Fezarí, de la tribu principal del Eufrates! ¡El guerrero famoso, el jinete formidable, aquel cuya valentia y temeridad vale por quinientos jinetes! He dado caza á un avestruz, y la suerte me ha traído hasta aquí, por lo cual vengo á pedirte un sorbo de agua.» Entonces el joven se volvió hacia la muchacha y le dijo: «¡Tráele de beber y comer!» ¡Y la joven se levantó! ¡Y anduvo! ¡Y el ruido armonioso de los cascabeles de oro de sus tobillos marcaba cada paso suyo! ¡Y detrás de ella, su cabellera suelta la cubría por completo, y se balanceaba pesadamente hasta el punto de hacerla tropezar! Y yo, á pesar de las miradas del joven, contemplé con toda mi alma á aquella huri, para no separar ya de ella mis ojos. Y volvió llevando en su mano derecha una vasija llena de agua fresca, y en la izquierda una bandeja con dátiles, tazas de leche y platos con carne de gacela.



»Pero la pasión me poseía de tal modo, que no podía alargar la mano ni tocar ninguna de aquellas cosas. No supe sino mirar á la joven y recitar estos versos:

*»¡La nieve de tu piel, ¡oh joven incomparable! ¡La negra tintura de henné está todavía fresca en tus dedos y en la palma de tus manos!*

*»¡Creo ver, delante de mis ojos maravillados, que en la blancura de tus manos se dibuja la figura de alguna ave brillante de negro plumaje!*

»Cuando el joven oyó estos versos y notó el fuego de mis miradas, se echó á reir de tal modo, que le faltó poco para desplomarse. Después me dijo: «¡Veo verdaderamente que eres un guerrero sin par y un caballero extraordinario!» Y yo contesté: «Por tal me tengo. Pero tú, ¿quién eres?» Y alcé la voz para asustarle y hacerme respetar. Y el joven dijo: «Soy Ebad ben-Tamim ben-Thalaba, de la tribu de los Bani-Thalaba, y esta joven es hermana mía.» Entonces exclamé: «¡Apresúrate á darme tu hermana por esposa, porque la amo con todo mi amor y soy de noble estirpe!» Pero él contestó: «Sabe que ni mi hermana ni yo nos casaremos jamás. Hemos elegido este oasis en medio del desierto para vivir en él tranquilamente nuestra vida, lejos de todo cuidado.» Y yo dije: «¡Necesito á tu hermana por esposa, ó de lo contrario, gracias al filo de mi espada, cuéntate con los muertos!»



»Oídas estas palabras, el joven saltó hacia el fondo de su tienda, y me dijo: «¡Guárdate, miserable que desconoces la hospitalidad! Luchemos, pero á condición de que el vencido quedará á merced del vencedor.» Y descolgó su alfanje y su escudo, mientras que yo corría en busca de mi caballo, saltaba á la silla y me ponía en guardia. Y el joven montó en su caballo, y se disponía á emplearlo, cuando su hermana apareció con los ojos arrasados en lágrimas, y se abrazó á sus rodillas, recitando estos versos:

*¡Oh hermano mío! ¡He aquí que por defender á tu hermana te expones al peligro de la lucha y á los golpes de un enemigo que desconoces!*

*¿Qué puedo hacer sino pedir al Ordenador de las victorias que triunfes y me guarde intacta de toda mancha, conservando para ti solo la sangre de mi corazón?*

*¡Pero si el feroz Destino te arrebatara, no creas que ningún país me verá viva, aunque sea el más bello de todos los países y se acumulen en él los productos de toda la tierra!*

*¡Y no creas que te sobreviva un instante! ¡La tumba encerrará nuestros cuerpos, unidos en la muerte como en la vida!*

»Cuando el joven oyó estos versos de su hermana, se le llenaron de lágrimas los ojos, se inclinó hacia la doncella, levantó un momento el velo que le cubría la cara y la besó entre los ojos. Entonces



pude ver las facciones de la joven, tan bellas como el sol que aparece surgiendo de una nube. Después el joven contuvo un instante su caballo, y recitó estos versos:

*¡Tranquilízate, ¡oh hermana mía! y mira los prodigios que va á realizar mi brazo!*

*Si no combato por ti, ¡oh hermana mía! ¿para qué quiero armas y caballo?*

*Y si no lucho para defenderte, ¿para qué quiero la vida?*

*Si retrocedo cuando está en peligro tu hermosura, ¿no será señal para que las aves de rapiña se lancen sobre un cuerpo desde ahora sin alma?*

*¡En cuanto á ese que se dice formidable y nos pondera la firmeza de su ánimo, le voy á dar delante de ti un golpe que le perforará desde el corazón hasta los talones!*

»Después se volvió hacia mí y me dijo:

*¡Y tú que deseas mi muerte, verás cómo á tu costa realizo una hazaña que llenará los anales del porvenir!*

*¡Porque después de componer estos versos, voy á arrancarte el alma antes de que puedas advertirlo!*

»Y precipitando su caballo contra el mío, del primer golpe lanzó mi espada á lo lejos, y sin darme tiempo para espolpear mi caballo y huir al desierto, me levantó de la silla como quien levanta



un saco vacío, me lanzó cual una pelota por el aire, y me recogió al vuelo con la otra mano. Y así me sostuvo con el brazo tendido, como quien sostiene en un dedo un pájaro domesticado. Yo no sabía ya si todo aquello era un sueño, ó si aquel joven de mejillas sonrosadas era un genio que vivía en aquella tienda con una hurí. Y lo que después pasó me hizo suponer que debería ser eso.

»Efectivamente, cuando la joven vió el triunfo de su hermano, se precipitó hacia él, le besó en la frente, y se colgó muy dichosa del cuello de su caballo, al cual guió hacia la tienda. Y una vez allí, descabalgó el joven, llevándome debajo del brazo como quien lleva un paquete. Y me dejó en el suelo, me mandó poner de pie, y cogiéndome de la mano me hizo entrar en la tienda. Pero en vez de aplastarme la cabeza con el pie, le dijo á su hermana: «Desde ahora es el huésped que está bajo nuestra protección. Tratémosle con dulzura.» Y me hizo sentar en la esterilla, y la joven me puso detrás un cojín, para que descansase mejor; y fué á colgar en su sitio las armas de su hermano, y á traerle agua perfumada para lavarle la cara y las manos. Después lo vistió con un ropón blanco, y le dijo: «¡Que Alah, ¡oh hermano mío! haga llegar tu honor al límite más alto, y te ponga como un lunar en la faz gloriosa de nuestras tribus!» Y el joven contestó:

*¡Oh hermana mía, de la raza de los Bani-Thalaba!  
¡Me has visto combatir por tus ojos!*



»Y ella dijo:

*¡Los relámpagos de tu cabellera esparcida por tu frente, te coronaban con su claridad como una aureola, ¡oh hermano mío!*

»Y replicó él:

*¡He aquí los leones de las soledades infinitas! ¡Oh hermana mía! ¡aconséjales que desanden lo andado! ¡No quisiera que la vergüenza los sepulte en el polvo que morderán sus dientes!*

»Ella contestó:

*¡Oh todos vosotros! ¡Este es mi hermano Ebad! ¡Todos los del desierto le conocen por sus hazañas, por su valentía y por la nobleza de sus antepasados! ¡Retroceded ante él!*

*¡Y tú, beduino Hamad, has querido luchar contra un héroe, que te ha hecho ver la muerte arrastrándose hacia ti como una serpiente pronta á lanzarse sobre su presa!*

»Y yo, viendo todo aquello y oyendo tales versos, me sentí muy confuso, y advertí mi insignificancia y cuánta era mi fealdad comparada con la belleza de aquellos dos jóvenes. Y vi que la hermosa joven traía una bandeja cubierta de manjares y frutas, y se la presentó á su hermano sin dirigir-



me una sola mirada, ni siquiera una mirada despreciativa, pues me consideraba como un perro, cuya presencia debía pasar inadvertida. Y á pesar de todo, yo seguía encantado, admirando su belleza incomparable, sobre todo cuando servía la comida á su hermano, sin cuidarse de ella para que á él no le faltase nada. Entonces, el joven, volviéndose hacia mí, me invitó á compartir la comida, y respiré tranquilamente, porque ya estaba seguro de salvar la vida. Me alargó un tazón de leche y un plato con un cocimiento de dátiles y agua aromatizada. Comí y bebí con la cabeza baja, y le hice mil y quinientos juramentos de que sería el más fiel de sus esclavos y el más devoto entre ellos. Y me sonrió é hizo una seña á su hermana, que fué á abrir un cajón muy grande y sacó de él uno á uno diez ropones admirables, tan hermosos los unos como los otros. Metió nueve de ellos en un paquete, y me obligó á aceptarlos. Y después me obligó á ponerme el décimo; ¡y ese décimo ropón, tan suntuoso y admirable, es el que en este momento me veis todos vosotros!

»En seguida el joven hizo otra seña, y la hermana salió para volver muy pronto; y ambos me ofrecieron una camella cargada de toda clase de víveres y regalos, que he conservado cuidadosamente hasta hoy. Y habiéndome colmado de toda clase de consideraciones y presentes, sin haber hecho nada para merecerlos, ¡al contrario! me invitaron á usar de su hospitalidad todo el tiempo que



quisiera. Pero yo, no queriendo abusar, me despedí de ellos besando siete veces la tierra entre sus manos. Después, montando en mi corcel, cogí la camella del ramal y me apresuré á emprender el camino del desierto, por donde había venido.

»Y entonces, habiendo llegado á ser el más rico de mi tribu, me erigi en jefe de una gavilla de bandoleros salteadores de caminos. ¡Y sucedió lo que sucedió!

»¡Tal es la historia que os había prometido, y que merece la remisión de todos mis crímenes, aunque no son, en verdad, muy leves!»

Cuando el beduino Hamad acabó su historia, Nozhatú dijo á los dos reyes y al visir Dandán: «Hay que respetar á los locos, aunque imposibilitándolos de hacer daño. Ahora bien; este beduino tiene irremediablemente perdida la cabeza, pero hay que perdonarle sus fechorías en atención á su entusiasmo por los bellos versos y á su memoria asombrosa.» Al oír estas palabras, el beduino se sintió tan profundamente emocionado, que se desplomó sobre la alfombra. Y llegaron los eunucos y lo cogieron.

Y apenas acababan de retirar al beduino, cuando entró un correo, y besando la tierra entre las manos de los reyes, exclamó: «¡La Madre de todas las Calamidades está á las puertas de la ciudad, pues no dista mas que una parasanga!»



Al oír esta noticia, aguardada tanto tiempo, los dos reyes y el visir se estremecieron de alegría, y pidieron pormenores al correo. Y éste les dijo: «La Madre de todas las Calamidades, al abrir la carta de nuestro rey y ver su firma al final del pliego, se alegró extraordinariamente; y al momento hizo sus preparativos de marcha, é invitó á la reina Safía para que viniese con ella, lo mismo que cien de los mejores guerreros de los rumis de Constantinia. Y después me ordenó que me adelantara para anunciaros su llegada.»

Entonces el visir Dandán se levantó, y dijo á los dos reyes: «Es más prudente, para burlar las perfidias y las asechanzas que aún pudiera utilizar esa vieja descreída, que vayamos á su encuentro disfrazados de cristianos, llevando con nosotros mil guerreros vestidos también á la antigua moda de Kaissaria.» Y ambos reyes hicieron lo que les aconsejaba el gran visir. Y Nozhatú, cuando los vió con tales atavíos, les dijo: «¡Verdaderamente, que si no os conociera os creería rumís!» Y salieron del palacio, y seguidos de los mil guerreros fueron al encuentro de la Madre de todas las Calamidades.

Y ésta apareció bien pronto. Entonces Rumzán y Kanmakán dijeron al visir Dandán que desplegara á los guerreros en un gran círculo y los hiciera avanzar lentamente, de modo que no pudiera escapar ninguno de los guerreros de Constantinia. Después el rey Rumzán dijo á Kanmakán: «¡Déjame que avance al encuentro de esa vieja maldita, pues



me conoce y no desconfiará!» Y espoleó su caballo. Y á los pocos momentos estuvo al lado de la Madre de todas las Calamidades.

Entonces Rumzán se apeó inmediatamente, y la vieja, al verle, se apeó también y le echó los brazos al cuello. Y el rey Rumzán, apretándola entre sus brazos, la miró con los ojos en los ojos, y la estrechó tan de recio y por tanto tiempo, que la vieja despidió un cuesco formidablemente sonoro, pues hizo encabritarse á todos los caballos y saltar guijarros del camino á la cabeza de los jinetes.

Y en este momento los mil guerreros estrecharon á todo galope su círculo, y gritaron á los cien cristianos que rindieran las armas; y en un abrir y cerrar de ojos los capturaron hasta el último. Mientras tanto, el visir Dandán se acercaba á la reina Safía, y besando la tierra entre sus manos, la enteró de todo lo ocurrido. La vieja Madre de todas las Calamidades, amarrada fuertemente, comprendió por fin su perdición, y comenzó á orinarse de firme en los vestidos.

Después todos volvieron á Kaissaria, y desde allí marcharon inmediatamente á Bagdad sin ningún contratiempo.

Los reyes mandaron iluminar la ciudad é invitaron á los habitantes, por medio de los pregoneros, á reunirse delante del palacio. Y cuando toda la plaza y todas las calles estuvieron invadidas por la muchedumbre, hombres, mujeres y niños, salió de la puerta principal un asno sarnoso, y sobre él y



mirando al rabo iba amarrada la Madre de todas las Calamidades, con la cabeza cubierta por una tiara roja y coronada de estiércol. Y delante de ella marchaba un pregonero, que enumeraba en alta voz las fechorías de aquella maldita vieja, causa de tantas calamidades sobre Oriente y Occidente.

Y cuando todas las mujeres y todos los niños le hubieron escupido á la cara, la ahorcaron por los pies en la puerta principal de Bagdad.

Y así pereció, devolviendo á Eblis su alma fétida por el ano, la pedorra calamitosa, la vieja de fabulosos cuescos, la taimada y perversa descreída Schauahi Omm El-Dauahi. La suerte la traicionó, como ella había traicionado. Y esto fué para que su muerte pudiera servir de presagio de la toma de Constantinia por los creyentes y del definitivo y futuro triunfo en Oriente del Islam sobre la tierra de Alah, á lo largo y á lo ancho.

En cuanto á los cien guerreros cristianos, no quisieron volver á su país y prefirieron abrazar la fe de los musulmanes.

Y los reyes y el visir Dandán mandaron á los escribas más hábiles que apuntaran esmeradamente en los anales todos estos pormenores y acontecimientos, á fin de que pudieran servir de ejemplo saludable á las generaciones futuras.

«Y tal es, ¡oh rey afortunado!—siguió diciendo Schahrazada dirigiéndose al rey Schahriar—la espléndida historia del rey Omar Al-Nemán, la de



sus maravillosos hijos Scharkán y Daul'makán, las de las reinas Abriza, Fuerza del Destino y Nozhatú, y las del gran visir Dandán y los reyes Rumzán y Kanmakán.»

Después se calló Schahrazada.

Entonces el rey Schahriar la miró por primera vez con ternura, y le dijo:

«¡Oh Schahrazada, la muy discreta! ¡Cuánta razón tiene tu hermana, esa pequeña que te está escuchando, cuando dice que tus palabras son deliciosas por su interés y sabrosas por su frescura! Empiezas á hacerme lamentar la matanza de tanta joven, y acaso hagas que olvide el juramento que hice de matarte como á todas las otras.»

Y la pequeña Doniazada se levantó del tapiz en que había estado escuchando, y exclamó: «¡Oh hermana mía! ¡Cuán admirable es esa historia! ¡Y cómo me han encantado Nozhatú y sus palabras, y las palabras de las jóvenes! ¡Y qué contenta estoy con la muerte de la Madre de todas las Calamidades! ¡Cuán maravilloso es todo eso!»

Entonces Schahrazada miró amorosamente á su hermana, sonrió, y le dijo: «¿Qué dirías entonces si oyeras las palabras de los animales y las aves?» Y Doniazada exclamó: «¡Ah hermana mía! ¡Dinos algunas palabras de los animales y las aves! ¡Porque deben de ser exquisitas, sobre todo repetidas por tu boca!» Y Schahrazada dijo: «¡Con toda la voluntad de mi corazón! ¡Pero no sin que antes me lo permita nuestro señor el rey!» Y el rey Schahriar quedó extraordinariamente asombrado, y preguntó: «¿Pero qué podrán decir los animales y las aves? ¿En qué lengua hablan?» Y Schahra-

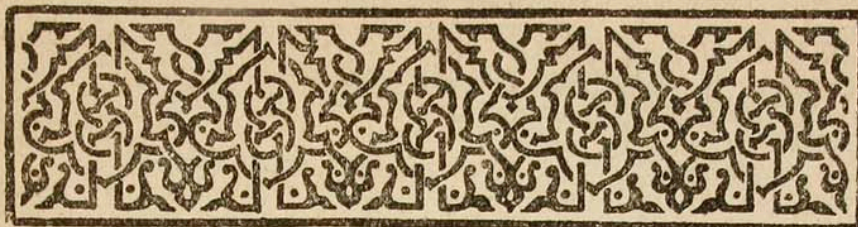


zada dijo: «Hablan en prosa y en verso, expresándose en árabe puro.» Entonces el rey Schahriar exclamó: «¡Oh Schahrazada! Nada quiero decidir todavía acerca de tu suerte, sin que me hayas contado esas cosas que desconozco. Porque hasta ahora no he oído mas que palabras de los humanos, y me alegraría muchísimo saber lo que piensan esos seres á quienes no entienden la mayoría de los hombres.»

Y como iba transcurriendo la noche, Schahrazada rogó al rey que aguardase hasta el día siguiente. El rey Schahriar, á pesar de la impaciencia que sentía, se avino á darle su consentimiento. Y cogiendo en brazos á la bella Schahrazada, se enlazaron hasta que brilló la mañana del otro día.







## ÍNDICE

|                                                                                                                 | Páginas |
|-----------------------------------------------------------------------------------------------------------------|---------|
| FIN DE LA HISTORIA DEL REY OMAR AL-NEMÁN Y DE<br>SUS DOS MARAVILLOSOS HIJOS SCHARKÁN Y DAUL'<br>MAKÁN.. . . . . | 7-262   |
| Comprende en el presente tomo:                                                                                  |         |
| HISTORIA DEL MONASTERIO.. . . . .                                                                               | 7-50    |
| HISTORIA DE AZIZ Y AZIZA Y DEL HERMOSO PRÍNCIPE<br>DIADEMA.. . . . .                                            | 51-143  |
| HISTORIA DE LA PRINCESA DONIA CON EL PRÍNCIPE DIA-<br>DEMA.. . . . .                                            | 144-205 |
| AVENTURAS DEL JOVEN KANMAKÁN, HIJO DE DAUL'MAKÁN.                                                               | 206-262 |
| en las cuales se ve:                                                                                            |         |
| LA PARTIDA DE KANMAKÁN.. . . . .                                                                                | 212     |
| EL ENCUENTRO DE KANMAKÁN CON EL BEDUÍNO<br>SABAH.. . . . .                                                      | 213     |
| LA ADQUISICIÓN DEL CABALLO «KATUL».. . . .                                                                      | 220     |
| EL COMBATE DE KANMAKÁN CONTRA LOS CIEN<br>GUERREROS Y SU JEFE.. . . . .                                         | 223     |
| LA HISTORIA CONTADA POR LA NEGRA ERRANTE<br>DEL DESIERTO.. . . . .                                              | 228     |
| LA VUELTA DE KANMAKÁN Á BAGDAD.. . . .                                                                          | 233     |



|                                                                                   | <u>Páginas</u> |
|-----------------------------------------------------------------------------------|----------------|
| LA EXPEDICIÓN CONTRA EL REY RUMZÁN, SEÑOR<br>DE KAISSARIA.. . . . .               | 237            |
| EL ENCUENTRO CON EL BUEN MERCADER QUE EN<br>OTRO TIEMPO COMPRÓ Á NOZHATÚ. . . . . | 243            |
| EL ENCUENTRO CON EL NEGRO MOROSO, QUE MATÓ<br>Á LA REINA ABRIZA. . . . .          | 246            |
| EL ENCUENTRO CON EL MAL CAMELLERO QUE ABAN-<br>DONÓ Á DAUL'MAKÁN. . . . .         | 247            |
| EL ENCUENTRO CON EL BEDUÍNO HAMAD, QUE ROBÓ<br>Á NOZHATÚ.. . . . .                | 248            |
| LA HISTORIA FANTÁSTICA CONTADA POR EL BE-<br>DUÍNO HAMAD.. . . . .                | 249            |
| LA MUERTE DE LA VIEJA MADRE DE TODAS LAS<br>CALAMIDADES. . . . .                  | 259            |

















**OBRAS DE V. BLASCO IBAÑEZ**

Director literario de esta Editorial

**NOVELAS:** Arroz y tartana. Flor de Mayo. La Barraca. Entre naranjos. Sónnica la cortesana. Cañas y barro. La Catedral. El Intruso. La Bodega. La Horda. La maja desnuda. Sangre y arena. Los muertos mandan. Luna Benamor. Los argonautas (2 tomos). Los cuatro jinetes del Apocalipsis. Mare nostrum. Los enemigos de la mujer. El préstamo de la difunta. El paraíso de las mujeres. La tierra de todos. La reina Calafia. Novelas de la Costa Azul. El Papa del mar. A los pies de Venus. Novelas de amor y de muerte. En busca del Gran Kan. El Caballero de la Virgen.—**CUENTOS:** La Condenada. Cuentos valencianos.—**VIAJES:** En el país del arte. Oriente. La vuelta al mundo, de un novelista (3 tomos).—**ARTICULOS:** El militarismo mejicano.— 5 pesetas volumen.

**NOVISIMA HISTORIA UNIVERSAL**

Escrita por individuos del Instituto de Francia, dirigida á partir del siglo IV por E. Lavissee y A. Rambaud.—Traducción de V. Blasco Ibañez.—20.000 grabados. Historia por la imagen más completa y detallada que ninguna.—Publicados hasta el tomo XV. En prensa el XVI.—10 pesetas volumen encuadernado.

**NOVISIMA GEOGRAFIA UNIVERSAL**

Por Onésimo y Eliseo Reclús.—Traducción de V. Blasco Ibañez.—6 tomos.—Millares de grabados y mapas.—7'50 ptas. vol.

**BIBLIOTECA CLÁSICA**

**Clásicos griegos:** Homero, Esquilo, Sófocles, Hesíodo, Eurípides, Teócrito, Aristófanes, Jenofonte, Aristóteles.—**Clásicos latinos:** Plauto, Cicerón, Valerio Máximo, Fedro, Horacio, Virgilio.—**Edad Media:** La canción de Roldán.—**Clásicos españoles:** Quevedo, Cervantes, Lope de Vega, Guillen de Castro, Calderón de la Barca, Moreto, Timoneda, Lope de Rueda, Rojas Zorrilla, Ruiz de Alarcón, Tirso de Molina, A. Velázquez de Velasco, Juan Ruiz, Hernán Núñez, F. de Rojas, Gracián, Góngora, Juan Luis Vives, Diego de Torres Villarroel, Letrillas, Cancionero español y morisco, Cancionero del Cid, Flores de poetas ilustres de los siglos XVI y XVII.—**Clásicos franceses:** Molière, Rousseau, Rochefoucauld.—**Clásicos ingleses:** Shakespeare (Obras completas).—2 ptas. vol.

**CULTURA CONTEMPORÁNEA**

E. FAGUET: *El arte de leer*. 3 ptas.—E. BERGSON: *La risa*. 3 ptas.—W. WILSON: *La nueva libertad*. 3 ptas.—W. SOMBART: *Socialismo y movimiento social*. 4 ptas.

**LA NOVELA LITERARIA**

Amplia y selecta colección dirigida por Blasco Ibañez. Novelas de Adam, Bourget, Duvernois, Frapié, Harry, Hermant, Huysmans, Jaloux, Margueritte, Miomandre, Rosny, Tinayre y otros maestros de la novela contemporánea.—4 pesetas volumen en rústica.

**BIBLIOTECA DE LITERATURA.**—2 ptas. vol.

**BIBLIOTECA ECONÓMICA.**—1 pta. volumen.

**COLECCIÓN POPULAR.**—1 pta. volumen.

**BIBLIOTECA FILOSÓFICA Y SOCIAL.**—2 ptas.

**LOS CLÁSICOS DEL AMOR.**—2 ptas. vol.

**LA CIENCIA PARA TODOS.**—1'50 ptas. vol.

**HISTORIA DE LA GUERRA EUROPEA DE 1914**

ESCRITA POR V. BLASCO IBAÑEZ. Ilustrada con millares de grabados. *Las grandes batallas.*—*El heroísmo.*—*Los horrores de la lucha.*—*La guerra en el mar y en los aires.*—*Tipos y costumbres de los beligerantes.*—*Personajes de la tragedia, retratos, caricaturas y documentos.*—*Planos y mapas.*—*La vida en el campamento, en los campos de batalla y hospitales.*—*Panoramas trágicos.*—Nueve tomos, lujosamente encuadernados.—Precio de cada tomo, 25 pesetas.

J. FRANCÉS: *La danza del corazón* (novela). 3'50 pesetas.

F. LLORCA: *Lo que cantan los niños.* Canciones y juegos infantiles. 2 pesetas.

**El libro de las mil noches y una noche.**

Traducción directa y literal del árabe por el doctor Mardrus.—Versión castellana de V. Blasco Ibañez.—Prólogo de E. Gómez Carrillo.—23 tomos.—2 ptas. volumen.

**LAS NOVELAS DEL MISTERIO**

Aventuras del famoso detective Sherlock Holmes, por Conan Doyle. 9 t.—2 ptas. vol.

**LOS GRANDES NOVELISTAS**

Edición de *La Novela Ilustrada*.—Volumenes á 35 céntimos.

**Las novelas de Jack London.**

Nadie le ha superado en la novela de aventuras. Buscadores de oro, piratas, aventureros, indios, antropófagos, los más diversos tipos son los protagonistas de estas obras. Se han publicado: *Antes de Adán*, *La llamada de la selva*, *Aventura*, *La expedición del pirata*, *La peste escarlata*, *Jerry el de las Islas*, *Cuentos de los mares del Sur*, *Valor holandés*, *Tres corazones*, *El lobo de mar*, *Miguel, hermano de Jerry*, *Aurora espléndida*, *La damita de la Casa Grande*, *El Idolo Rojo*.—3 ptas. vol.—Un verdadero éxito de librería.

*Pidanse Catálogos especiales de estas obras y Bibliotecas*